

APORTES

Stbre.1981

Año 5, nro.16



los militares...?



aportes

«aportes» responde a la necesidad de información que tienen los uruguayos en el exilio sobre el desarrollo político y social en nuestro país y América Latina.

Consejo de selección de materiales:

Omar Betarte, Bolívar Enciso, Walter Grassi, Dinorah Huerta, Grauert Lezama, Oscar Madruga, Alfredo Navarro, Eduardo Quintans y German Riet.

Colaboradores: Victor Bacchetta, Eduardo Galeano, Daniel Viglietti y Guillermo Waksman.

Administración y distribución: Dinorah Huerta.

Editor responsable (ansvarige utgivare): Grauert Lezama.

Certificado de publicación periódica (utgivningsbevis för periodisk skrift): Ub 11316, 18.12.1978

Impresa en los talleres gráficos de ABF, Lund, sus materiales pueden reproducirse mencionándose la procedencia. Los artículos redactados por el consejo de selección de materiales - serán firmados expresamente.

«aportes» aparece cuatrimestralmente. Precio del ejemplar: 16 coronas suecas. Suscripciones por un año: 45 coronas en Suecia y 10 dólares en los demás países. (Los envíos fuera de Europa son por vía aérea). Se acepta canje con otras publicaciones.

La correspondencia y solicitudes de suscripciones deben dirigirse al *Box 760, 220 07 Lund, Suecia*. Los giros deben hacerse a nombre de APORTEs y al postgiro número 441 69 24 - 1.

ISSN, 0348-6400

SUMARIO

Sobre este número	3
El caballo del general, por Carlos Quijano.....	5
Las fuerzas armadas en las sociedades iberoamericanas, Vivían Trías..	8
Una ilusión reformista, del Núcleo de Militantes "27 de Junio 1973" ..	26
A dónde van las fuerzas armadas ? , Documento Especial del P.V.P.	28
Contradicciones en el ejército, artículo publicado en "La hoja roja".	31
Camisas negras o centuriones, de Federico Fasano	33
"El partido militar", Luis Vitale.	38
Ejército y sociedad burguesa, por Fabrizio Battistelli.....	42
Los destacamentos especiales de las fuerzas armadas, V.Lenin	46
Información/Solidaridad	50
Milicos, de Serafín J.García	52

A NUESTROS LECTORES Y AMIGOS:

adjunto a este ejemplar encontrarán ustedes un formulario para efectuar giros postales en Suecia. Ayúdenos a sostener a APORTEs: suscríbase al postgiro 441 69 24 - 1.

sobre este número

En números anteriores (5,8 y 10), hemos difundido algunos materiales referidos al problema de la militarización del Estado en la mayoría de los países latinoamericanos. El tema, por supuesto, no está agotado y, en ese sentido, hemos resuelto destinarle también este número.

Las fuerzas armadas y la policía son el aparato represivo del Estado. Por su función, la dictadura uruguaya y las restantes dictaduras militares en América Latina son los instrumentos represivos de las oligarquías nativas y el imperialismo norteamericano - contra los movimientos obreros y populares que luchan por la liberación de sus países. Esto no se discute. No obstante ello, distintos autores señalan la carencia de una política definida hacia los militares por parte de las fuerzas populares.

Distintos intereses y concepciones concurren a hacer de esta carencia uno de los temas más polémicos y que más divide a la izquierda latinoamericana.

La polémica, por otra parte, si bien en su desarrollo ha contribuido a precisar una serie de asuntos y conceptos respecto al denominado problema militar, muchas veces, se ha visto reducida a las consignas levantadas en el fragor de la lucha. Por ejemplo: - "soldado amigo, el pueblo está contigo"; "oficial torturador o es cobarde o es traidor"; "Patria arriba, rosca abajo"; "ni civil ni militar, el poder es popular"; "milico bueno, milico muerto"; "ni antimilitarismo vulgar, ni paternalismo militar"; etc.

La reducción de la discusión a la agitación de consignas y la carencia de un análisis de las fuerzas armadas y, por ende, de una política hacia estas, podrían ser consecuencias de la imedia

tez de las luchas o del sectarismo que ha impedido el desarrollo de una real discusión teórica y política sobre el tema.

Nosotros, en relación al Uruguay, hacemos nuestras las afirmaciones de Carlos Quijano en el artículo que publicamos en este número (El caballo del general, pág. 5):

"Muchos fueron incapaces de prever en el 60, el — 66 y aún en el 68, lo que venía. Todavía en los días de febrero del 73, cuando ya el atraco se había iniciado, algunos seguían coqueteando con los militares que, por cierto, rechazaron sus invitaciones al vals.

La previsión que entonces les faltó, la han adquirido ahora?"



el nuevo precio de APORTES

Para explicar los nuevos precios de la Revista, si ello fuere necesario, un par de líneas solamente.

Durante los años 1979 y 1980 mantuvimos fijos los pre cios de las suscripciones y de los ejemplares sueltos , incluso de los atrasados.

Con ello pretendíamos mantener la cantidad de suscrip tores y, en lo posible, aumentarla. Lo primero fue posi ble. Lo otro, no mucho.

Después de haber intentado "analizar" y resolver los problemas financieros de APORTES, nos decidimos a aumen tar los precios de venta y de las suscripciones.

Creemos que los compañeros que durante estos años han renovado sus suscripciones o han logrado nuevos suscrip tores, seguirán contribuyendo al sostenimiento de esta revista independiente.

El caballo del general

Por Carlos Quijano

Publicado en "PROCESO", agosto 1981, México.

El general Pinochet ha prolongado su mandato. El general Viola sustituye al general Videla. El general Figueiredo, al general Geisel.

La breve primavera boliviana, después de idas y venidas, desembocó en el general García Meza, ungido después, según sus dichos, por el pueblo —aunque Natusch no lo crea y se proponga reemplazarlo—. No nos detengamos en el general Stroessner. Lleva veintisiete años en el poder. En Uruguay ha comenzado "el diálogo"; pero, por lo pronto, tendremos en la presidencia a un general, de larga historia y muchas ambiciones, que fue y sigue siendo el verdadero protagonista de la aventura dictatorial. La "presidencia" es el premio a su astucia y su tenacidad. Dominó a sus pares, ahora trata de congraciarse con la oposición y practicará, mañana, un populismo que le sea redituable. Nada original por cierto; pero suficiente como engañabobos.

La experiencia uruguaya en materia de dictaduras, no puede tomarse como un prototipo continental. Es útil recordarla, sin embargo, porque ayuda a comprender todo el proceso.

En los últimos cien años, el país padeció varias dictaduras. Tres se destacan: las de 1875, 1933 y 1973.

—En 1873, después de la revolución industrial que comienza a fines del siglo XVIII, el capitalismo internacional, que había tenido un largo periodo de agua, conoce "la gran depresión".

Los efectos de ésta no tardan en llegar a nuestras tierras. Para conjurarlos, los militares toman el poder y se quedarán en él durante más de diez años. Después de Latorre, que abre el camino, viene Santos; después de Santos, Tajés, vencedor de la revolución del Quebracho. Tajés es uno de los turiferarios del régimen y en ocasiones su brazo armado —lleva la naveta y cuando es necesario carga el fusil—, pero se propone o lo proponen como el restaurador de la legalidad y en aras de su caballo monta la oposición. Es la hora eufórica de la conciliación nacional. No dura mucho esa conciliación. Pocos años más tarde, una revolución estalla, un presidente muere asesinado y el vicepresidente que lo sustituye da un golpe —que algunos califican de "golpe bueno"— para desprenderse de un parlamento que no lo respalda. Pero esta es otra historia que no entra en nuestro relato.

—Hacia 1920-30, otra gran depresión sacude al mundo —la segunda de las tres que aquí consideramos— y no en balde han pasado más de cincuenta años. En 1873, por entonces ya comienza su declinación, Gran

Bretaña es la rectora. Cuando en el último cuarto del siglo XIX, hacia 1890, un nuevo periodo de recuperación se inicia, Gran Bretaña ya no está sola. Otros países le disputan la supremacía, el imperialismo adquiere, entonces, su verdadera fisonomía y la larga batalla por el dominio del mundo desemboca en la guerra del 14-18. Al término de la misma, Europa está en ruinas, y Gran Bretaña, a pesar de sus esfuerzos —intentará, por ejemplo, devolverle a la libra su valor— no volverá a ser nunca más lo que fue. De la guerra emerge triunfador Estados Unidos.

Insertos en el sistema mucho más profundamente que cincuenta años atrás, nuestros países fueron golpeados con gran dureza por la crisis del 30. Para exorcizarla se recurrió otra vez al remedio clásico, del cual el fascismo italiano ofrecía además, por esos tiempos, un deslumbrante modelo: la dictadura.

En Brasil, Getulio Vargas que, años después con su bella muerte honrará a su vida entera, inventa el "Estado Novo"; en Argentina, el 6 de septiembre de 1930, los militares, encabezados por Uriburu, toman el poder; en Uruguay, el 31 de marzo de 1933, el mismo Presidente constitucional, el señor Terra, se transforma en dictador: disuelve el parlamento y demás autoridades constituidas para manejar sin trabas al país. Lo respalda el ejército; pero la "tarea sucia" la ejecuta la policía, que comanda el general Baldomir, cuñado de dicho señor Terra. Todo queda en casa y después Baldomir sucederá a Terra.

La sombra de Tajés, aquel que en el 86, auspició la conciliación nacional, vuelve a rondar y a tentar. De lo que ocurrió en aquel lejano año, se pretende extraer una consigna, quizá una norma, acaso una doctrina; de la dictadura sólo se sale —¿se sale?— en aras de uno del régimen. La oposición se decide a enancarse en el caballo victorioso del señor Baldomir, "electo" Presidente con la abstención de los propios partidos opositores. Es otra vez la conciliación nacional. Los estandartes de la rediviva cruzada llevan esta leyenda: "Por nueva constitución y leyes democráticas."

Pudo creerse en 1886, que la conciliación con los despotas y sus servidores bastaba para resolver los muchos problemas que ya entonces estaban planteados o asomaban. No pudo ni debió creerse en 1940 que ese "remedio" era suficiente. Así lo pensamos y así lo dijimos y por pensarlo y decirlo nos quedamos solós, hecho que, en definitiva, ni importa ni cuenta. Las circunstancias históricas eran distintas, la relación de fuerzas se habían modificado. Uruguay pudo superar la

crisis del 73-75; nunca se repuso del derrumbe de 1930. Para afrontar lo de poco iban a servir las reformas constitucionales y las palabras conciliatorias. Debía arremeterse contra estructuras vetustas y paralizadoras que habían sido creadas para otro mundo y otro país que ya no existían. Imaginar y recrear.

La "nueva constitución" de Baldomir no llegó a vieja y duró apenas diez años; otra, que restableció el colegiado en 1951, vivió quince; a la constitución, una vez más presidencialista de 1966, la enterraron los militares en 1973. La pobre, desde 1968, era sólo una fachada.

En los treinta años que van del 40 al 70, varios gobiernos se suceden. Después de Baldomir, Amézaga; luego el batllismo que retorna con Berreta y Luis Batlle, continúa con Martínez Trueba, que reimplanta con los anticollegialistas de un cercano ayer, el colegiado y por último, nuevamente con Luis Batlle, en 1954.

En 1958, el partido nacional, excluido del poder o con participación minoritaria durante más de noventa años, gana las elecciones. Gobernará desde el 59 hasta el 67, dos períodos.

Era la última opción. Pocos, quizá, lo comprendieron. Los colorados se habían desgastado en el largo ejercicio del poder. El país quiso intentar algo nuevo y puso su esperanza en el viejo partido opositor. Los hechos están ahí, cercanos; muchos de los actores aún viven; no pocos han padecido persecución, prisión o destierro y algunos, como Gutiérrez Ruiz, fueron asesinados por la dictadura. Todo obliga a ser prudente en los juicios. Nos limitamos a decir que los gobiernos del Partido Nacional no respondieron a la confianza que se les había otorgado. No sólo el partido hasta entonces gobernante estaba desgastado; también lo estaba el partido opositor, corroido, además, por divisiones internas y su triunfo fue efímero.

El país se había transformado, el mundo había seguido su marcha, otra gran depresión amenazaba y todo el aparato creado por la potencia dominante empezaba a venirse al suelo.

—Después de la segunda guerra mundial, el poderío de Estados Unidos llegó a su apogeo. Del 45 a 60, otros dicen el 66, el capitalismo conoció un nuevo período de auge que sorprendió aún a sus críticos y que hizo pensar a sus penegiristas que el sistema era poco menos que inmortal. El mismo error, por cierto, en el que incurrieron los tecnócratas, que siempre se equivocan, del 30. Ya producida la caída —recuérdese a Irving Fisher, recuérdese a Harvard— seguían anunciando que la prosperidad continuaba y continuaría.

Pero la verdad de verdades es que a partir del 60, otros dicen del 66, repetimos, el imperio más dominador que ninguno de los otros que conoció la tierra, estaba herido y, a nuestro modesto entender, de muerte. Comienza entonces la recesión con sus distintos nombres y sus variadas interpretaciones, en la que estamos inmersos. El régimen monetario internacional se desmorona, el dólar se devalúa, el oro condenado, reaparece por la rendija, el desempleo se extiende, la inflación

es indomeñable, los países productores de petróleo, largo tiempo explotados y saqueados, reclaman lo suyo y esta civilización —civilización y no cultura— alzada sobre el despilfarro de lo que otros producen y cuesta poco, se agrieta y cruje. A todo lo cual y mucho más, se suman la guerra de Vietnam, Watergate, la rebelión endémica, la pérdida de fe en los valores, la coexistencia con el arma al brazo. ¿Derrumbe?, ¿depresión crónica?, ¿estancamiento?, preguntas que otros en otras edades contestarían. Esta nueva gran depresión golpea y ahora con más fuerza que las anteriores, a nuestros países. Los milagrosos carecen de inventiva. El poder está al alcance de la mano. Otra vez la dictadura, la represión, la tortura y los asesinatos. Otra vez los militares convertidos en salvadores. Brasil en el 64, Argentina que sigue uncida al trauma del 30, en el 66, Perú en el 68; Chile y Uruguay en el 73 y todo lo de más que sabemos y no hemos olvidado. Factores internos y externos se mezclan. La era militar recomienza o continúa, pero en todos los casos con mayor barbarie. Tajos, a quien acompaña ahora Baldomir, vuelve a tentarnos: reaparece el "diálogo" y el caballo del general ambicioso y victorioso espera a los que quieren enancarse en él, mientras se repite que hay que acabar con la dictadura y los más audaces reclaman la convocatoria de una asamblea constituyente.

Esforcémonos por clarificar el discurso y descartar el babelismo. Tratemos de entender y de entendernos. "Hay que acabar con la dictadura." Por supuesto, ¿quién, de cuántos la combaten desde siempre, puede dudarlo? Pero ¿cómo? Las dictaduras no suelen practicar el haraquiri. Hay que derribarlas, que es la única forma conocida de sanear el ambiente y preparar el terreno para las nuevas construcciones. Pero, si no se las puede derribar, ¿está descartado hacerlas evolucionar y aún ayudarlas a evolucionar?; ¿queda excluido todo diálogo?

Comprendemos que para los que vegetan y padecen en ese pozo siniestro que es ahora el Uruguay, para todos cuantos sufren persecución, prisión y tortura, cualquier concesión, por mínima que sea, que se le arranque a la dictadura, ha de ser bienvenida. Comprendemos también que los que viven en el exilio, lejos de ese infierno, no tienen cabal autoridad ni suficiente conocimiento para impugnar las soluciones a las que pueden prenderse aquellos que más penan. Pero aún así nos creemos obligados a decir lo que pensamos.

¿Cómo dialogar con quien esgrime la metralleta, la ha usado y se dispone a seguir utilizándola?

¿Cómo dialogar con los autores, fautores y cómplices de lo que ha ocurrido en los últimos ocho o diez años en el país? ¿Con los asesinos y torturadores, con los perseguidores y carceleros? ¿Olvido y perdón y aquí no ha pasado nada?

En política se dialoga para buscar fórmulas de avenimiento; para transar, ¿cabe avenimiento en Uruguay, caben transacciones con los detentadores del poder?

Pero además, ese avenimiento y esas tran-

sacciones no lograrán nada positivo y duradero. Los prácticos, duchos en menesteres celestinescos —mediaciones y reconciliaciones— tienen ahora muy limitada su capacidad de maniobra. ¿Todavía no se ha comprendido que el país requiere algo más que parches y componendas?

Sin duda, no debemos tomar nuestros deseos por realidades. Pero, ¿cuáles son las realidades?

Muchos fueron incapaces de prever en el 60, el 66 y aún en el 68, lo que venía. Todavía en los días de febrero del 73, cuando ya el atraco se había iniciado, algunos seguían coqueteando con los militares que, por cierto, rechazaron sus invitaciones al vals.

¿La previsión que entonces les faltó, la han adquirido ahora?

Durante ocho largos años de destierros, encierros y entierros hemos sido, asimismo, incapaces de elaborar un proyecto nacional, congruente y realista, frente al plan, reaccionario y bárbaro, que los milites y sus tecnócratas de medio pelo, incompetentes y serviles, impusieron y cuyos resultados, que a la vista están, eran perfectamente conjeturables.

El reiterado reclamo de la democracia y la unidad nos sirvió para ocultar nuestras fallas y disimular aquellas diferencias que debimos superar.

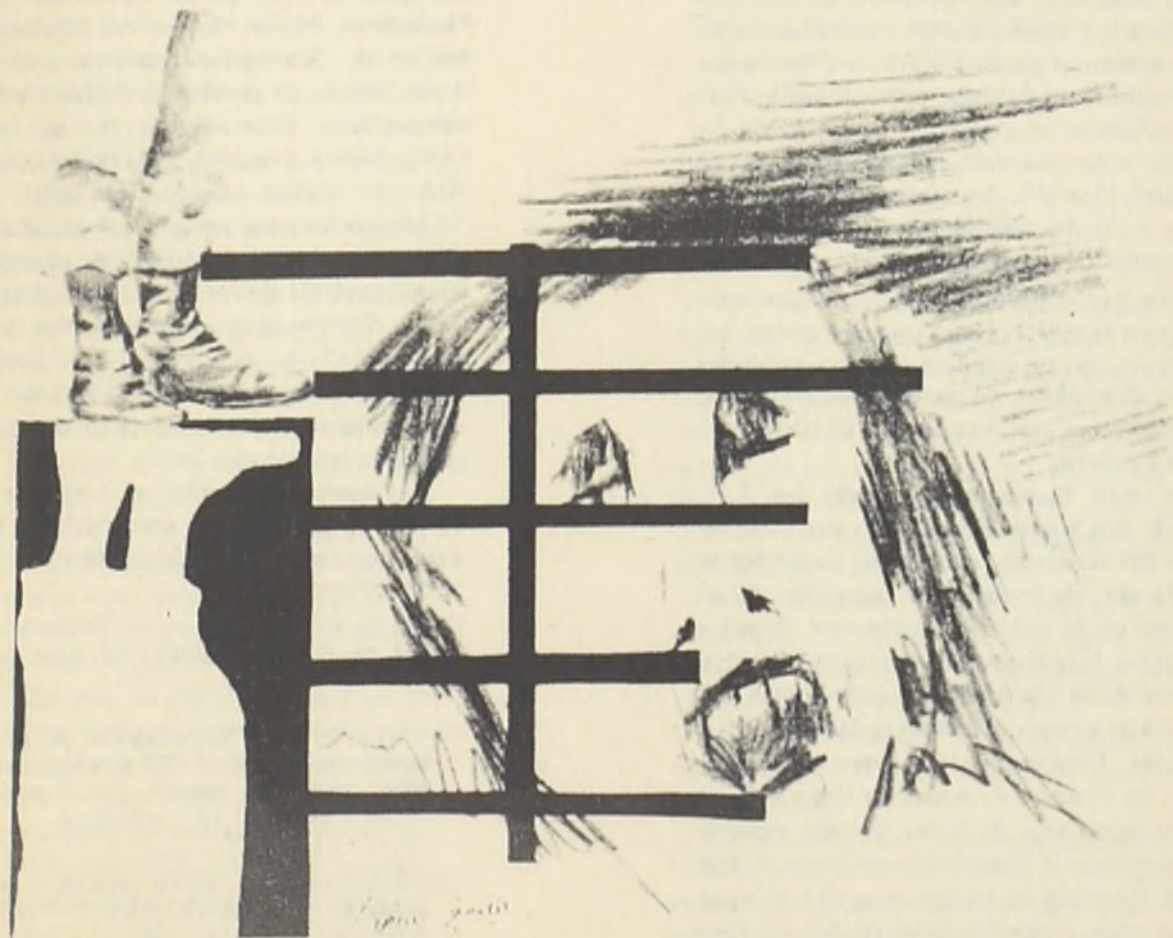
Un partido es un proyecto nacional; una conjunción de partidos también lo es, como debe serlo un gobierno si no quiere limitarse a distribuir puestos e inaugurar exposiciones.

Más que nunca, en las condiciones extremadamente difíciles por las que atraviesa Uruguay, ese proyecto que la oposición debió preparar, analizar, discutir y redactar hace tiempo, es necesario. Y por esa tarea debe empezarse.

¿O es que en el fondo se pretende volver al Uruguay de antes? ¿No se comprende que ese Uruguay está muerto, que el mundo en el que se desarrolló también lo está y definitivamente?

La reclamada unidad de la oposición, que se basa en unas pocas generalidades sin contenido, sólo conduce a mantener el engaño y la confusión, a eximirnos de nuestras responsabilidades. Se engañan los mismos que la proponen. No se nos ocultan las dificultades de la empresa. Tampoco nos hacemos ilusiones sobre el eco que nuestras palabras solitarias tendrán. Es posible que, como en otras ocasiones, quienes confunden política con capacidad de maniobra, se salgan con la suya. Otro "gobierno de transición", acuñado por los usurpadores, mediatizado por ellos, nos espera y quizá los encañados vuelvan a enturbiar el agua y logren confundir a las gentes.

Pero entonces una vez más, el modesto destino, destino es misión, del Uruguay se habrá frustrado. Pocos años se necesitarán para comprobarlo. Y como también se verá, el general presidente no podrá resolver ninguno de los muchos y fundamentales problemas que acosan a Uruguay. No tiene respuestas para ellos. O, peor aún: si, las tiene: son las que durante estos siniestros años últimos, compartió, propugnó y aplicó. ●



LAS FUERZAS ARMADAS EN LAS SOCIEDADES IBEROAMERICANAS

Vivian Trías

El reputado historiador y experto en temas militares británicos, Lidell Hart, ha escrito: "la naturaleza de los ejércitos está determinada por la naturaleza de las civilizaciones en que existen". (1) Los hechos han avalado esa conclusión más allá, incluso de su acepción literal. Las Fuerzas Armadas de cualquier sociedad concreta, en una fase específica de su evolución, están determinadas por la índole de aquella en esa precisa coyuntura.

Nuestro propósito es estudiar la significación de las F.F.A.A. en las sociedades iberoamericanas, especialmente entre 1960 y el presente.

Iberoamérica se singulariza en el Tercer Mundo por el mayor desarrollo relativo de su capitalismo dependiente. Es lo que, en rigor, quiere decir que sea "la clase media tercermundista"; a medio camino entre las sociedades atrasadas de Asia y Africa y las menos desarrolladas de Europa, como España, Portugal o Grecia.

Pero tras esa calificación, acertada, se aprecian disimilitudes abismales entre un país y otro del continente sur. Examinar el significado de los ejércitos inmersos en sociedades tan diferentes y de tan dispar incidencia en la región como un tema global, sería diluirse en un conjunto de generalidades vagas y discutibles. Al querer abarcarlo todo, terminaríamos por no concluir en nada fructífero y preciso.

Por esto hemos seleccionado las F.F.A.A. de dos sociedades del más alto nivel relativo del desarrollo capitalista dependiente y, a la vez, de indiscutible capacidad determinante en el entorno continental: Brasil y Argentina. Hay entre ellas diferencias nítidas, pero también identidades trascendentes que permitirán extraer enseñanzas valiosas y fermentales. También formularemos alguna alusión a las Fuerzas Armadas de Chile y Perú. No dudamos que de haber podido estudiar las cuatro con el mismo detenimiento, hubiéramos obtenido un cuadro muy rico de comprobaciones y posibilidades de futuro. Pero

el espacio no ha permitido ese propósito.

¿QUE ES UNA SOCIEDAD VIVA Y CONCRETA?

Responder esta pregunta exige algunas consideraciones en un grado elevado de abstracción, pero nos facilitará mucho el discurso posterior.

Marx designa cada tipo de sociedad, considerado como una abstracción teórica, inexistente como encarnadura viva (pero no por eso menos real): "formación económico-social".

Hay, pues, una formación económico-social esclavista, otra feudal, otra capitalista, etc.

Algunos autores, siguiendo las líneas de pensamiento de Louis Althusser (Nicos Poulantzas, Marta Harnecker) equiparan la noción de "formación económico-social" a la de "modo de producción". Sin embargo, compartimos enteramente la opinión de Emilio Sereni al respecto. Quien lea con atención los textos clásicos y, sobre todo, "¿Quiénes son los amigos del pueblo?" (2) escrito por Lenin en 1894, no albergará la menor duda de que se trata de nociones diferentes. El "modo de producción" es la "base económica" de la formación económico-social, su estructura económica, juega el rol determinante, pero no agota su complejidad global, ni mucho menos.

La formación social es una estructura amplia y complicada, una totalidad constituida por varias estructuras diferenciadas, au-

(1) Cit. por John J. Johnson en "Militares y Sociedad en América Latina". Ed. Solar-Hachette, 1966, Buenos Aires.

(2) Emilio Sereni. "La categoría de formación económico social" en "El concepto de formación económico social". Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, Córdoba.

(3) Nicos Poulantzas. "Poder político y clases sociales en el estado capitalista". E. Siglo XXI, 1971, México.

tónomas, como regiones o niveles distintos de aquella, pero dialécticamente interconectadas e interaccionadas; estructura política, estructura ideológica, estructura jurídica, estructura social, etc.

Cada una es una instancia que puede ser estudiada separadamente y generar una teoría política, una teoría social, otra ideológica, etc.

¿Qué es una estructura?

Es, evidentemente, un "todo". Pero no toda "totalidad" es, necesariamente, una estructura. Una bolsa de papas es una "totalidad" constituida por un número determinados de tubérculos que adoptan la forma de la bolsa. Puede haber cualquier cambio de la ubicación de las unidades, sin que nada resulte afectado.

Los elementos que constituyen una estructura, por el contrario, no se yuxtaponen, sino que cada uno ocupa su lugar de acuerdo a una organización que determina ese preciso sitio y la función que desempeña en el conjunto articulado. Cada elemento, cada "región" está impregnada del sentido global de la estructura.

La "formación económico-social" es una unidad estructural compleja con **predominio determinante y en última instancia**, de la "estructura económica" (modo de producción). Pero las otras "regiones" o "estructuras", o "niveles" no son meros epifenómenos o reflejos del "modo de producción", no existe una causalidad lineal entre esta y las demás instancias o regiones, sino una relación dialéctica en que la "estructura dominante" determina el sitio y la función de las demás y en que todos los niveles los superdeterminan.

En la formación feudal la instancia ideológica (en su forma religiosa) cumple el rol de **predominio**, determinado por el funcionamiento de lo económico. Lo que diferencia a las distintas formaciones es esa peculiar organización de sus niveles o instancias. Es lo que Poulantzas llama su "matriz". (3)

Cada sociedad viva y específica es una combinación de formaciones muy complejas y con **predominio**. Hay una formación "subordinante" que subordina a las demás, que les impone sus leyes, que las "tiñe con su color" (Marx). Es la ley de la subordinación. Cuando afirmamos que la sociedad de la Inglaterra victoriana es capitalista, lo que, en rigor queremos decir es que la formación capitalista subordina a los remanentes de su pasado feudal y pre-capitalista; nobleza terrateniente, artesanado, formas de propiedad comunitarias, etc. La nobleza desplaza las siembras de sus campos para criar ganado ovino y vender la lana a las fábricas, invierte sus be-

neficios en acciones o en la banca, etc. Pero se mantiene imperturbablemente apegada a su suntuosa vida de señores en los castillos, a sus funciones judiciales hereditarias y a sus bancas en la Cámara de los Lores.

LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS DEMOCRATICAS IBEROAMERICANAS

La formación capitalista de una sociedad desarrollada como Alemania o Estados Unidos, se caracteriza por su tendencia expansiva a constituirse en formación exclusiva de aquella. No solo gesto el capitalismo industrial autogenerado, sino que tiende a destruir, a arrasar a las formaciones pre-capitalistas remanentes y a absorberlas en su seno. Su expansión trasciende su propia sociedad y mediante su comercio exterior y sus inversiones en el extranjero, organiza la economía internacional, cada vez más integrada, y regida por la acumulación a escala mundial. Esta funciona de tal manera que se realiza en provecho de los centros industrializados, mediante mecanismos de dependencia por los que se apropian de gran parte del excedente económico de las sociedades periféricas donde la formación dominante es el "capitalismo dependiente". La que funciona, justamente, como formación dominante para trasvasar el excedente económico producido en la sociedad, de manera que sirva a la reproducción ampliada de las potencias-centros.

La formación capitalista dependiente ni crea un capitalismo capaz de autogenerarse, ni tiende a expandirse para ser la formación exclusiva de su sociedad. Por el contrario su rol subordinante tiende a que las formaciones pre-capitalistas no sólo subsistan, sino que cumplan un papel importante en la sociedad; agricultura de subsistencia que proporciona alimentos a precios irrisorios y es una reserva inagotable de mano de obra barata, latifundios trabajados por peonadas (sobre todo mestizas o indígenas) en condiciones especiales de servidumbre que producen materias primas a cotizaciones muy bajas, etc. Así lo exige su rol de trasladar excedente económico a las metrópolis.

Las formaciones capitalistas dependientes, desarrollan el capitalismo solo hasta ciertos límites y distorsionan sus estructuras y funcionamiento. Es el subdesarrollo.

Lo que se traduce, como no podía dejar de suceder, en diferencias sociales y políticas substanciales.

En la formación capitalista desarrollada, al contrario de lo que ocurre en la feudal o esclavista, no se requieren medios coactivos ni servidumbre, ni esclavitud para obligar a

las masas a trabajar en beneficio de las clases dominantes.

La burguesía contrata la fuerza de trabajo de los obreros como hombres libres, pagándole un salario que cubre sus necesidades elementales, mínimas, y se apropia de los valores económicos que aquel crea en el resto de su jornada de labor, la plusvalía, fuente de los gastos de subsistencia del empresario y de la acumulación del capital. Por más que el propietario debe vender su fuerza de trabajo si pretende sostener a su familia, es un hombre políticamente libre y, por ende, el sistema político debe contener cierto consenso socio-político de las masas que redunde, naturalmente, en la específica organización y función del Estado.

Esto, como estructura o instancia de la estructura global de la formación social, actúa con cierta autonomía por encima de las clases, incluso de las dominantes.

La **ideología burguesa** postula al Estado-nación-pueblo como una institución imparcial, que representa por igual a **todos los ciudadanos** (burgueses y proletarios).

Históricamente la burguesía industrial jamás ha podido llevar adelante su revolución por sí misma, con sus propias organizaciones político-militares. Siempre ha tenido que recurrir al apoyo de la pequeña-burguesía, de los obreros, de los campesinos, etc. para destruir a la nobleza feudal y al absolutismo monárquico.

Por otra parte es una clase dividida, agrietada por agudas contradicciones internas. Lejos de ofrecer un perfil monolítico hay una fracción industrial, otra comercial, otra financiera, otra agraria, otra constituida por tecnócratas y ejecutivos. Algunas de ellas se asocian para constituir lo que Poulantzas llama (4) "el bloque en el poder" y que impone a la sociedad un dominio inestable que, en cualquier emergencia, puede ser desplazado por otro integrado por otras fracciones. (fenómeno que contribuye a explicar, desde la trastienda, las numerosas crisis ministeriales de los gobiernos parlamentarios europeos).

Todo lo dicho explica por que la república democrática y representativa es el régimen que mejor sirve los intereses de la burguesía en las sociedades desarrolladas. "El poder -escribe Poulantzas-(5) es la capacidad de una clase para realizar sus intereses objetivos y específicos".

El poder se ejerce mediante el Estado y la burguesía, por sus notorias dificultades para ejercerlo directamente y por sí misma, lo hace -siempre según el mismo autor- merced a: 1) **compromisos** que ligan a las fracciones del bloque en el poder. 2) **equilibrios** mediante

concesiones políticas (libertades democráticas y sindicales, participación de los representantes de las clases explotadas en algunos "centros de poder" del Estado como el Parlamento) y económicas (mejora ostensible del salario real a medida que el capitalismo crece, el "Estado de Bienestar" con sus licencias pagas, pensiones de retiro, indemnizaciones por despido y toda clase de asistencias sanitarias, educativas, viviendas, y otras, en beneficio de las masas) y 3) insoslayable **inestabilidad** en el poder, cuyo equilibrio se debilita y recompone de continuo, lo que implica una gran y eficiente **flexibilidad** a cada cambio de coyuntura.

La impregnación de la sociedad por la ideología burguesa es decisiva en el funcionamiento del régimen. La ideología -bueno es recordarlo- no es una concepción científica de la sociedad, sino un conjunto de creencias, valores, prejuicios y conceptos alienantes que encubren el dominio de la burguesía y avalan su autodefinición como representante de los intereses de toda la sociedad, encarnación del Estado-nación-pueblo situado por encima de las clases y cuya función es equilibrar sus intereses y no permitir el sometimiento de ninguna. Gramsci escribe (6) que la ideología burguesa es el "cemento del Estado". A tal punto que si estalla una situación crítica (huelga general, desórdenes estudiantiles generalizados, etc.) usa de la fuerza en nombre del Estado-nación-pueblo, y no de sus propios intereses que es lo que, en rigor, ocurre.

En el bloque en el poder siempre hay una fracción burguesa **hegemónica**, que asume la función de imponer su dominio sobre las demás fracciones por un lado y, por otra, mediante su influencia ideológica y el juego de equilibrios y concesiones, la representatividad del Estado-nación-pueblo.

Su poder es vigorizado por lo que Poulantzas designa (7) "clases de apoyo"; sectores amplios de la pequeña-burguesía, campesinos medianos y pequeños propietarios que temen al poder de la clase obrera y, por cierto, algunos segmentos de esa.

Este entramado de la república democrática y representativa burguesa en los países desarrollados explica por que en Europa el liberalismo económico y político se comple-

(4) Nicos Poulantzas. Obra citada.

(5) Nicos Poulantzas. Obra citada.

(6) Antonio Gramsci. "La Política y el Estado Moderno". 1973. Ed. Península. Barcelona.

(7) Nicos Poulantzas. Obra citada.

mentaron y alimentaron mutuamente, puesto que el crecimiento de la economía permitió, a la larga, mejorar substancialmente el nivel de vida de las masas y lograr su consentimiento, más o menos pleno o aún cuestionante, a esa compleja arquitectura de equilibrios y compromisos. Complejidad que, por otra parte, pone en evidencia la burda simplificación de la realidad histórica en que incurren ciertos manuales marxistas cuando afirman, lisa y llanamente, que el Estado es un simple y directo instrumento de la burguesía.

En las sociedades iberoamericanas, por el contrario, liberalismo económico y liberalismo político resultaron inconciliablemente contradictorios. Al independizarse de los imperios ibéricos se insertaron en el "sistema del Imperio Británico" y el bloque en el poder se constituyó por una asociación entre grandes terratenientes productores de cueros, azúcar o café y comerciantes que exportaban esos productos al mercado mundial (singularmente a Gran Bretaña) e importaban de Manchester, Liverpool o Glasgow manufacturas baratas, en régimen de libre importación o con derechos aduaneros irrisorios, con las que anegaron los mercados internos de sus países.

El resultado fue la ruina implacable de las artesanías y burdas manufacturas locales, sus transportistas y comerciantes -lo que P.A. Baran llama el "infanticidio industrial"- (8) sembrando la miseria en vastos sectores de las poblaciones del interior que vendían sus productos en las grandes ciudades-puertos. A lo que se suma el sometimiento forzado de las poblaciones rurales (exterminio de las montoneras en las provincias argentinas y extinción del gauchaje) convertidas en peonadas cruelmente explotadas y el saqueo despiadado por la gran ciudad-puerto de las zonas más pobres y alejadas.

Desaparece todo vestigio de desarrollo industrial autónomo, de artesanías y manufacturas incipientes. En Europa son sustituidas por modernas fábricas maquinizadas, pero aquí sus productos se importarán del extranjero. En Europa su extinción dio paso al desarrollo de las fuerzas productivas; aquí significó un retroceso del nivel de vida, cegar fuentes de ocupación y dismantelar toda posibilidad de desarrollo industrial propio.

En suma; en las sociedades iberoamericanas subordinadas por la formación capitalista dependiente, se retorna a los medios coactivos para forzar a las masas al trabajo ¿Cómo edificar sobre esas crudas realidades económico-sociales el delicado y complejo equilibrio-desequilibrio de la república democráti-

ca y representativa?

Las clases dominantes que constituyen el bloque en el poder apenas consolidada la independencia (en general; primero los comerciantes exportadores e importadores como fracción hegemónica y luego sustituidos por los grandes terratenientes y representantes del capital extranjero en ferrocarriles, etc.), copiaron literalmente las Constituciones europeas (la francesa de 1791 y la de Cádiz de 1812, en especial), aunque restringiendo drásticamente el voto popular, pero ni siquiera así las aplicaron nunca a lo largo de lo que restaba del siglo XIX ni en buena parte del siglo XX.

Se alternaron despiadadas dictaduras (militares o no), con largos períodos de anárquicas guerras civiles y lapsos de cierta estabilidad en que el Estado muestra una fachada de república democrática o monarquía constitucional restringidas (como en Brasil), pero, en verdad se fundan en fraudes escandalosos, elecciones burdamente amañadas sin la menor participación efectiva del pueblo.

Esta contradicción inconciliable entre el liberalismo económico y liberalismo político en las sociedades subordinadas por la formación social capitalista dependiente, expresa la profunda incompatibilidad entre subdesarrollo y democracia.

Estructuras económicas y sociales distorsionadas por la dependencia, que condenan a las masas populares a la pobreza o la indigencia como una necesidad de su funcionamiento, no pueden conciliarse con estructuras políticas en que los pueblos decidan su destino.

Es contradicción fundamental de las sociedades periféricas hasta hoy. Su solución definitiva radica en la liberación, el desarrollo y la justicia que hagan viable la democracia. O puede ser disimulada y encubierta durante lapsos más o menos largos por coyunturas internas e internacionales muy peculiares.

Es lo que acaece entre los primeros años del siglo XX y la crisis de los años 30 en Argentina, Uruguay y Chile con la irrupción de las clases medias en la "escena política" y la apertura de períodos de vigencia real de las instituciones democráticas cuyo climax transcurre durante la primera guerra mundial.

Desde fines del siglo XIX Argentina se ha incorporado orgánicamente a la división internacional del trabajo implementada por el Imperio Británico. Vale decir junto con Uruguay, forman parte, según lo señala perpicaz-

(8) Paul A. Baran. "Teoría del crecimiento económico". Ed. Fondo de Cultura Económica. 1959. México.

mente Aldo Ferrer, (9) de un área internacional de pujante crecimiento económico cuyo motor es Gran Bretaña.

Argentina provee granos, lanas, cueros y carnes congeladas o enfriadas, absorbe cuantiosas inversiones inglesas en infraestructuras, algunas industrias, banca, etc. y, sobre todo, empréstitos. A pesar del torrente inmigratorio que recibe de Europa, la mano de obra es escasa y los salarios relativamente altos. Se constituye, así, un mercado interno donde pueden prosperar ciertas manufacturas (las primeras leyes proteccionistas se aprueban a mediados de la década 1870-80), emerge una joven burguesía industrial que reclama su lugar al sol y un incipiente proletariado que importa de Europa las ideas socialistas y anarquistas y plantea luchas y huelgas sorprendentemente largas y, aún, violentas.

Tal vez lo más importante es que el proceso de "modernización" experimentado por la economía y la sociedad, ha generado una importante clase media de empleados, profesionales, modestos comerciantes y manufactureros, medianos productores rurales, intermediarios, técnicos, y otros provenientes, también de la inmigración.

Gino Germani expresa (10) que todos estos nuevos y amplios sectores sociales que han complicado y enriquecido a la sociedad, experimentan un **desplazamiento** dentro de ella, una alteración de status, la necesidad de nuevos cambios. Lo que las pone en situación de **disponibilidad** para que un caudillo carismático o partido político las **movilicen**, las conduzcan a la lucha por un nuevo proyecto nacional que contemple sus aspiraciones económicas, sociales y políticas. Ese rol lo desempeñan Hipólito Irigoyen y su partido, la Unión Cívica Radical. Las movilizaciones adquieren envergadura con la revolución del 90 contra el régimen y, la frustrada insurrección radical de 1905 y las duras luchas obreras.

Las clases dominantes comprenden que no pueden seguir gobernando mediante una democracia falsa, fraudulenta y elitista. Se dividen y un segmento influyente entiende que ha llegado la hora de abrir camino a las nuevas realidades. La fracción hegemónica de los grandes terratenientes pierde terreno en la escena política y en el bloque en el poder. Por otra parte la prosperidad, acrecentada con la guerra y el alza de precios de alimentos y materias primas, así como la imposibilidad de los beligerantes de proveer de manufacturas a sus viejos mercados que facilita el desarrollo industrial propio, permite redistribuir mejor el ingreso y lograr ese mínimo consenso popular que permite a las cla-

ses dominantes implantar la democracia como un régimen que conviene y no perjudica a sus intereses reales.

En 1912 se aprueba la Ley Saenz Peña que concede el voto universal y secreto, garantizando elecciones limpias. En 1916, en plena guerra, los radicales arrasan a sus rivales en las primeras elecciones auténticas y elevan a la Presidencia a su líder H. Irigoyen.

El ciclo radical se prolonga hasta setiembre de 1930 y acrece espectacularmente la participación popular en la vida política, pone en marcha una política estatizante y proteccionista que favorece el desarrollo industrial, aprueba algunas leyes sociales avanzadas que mejoran la distribución del ingreso en favor de los más humildes y en lo internacional postula un nacionalismo antimperialista que lo induce a proclamar la neutralidad en la guerra mundial y condenar al imperialismo americano en sus primeras rapacidades. El bloque en el poder ha cambiado. Se incorpora la nueva y vacilante burguesía industrial, las clases medias, los ganaderos medianos y una parte de la oligarquía terrateniente que inspirará el radicalismo "anti-personalista (anti-irigoyenista) y cuyo líder será el aristocrático Marcelo Torcuato de Alvear.

Pero las estructuras del subdesarrollo y la dependencia, lesionadas, heridas, cuestionadas, no experimentan cambios profundos. La "revolución radical" es un nuevo compromiso con aquellas, más favorables a las masas. La oligarquía terrateniente pierde su condición de fracción hegemónica, pero actúa, algo así, como lo que Poulantzas llama "clase reinante" (11). La contradicción subdesarrollo-democracia ha sido transitoriamente enjugada, pero no resuelta. La **movilización** conducida por el radicalismo no ha conducido a una ruptura, a un cambio en las estructuras, sino que las clases medias, la burguesía industrial y parte de la clase obrera han sido asimiladas por aquellas. Es lo que G. Germani designa **reintegración**. (12)

LA "PROFESIONALIZACIÓN" DE LAS FUERZAS ARMADAS

Los sociólogos suelen llamar "modernización" a la quiebra de la "sociedad tradicional" heredada del coloniaje y a la articulación orgánica del país en la economía capitalista mundial con todas las trans-

(9) Aldo Ferrer, "La economía argentina". Ed. Fondo de Cultura Económica 1968, México.

(10) Gino Germani, "Sociología de la modernización" Ed. Paidós, 1969, Buenos Aires.

(11) Nicos Poulantzas, Obra citada.

formaciones que ello supone en lo interno. Proceso que no acaece hasta la fase monopolista iniciada a fines del siglo XIX. ¿Qué suerte corrieron los Ejércitos en ese desarrollo?

Para considerar el punto, hemos de referirnos, primero, a sus raíces y tradiciones. Fueron constituidas para librar las guerras de la independencia y en una larga y trágica sucesión de combates derrocharon sacrificio y sangre y se cubrieron de gloria con inolvidables victorias. Por otra parte, fueron el verdadero "partido popular revolucionario", muchas veces opuesto a las oligarquías nativas que, finalmente, recogerían su espléndida cosecha: la independencia nacional.

Bolívar, superada su etapa mantuana, proyectó soluciones sociales avanzadas para el indio y los humildes. San Martín creó las primeras formas de capitalismo de estado, levantando modestas fábricas de armas y municiones para abastecer el Ejército que cruzaría los Andes y liberaría del dominio godo a Chile y Perú.

José Artigas llegó más lejos que ninguno en el significado económico y social de sus ideas y realizaciones.

Esa gloriosa tradición que las confunde con el incipiente estado-nación-pueblo, que las erige en la expresión más genuina de la patria en los duros años de la guerra independentista, se conjuga con el hecho, común a todas y en cualquier lugar, de ser, legalmente, las encargadas de defender la soberanía nacional y la dignidad de sus símbolos (bandera, escudo, himno), para explicar el nacionalismo como rasgo profundo de su existencia. Siempre, en mayoría o minoría, en los Ejércitos iberoamericanos hay tendencias nacionalistas y populares. Y cuando la correlación de fuerzas favorece a los mandos que apoyan proyectos anti-nacionales, se ven obligados a encubrirlos con un patriotismo estridente y superficial para no romper, por lo menos en apariencia, con sus hondas tradiciones nacionales.

Desaparecidos de la escena los grandes caudillos de la independencia, incorporadas las nuevas repúblicas al "sistema del imperialismo inglés", las fuerzas armadas sufrieron un proceso de "privatización", de desvinculación del Estado nacional.

Se convirtieron en ejércitos de partidos (conservadores y liberales, federales y unitarios en la Confederación Argentina, blancos y colorados en Uruguay). El ejército oficial era, en rigor, el ejército del partido oficialista. O en fuerzas armadas de estados y provincias; lo que es muy marcado en Brasil donde las tendencias separatistas fueron muy vigorosas. Los "farrapos" de Río Grande del Sur tuvie-

ron en jaque al gobierno central hasta fines del siglo XIX. El Gral. B. Mitre destruyó a las montoneras federales e impuso la unidad nacional según la concebían los liberales, con un Ejército de Buenos Aires y no nacional.

Es en este largo período de caos, guerras civiles y oscilaciones entre la tiranía y la anarquía, que hay que ubicar las dictaduras militares del siglo XIX o sus "pronunciamientos" a la española. Son el fruto de una realidad socio-económico-política inorgánica, inmadura, primitiva.

Hacia fines del siglo pasado se produce lo que se designa "modernización", el Estado-nacional aún mediatizado por la dependencia adquiere consistencia, organicidad, y las Fuerzas Armadas viven su transición hacia la profesionalización.

Fue importante, en ese sentido, el rol que desempeñaron en rastrear y ocupar todo el territorio nacional, estableciendo guarniciones en los rincones más apartados e inhóspitos. El Gral. Julio Argentino Roca conquistó enormes extensiones de tierras al sur desalojando a los indios y abriendo nuevos territorios para la explotación ganadera. No es una casualidad que en su presidencia se inicie la profesionalización del ejército argentino. El Gral. Rondó realizó en Brasil una notable obra de exploración, descubrimiento de tierras, ríos, rutas, pasos y delimitaciones fronterizas.

Remacha la obra de las bandeiras fundando pueblos, instalando guarniciones, estudiando a fondo la geografía brasileña. A principios del siglo XX nadie en Brasil conocía tan bien al país como sus oficiales. Su papel en la creación del "espacio-nacional" fue decisivo para abandonar su pasado de "privatización" o "regionalización". Además, los Grls. Mosconi y Savio, en la Argentina, cumplieron un rol muy valioso impulsando la explotación del petróleo por el Estado el primero y la creación de una siderurgia estatal el segundo, capaz de proveer al ejército. Tal vez, los primeros atisbos de vincular seguridad y desarrollo.

En Argentina se crea el Colegio Militar en 1870, pero es en la segunda presidencia del Gral. Roca (1889-1904) que el proceso toma real fuerza. En 1900, por iniciativa del Ministro de Guerra, Richieri, se aprueba la ley orgánica militar, se implanta el servicio militar obligatorio y la Escuela de Clases. Las misiones prusianas juegan un papel preponderante en la organización del ejército argentino⁽¹³⁾

Brasil sigue un curso distinto al argentino. Hasta 1930 domina la "república oligárquica", fraudulenta, en que el gobierno resulta

(12) Gino Germani, *Obra citada*.

de un acuerdo de las clases dominantes de los Estados más ricos y poderosos, Singularmente Sao Paulo y Mina Gerais: como el primero es el emporio del café y el segundo posee una importante industria de productos lácteos, su convenio, reiterado, se designa "café con leche". Brasil se va trasladando rápidamente a la órbita norteamericana donde vende la principal parte de su producción cafetalera.

Las ideas positivistas tuvieron incisiva influencia en las fuerzas armadas a fines del siglo XIX y promovieron tendencias renovadoras en su seno. Tanto en la abolición de la esclavitud (1888), como en la caída de la monarquía (1889), la participación de la inquieta oficialidad joven no fue nada desdeñable.

De 1920 a 1930 son esos sectores las fuerzas más descontenta y revulsiva del país. Encarnan las aspiraciones de las clases medias emergentes. En Brasil no hubo un ciclo mesocrático, ni partido radical, como en Argentina; pero sus oficiales jóvenes fueron los abanderados de esa causa. El levantamiento del fuerte Copacabana en 1922, la revuelta de los oficiales paulistas acaudillada por el Gral. Isidoro Díaz López y, finalmente, la heroica columna encabezada por el capitán Luis Carlos Prestes que recorrió el país, combatiendo, durante dos años y medio en 1924. Todo este movimiento democrático, nacionalista, moralizador se llama el "tenientismo" y su programa será recogido en la revolución de 1930.

La profesionalización en Brasil (de la cual nos ocupamos más adelante) es similar a la argentina.

¿Pero, qué es, en definitiva, la profesionalización? Virgilio Rafael Beltrán traza un esquema seductor: (14)

1) Actividad "full time" (con algunas excepciones) que tiende a consubstanciar al soldado con la institución.

2) Burocratización: la organización de las fuerzas armadas requiere técnicos, presupuestos, oficinas administrativas, etc.

3) Pasan a regirse por normas propias y específicas que las distinguen y, en cierto modo, aislan del resto de la sociedad (disciplina, lealtad al jefe, obediencia, verticalidad rígida). Sin estas normas no pueden ser una fuerza militar eficiente.

4) Financiación propia, presupuesto especial que atiende al pago de sueldos y a la adquisición de pertrechos.

5) Status social diferencial que proviene, en gran parte, de su rol de hacer la guerra para defender la soberanía y los intereses nacionales y en la que exponen su vida a cada ins-

tante. El uso del uniforme, monopolio de las armas, constituyen a conformar ese status especial.

6) "Esprit de corps"; el soldado identificado con su institución, comprometido irreversiblemente con ella, la vida en común con sus pares en los cuarteles que crea el peculiar sentimiento de la "camaradería de armas", se conjugan para vigorizar el "Esprit de corps".

7) Especialidad técnica.

8) Tales rasgos generan una cierta alienación con respecto a la sociedad a la que sirven, cierta reticencia a comunicarse con otros sectores sociales, etc.

La actitud política del soldado es el fruto de la concurrencia de distintos factores. La especificidad institucional, el "Esprit de corps" son decisivos. Hay una especie de "deformación profesional" -como en cualquier otra profesión- pero más aguda e influyente en la personalidad del militar. En segundo lugar, el origen social de soldados y oficiales. En nuestros países y salvo escasas excepciones, las clases medias, los estratos populares, humildes, campesinos constituyen las canteiras más frecuentes de reclutamiento. Por último, las influencias ideológicas que se ejercen sobre él y que son inseparables de las luchas socio-políticas en la nación.

La profesionalización es un elemento fundamental en la conducta socio-política de las fuerzas armadas después de la primera guerra mundial, y mucho más, después de la segunda. Los regímenes militares de los 60 y 70 serían inexplicables sin ella y son por cierto, muy diferentes a los instaurados por los clásicos "cuartelazos" del siglo pasado.

Darío Caatón observa con acierto: (16) "...la profesionalización tendió a hacer de los militares **especialistas que no se cuestionaban**, permanecían más allá de los conflictos políticos de la sociedad". Y agrega: "favoreció, a lo largo del tiempo, **la posibilidad de definir una política propia**". (los subrayados son nuestros.)

LA CRISIS DE LOS 30

La crisis mundial de 1929 hizo saltar en pedazos las circunstancias excepcionales que permitieron superar, temporariamente, la contradicción entre subdesarrollo y democracia.

(13) Robert A. Potach. "El Ejército y la Política en la Argentina (1928-1945)". Ed. Sudamericana, 1971. Buenos Aires.

(14) Virgilio Rafael Beltrán "Estrategia, armas y cambio social en América Latina" en "El papel político social de las FF.AA. en América Latina". (Recopilado por el mismo autor) Ed. Monte Avila, 1970. Caracas.

En Argentina H. Irigoyen había retornado al gobierno en un plesbicitico abrumador. Era ya un anciano y debió afrontar problemas muy difíciles para los cuales, además, el radicalismo no estaba preparado. La crisis del 30 le fue fatal. Tanto el Imperio Británico como los conservadores (movilizados por los terratenientes y, el gran comercio exportador-importador y la banca) entendieron que era imprescindible un golpe de Estado restaurador. La campaña que lo ambientó fue trepidante, calumniosa, pero efectiva. Incluso se unieron a ella socialistas disidentes (independientes) y el P. Comunista calificó a los radicales, inada menos!, que de fascistas. Muy pronto la escena política estaba en ebullición y se había creado lo que Gramsci (17) designa como "equilibrio catastrófico". Empate entre las fuerzas socio-políticas que no acaba de dilucidarse y amenaza con destruir a los combatientes.

El poeta Leopoldo Lugones clamó que había llegado la "hora de la espada".

En el Ejército se movían tres tendencias: 1) la oficialidad radical desconcertada ante la esterilidad del gobierno, 2) una fracción nacionalista, ultramontana, inspirada por Maurras, corporativista, tan antipopular como antibrítánica, y liderada por el Gral. José Uriburu (r.) muy ligado a la educación prusiana del ejército, 3) una corriente liberal-conservadora acaudillada por el General Agustín P. Justo, ex-Ministro de Alvear, partidario de una restauración oligárquica pro-inglesa lisa y llana.

La impaciencia de Uriburu y el activismo de los grupos nacionalistas civiles y militares que lo rodeaban, se conjugaron para que su "avance" sobre la casa de gobierno, el 6 de setiembre de 1930, tuviera total éxito. El régimen irigoyenista se derrumbó solo. Ni la oligarquía ni los intereses británicos tenían el menor interés en las veleidades corporativistas de Uriburu. Se le presionó para que llamara a elecciones en noviembre de 1931. Mediante fraude descarado, el Gral. Justo asumió la presidencia.

La restauración se expresa, cabalmente, en el Pacto Roca-Runciman que reinstaura la dependencia de Gran Bretaña. El régimen se mantuvo en el poder, merced a lo que se llamó el "fraude patriótico", hasta la revolución militar de junio de 1943. Diez años de represión, pobreza e indignidad que José Luis Torres bautizó "la década infame" (18)

Los sucesos brasileños del 30 marcan el inicio de la era populista, por lo que los estudiamos a continuación.

LA ERA DEL POPULISMO

La depresión de los 30 y la segunda guerra mundial constituyen una larga y profunda crisis del capitalismo monopolista. Las grandes potencias se debilitan, la dependencia se resquebraja y los países periféricos obtienen mayores posibilidades de ensayar experiencias autónomas y de regatear con las metrópolis que los necesitan para sus esfuerzos bélicos. Los precios de las materias primas se desplomaron, los países subdesarrollados debieron restringir drásticamente sus importaciones, creando un mercado interno protegido para la industria nacional. El fenómeno se agudizó durante la guerra, ya que los beligerantes no podían proveer a sus antiguos clientes de manufacturas y, a la vez, subieron los precios de los productos básicos atrayendo un copioso torrente de divisas que ayuda a capitalizar lo que se conoce como "industrialización sustitutiva de importaciones". "Crecimiento hacia adentro", que desplazó al "crecimiento hacia afuera" de las economías agroexportadoras y minero exportadoras. Es en ese encuadre que ocurre la emergencia del tercer mundo en la postguerra y que en Iberoamérica asume la forma de los polémicos movimientos populistas.

Brasil que no tuvo "su rebelión mesocrática", experimentó en un sólo proceso revolucionario la eclosión de sus clases medias, de su acrecida clase obrera y de su ambiciosa burguesía industrial nativa. En la segunda mitad de los veinte, siguiendo los criterios de G. Germani, hubo un revulsivo desplazamiento de dichos sectores en la sociedad brasileña.

Cuando el ex-Gobernador de Río Grande del Sur, Getulio Vargas, desafía al "pacto café con leche" con su "Alianza Liberal" apoyada por varios Estados y es derrotado en los comicios gracias al fraude, amplias corrientes mesocráticas y obreras, la burguesía industrial, los ganaderos que proveen al mercado interno, etc. están en plena disponibilidad. El carismático caudillo "gaucho" las moviliza, apoyado por fuertes sectores del ejército y se subleva accediendo al poder en 1930.

En Argentina el populismo se engendró

(16) Darío Cantón. "La política de los militares argentinos 1900-1971". Ed. Siglo XXI, 1973. Buenos Aires.

(17) Antonio Gramsci. Obra citada.

(18) José Luis Torres. "La oligarquía maléfica". Ed. Centro antiperduélico argentino. 1953. Buenos Aires.

en la polémica revolución militar del 4 de junio de 1943. Se opone a la candidatura de Patrón Costa, dispuesto a romper con el Eje.

En la oficialidad hay muchos neutralistas y no pocos simpatizantes de Alemania, pero todos repudian el "fraude patriótico". Roberto A. Potach subraya la incidencia de oficiales nacionalistas, partidarios de soluciones populares y de medidas proteccionistas, que procuraron a Amadeo Sabattini, caudillo intransigente radical de Córdoba, para encauzar el gobierno.(19)

Tal entresijo de corrientes y contracorrientes produjo un gobierno muy contradictorio. Ilegalizó los partidos políticos, favoreció al catolicismo ultra, pero mantuvo la neutralidad en la guerra y ensayó soluciones en favor de la industria nacional. El GOU, logia militar inspirada por el Crnel. J. Domingo Perón, se mueve en la trastienda. Al terminar la guerra los militares cedieron a la presión de los partidos y detuvieron a Perón, quien, desde la Secretaría del Trabajo había iniciado una activa tarea de proselitismo en la clase obrera. Cientos de miles de inmigrantes del interior ("los cabecitas negras") habían llegado a Buenos Aires buscando trabajo en las nuevas industrias. Estas fueron insuficientes para asimilar a toda esa masa que se desplazaba de su antigua inserción en el statu quo. Muchos se desviaron hacia los servicios, otros callejaban en busca de trabajo temporario: era una clase obrera "en si" y no "para si", en plena **diponibilidad** para que un caudillo carismático la movilizara intensamente. El 17 de octubre de 1945 inundaron Buenos Aires, ocuparon Plaza de Mayo e impusieron a su líder.

Los movimientos populistas son policlasistas y contradictorios. Sus pujas internas las arbitra el caudillo. Políticamente impulsaron la participación popular, sin que por eso dejaran de asumir actitudes autoritarias. Fueron antimperialistas, aunque realizaron concesiones de importancia al capital extranjero. Nacionalizaron aspectos claves de la economía, protegieron el desarrollo industrial y distribuyeron más equitativamente el ingreso nacional. Acosaron e irritaron a la vieja oligarquía terrateniente, pero no afectaron sus propiedades.

Cuestionaron frontalmente al subdesarrollo y a la dependencia, pero no transformaron las estructuras económicos-sociales. En suma: desembocaron en un nuevo compromiso. La oligarquía terrateniente es desplazada del bloque en el poder. Queda reducida a un poderoso grupo de presión.

¿Quiénes constituyen el bloque en el poder en un Estado populista?

La clase social que realiza más objetivos propios es la burguesía nacional. Pero el gobierno populista lleva adelante realizaciones que no sólo no la complacen, sino que la asustan. Es una clase débil que teme, hasta el pánico, el avance de los trabajadores y no aprueba las nacionalizaciones. Integra el bloque en el poder, pero no lo dinamiza. A nuestro criterio la CGT y el ejército son los sustentos claves del poder peronista.

Más, en el populismo es muy evidente la autonomía del Estado con respecto a las clases sociales y a sus organizaciones políticas. El caudillo presidente y "su séquito burocrático" (burocracia civil, burocracia sindical, burocracia militar) son quienes verdaderamente deciden.

¿Cómo debe calificarse a las Fuerzas Armadas en las estructuras políticas de una formación económica-social capitalista dependiente? Poulantzas opina que son "categorías sociales" con "efectos pertinentes" (20).

Poseen relaciones específicas y sobre-determinantes con respecto a los niveles no económicos de la formación. La expresión "efectos pertinentes" se refiere a que la categoría de que se trata ocupa un lugar en la formación, que su reflejo en el nivel económico genera en los demás niveles efectos que no se hubieran producido sin la presencia de esa categoría. Las categorías sociales son "centros de poder" dentro del Estado y pueden erigirse en fuerzas socio-políticas con mucha autonomía. La autonomía del Estado populista deriva de la debilidad de las clases sociales y de sus organizaciones políticas y es tanto mayor, cuanto es quien cohesiona la formación social dominante.

Dentro de la autonomía del Estado se configuran otras autonomías; por ejemplo las de las Fuerzas Armadas. Su profesionalización y "esprit de corps" las han capacitado para asumir dicha autonomía hasta el punto de desintegrar el bloque en el poder y producir una crisis de hegemonía; puesto que autonomía equivale a política propia. La principal conclusión a extraer de la era populista es que, aunque limitada y finalmente frustrada, es la etapa de mayor desarrollo liberador en la historia de Brasil y Argentina. Las Fuerzas Armadas, el ejército ante todo, apoyaron firmemente su proyecto nacionalista y popular.

(19) Robert A. Potach. Obra citada.

(20) Nicos Poulantzas. Obra citada.

(21) Edwin Lieuwen. "Armas y política en América Latina" Ed. Sur, 1960. Buenos Aires.



En la segunda mitad de los 50 se agota la experiencia que no puede superar ni sus contradicciones internas, ni sus limitaciones. Paralelamente los Estados Unidos, erigido en la potencia integradora del capitalismo mundial está en condiciones de imponer un nuevo status dependiente al sur del Río Bravo. Desde el comienzo de la guerra Washington empieza a armar el edificio interamericano que le asegure su "patio trasero".

Dos aspectos nos interesan especialmente:

1) la orientación de sus crecientes inversiones hacia la industria, desnacionalizando el desarrollo industrial nativo y 2) la unificación del aparato militar continental bajo su tutela. En 1938 se trazaron los primeros objetivos: a) eliminar la influencia nazi en el hemisferio, b) usar al máximo el potencial militar iberoamericano para fines defensivos, c) instalar bases navales y aéreas en sus territorios y d) pleno acceso a sus materias primas. (21) En la octava Conferencia Interamericana obtuvieron una declaración conjunta de solidaridad continental y resistencia nacional a la intervención extranjera. Consejeros americanos sustituyeron a alemanes e italianos y por la ley de préstamo y arriendo se gastaron 40 millones de dólares para equipar militarmente a nuestros países. En la Conferencia de Chapultepec se decidió que un ataque a un país americano por americano o extranjero equivalía a un ataque a todos ellos. Tal decisión es la pieza vital del sistema interamericano de defensa aprobado por el "Pacto de Río de Janeiro de 1947". "La Junta Interamericana de Defensa" (JID) se convirtió en un organismo permanente y en plena "guerra fría" el enemigo no eran los nazis, sino los comunistas. De acuerdo a la Ley de Seguridad Mutua de 1951, se negociaron 12 "tratados militares de Ayuda y

Defensa Mutua" (ADM), por los cuales se instalaron misiones permanente de tres armas en dichas naciones, se le suministró abundante material bélico y se intensificó el adiestramiento de oficiales del sur en West Point, en Fort Leaven-Worth (Kansas) y en Panamá. (22)

Robert Mc Namara, Secretario de Defensa de J.F. Kennedy, definió la importancia política de tal adiestramiento: "esos oficiales son los futuros dirigentes de sus pueblos, los hombres que tienen conocimiento y los transmiten en sus propias fuerzas. No hace falta que insistan en la utilidad de contar, en las posiciones claves, con hombres que saben por experiencia cómo hacen las cosas los norteamericanos y cómo piensan. La amistad de esos hombres es inapreciable." (el subrayado es nuestro) (23)

Lo ideológico, en el campo militar, pasa a primer plano. En la crisis final del populismo se produce un cambio radical en la correlación de fuerzas de las F.F.A.A., muy bien aprovechado por los intereses económicos y políticos conservadores.

La autonomía de la que gozan los militares y su capacidad de implementar una política propia, esta vez en acuerdo con las clases dominantes se traduce en una vigorosa presión militar sobre Vargas, y en medio de un estrepitoso escándalo de la derecha que lo acusa de peculado, hasta que éste se suicida en agosto de 1954. Perón es destituido por su alzamiento militar, con la armada a la cabeza, y en que la oficialidad peronista se abstuvo, tal vez, desconcertada por la crisis que sacude al país. Corre el mes de septiembre de 1955.

LA REINSENCION EXITOSA DEL BRASIL

En la postguerra se procesan cambios muy profundos en el capitalismo: a) los monopolios se asocian íntimamente al Estado, a tal punto que podemos hablar de un nuevo tipo de capitalismo monopólico-estatal; b) se produce una acelerada "internacionalización de la economía" que tiende a constituir una sola estructura en el mundo. El fenómeno puede encararse de dos ángulos. Por un lado, la "internacionalización" de la economía norteamericana, la pugna de cuyas corporaciones transnacionales se realiza a nivel universal desplazando a un segundo plano las luchas de los capitalismos nacionales. Por otro, la "norteamerica-

(22) Edwin Lieuwen, Obra citada.

(23) Alejandro A. Lanusse. "Mi testimonio". Ed. Laserre, 1977. Buenos Aires.

nización" de la economía internacional, en el sentido de que las inversiones americanas cubran los sectores claves, "de punta", en las otras potencias asociadas. c) una profunda revolución tecnológica, de tal duración que ya puede calificarse de "revolución tecnológica permanente".

Se va constituyendo una "burguesía transnacionalizada" cuyos intereses abarcan el orbe entero y ultimamente se expresa, desde el punto de vista institucional, en la "Comisión Trilateral".

La transnacionalidad impone un nuevo tipo de dependencia mucho más honda, sistemática y orgánica que todas las versiones conocidas hasta ahora. Una nueva división internacional del trabajo traslada a la periferia industrias livianas, siderúrgicas, armado de motores, etc., mientras los centros se reservan las industrias de más sofisticada tecnología. Se asiste a un proceso de especialización que Aldo Ferrer llama "intraindustrial" (24) puesto que ocurre dentro de cada industria, pero que abarca un extenso espacio internacional. En cada país se elaboran determinadas partes del producto final y de esta manera se incorpora a la estructura global de la economía internacional. Es lo que se llama política de "apertura", o neoliberalismo, inspirado por la escuela de Chicago que dirige el prof. Milton Friedman. Las nuevas estructuras del capitalismo industrial maduran definitivamente en los 60 y provocan no sólo la prosperidad más exuberante de su historia (Boom Kennedy-Johnson), sino explosión de poder a nivel internacional que barre a los regímenes nacionalistas y populares más débiles, para crear las condiciones políticas indispensables para su inserción en la economía internacionalizada. Se suceden los golpes militares en iberoamérica, pero también en Africa (Ghana, etc.) y Asia (Indonesia, Birmania, etc.). En los países periféricos que emprenden la iniciativa de reinsertarse en el nuevo entorno económico se constituye una nueva burguesía, que en rigor es parte de la burguesía transnacionalizada y asume el rol de fracción hegemónica en el bloque en el poder. La integran los representantes del capital internacional (ejecutivos, técnicos, etc.), la gran burguesía nativa asociada a ella e incluso la vieja oligarquía terrateniente, a quien se le presiona para que adopte la tecnología más moderna en la explotación del agro.

Dice Aldo Ferrer (25) que la dependencia, en cierto modo se nacionaliza y enfrenta al gobierno norteamericano, si éste interfiere en la realización de su modelo.

Las naciones iberoamericanas enfrentaron

entonces una doble crisis: 1) la crisis que dejó como saldo el agotamiento del populismo y 2) la crisis que plantea la reinserción en las nuevas estructuras internacionales.

Brasil fue quien mejor superó ambas. ¿Por qué? a) La nueva versión de la dependencia exige mano de obra barata en abundancia. Es decir, trabajadores tan eficaces como los de los centros, pero con mucho menos necesidades. Brasil con sus 120 millones de habitantes en una reserva inagotable de tal tipo de mano de obra. b) La industria debe ser desnacionalizada en favor de las empresas extranjeras, lo que significa la ruina de miles de compañías nacionales, los salarios de los trabajadores ya incorporados a la industria deben ser congelados, es necesario aplicar un régimen estabilizador para frenar la inflación. Vale decir, hay una incompatibilidad insanable entre el neo-liberalismo y la democracia pluralista. Es una nueva fase mucho más aguda, de la contradicción inconciliable entre sub-desarrollo y democracia. La fracción transnacionalizada de la burguesía, es muy débil para imponer, por sí misma, un régimen autoritario y represivo que crea las condiciones políticas para atraer al capital extranjero.

En Brasil se encontró con que una honda alteración en la correlación de fuerzas había encumbrado al comando de las F.F.A.A. a un grupo de hombres que habían elaborado un proyecto de desarrollo nacional coincidente con el de la burguesía transnacionalizada, en medio de un clima de agitación convulsa en que las masas presionan y hasta se sublevan los sargentos y marineros cuestionando la verticalidad de las F.F.A.A., el débil gobierno de Goulart es depuesto entre el 31 de marzo y el 1º de abril de 1964.

Las insuficiencias que padecieron las fuerzas brasileñas en Italia, las condujo a la conclusión que era indispensable crear un instituto de estudios superiores de la problemática brasileña y de temas estratégicos.

Vino al Brasil una misión americana especializada que se radicó en 1948 a 1960. La "Ecola Superior de Guerra" se fundó en 1949 (26) y desde un principio participaron en sus cursos profesores o conferencistas provenientes del más alto nivel empresarial y académico. Los fracasos de los partidos, desde la quiebra del populismo, indujo a calificados oficiales al convencimiento de que los políticos no eran aptos para realizar un fecundo proyecto nacional.

(24) Aldo Ferrer, "Notas para una teoría de la independencia" publicado en "Comercio Exterior" de agosto de 1979. México.

(25) Aldo Ferrer, Otra citada.

De esa inquietud habría de nacer el concepto medular que vincula simbióticamente **seguridad con desarrollo**, basado en la conclusión de que el principal enemigo del Estado-nación no proviene tanto de fuera, como de dentro: es la, subversión interna, una de las estrategias del "comunismo internacional" en su afán por la conquista del mundo. El anti-comunismo en su sentido más lato, que incluye en el mismo casillero desde el reformismo de un sindicato, hasta el terrorismo foquista, será el cemento que mejor ligue a las F.F.A.A. con la burguesía transnacionalizada.

No puede haber seguridad si no hay desarrollo económico, distribución equitativa del ingreso, estabilidad política y ausencia de conflictos de clases e ideológicos que desgarran al país. Algunos atribuyen el origen de este concepto a oficiales franceses de Indochina, otros a Robert Mc Namara quien otorgó verdadera importancia a la contrainsurgencia y le dedicó fuertes sumas para desarrollarla. Alfred Stepan (27) parece haber dilucidado la discusión al demostrar que la ESG consiste en hacer depender la seguridad nacional de la maximización racional de la producción económica y de la minimización de las causas de divisiones o desuniones en la sociedad brasileña.

Al elegir al capitalismo como vía de desarrollo la ESG definió, implícitamente, quien es el enemigo principal: el comunismo internacional. c) Los inagotables recursos naturales de la nación brasileña.

La burguesía transnacionalizada trató de asimilar, por lo menos a la cúpula militar. Cumplió, en ese sentido, un rol relevante el "Instituto de Pesquisas e Estudos Sociais" (IPS), anticomunista y promulgador de un esquema de desarrollo capitalista progresivo para eliminar el peligro revolucionario.

Sus empresarios y tecnócratas colaboraron íntimamente en los cursos de la ESG. Por otro lado se intentó incorporar a la dirección de las grandes empresas a altos oficiales (la mayoría en retiro). Y en tercer término; los representantes del empresariado ocuparon puestos decisivos en el nuevo régimen y muy especialmente en el "Staff" económico. (28)

Lo que no nos debe llevar a la falsa conclusión de que las F.F.A.A. se convirtieron en un servil instrumento de la burguesía transnacionalizada, en su "brazo armado" como suele decirse tan ligeramente. Dentro de la autonomía de este tipo de Estado en la formación capitalista dependiente, las fuerzas armadas, centro de poder y fuerza político-social mantuvieron su propia autonomía y nunca perdieron la brújula de su propia polí-

tica. Como todos los ejércitos que se convierten en organizaciones políticas, el brasileño entró en un estado de deliberación permanente, las diferentes tendencias subsistieron y el riesgo de que otra coyuntura histórica produjera un cambio en su correlación de fuerzas internas se mantuvo como una posibilidad muy lejana al principio no tan lejana después.

La burguesía transnacionalizada recurrió a las F.F.A.A. porque eran las únicas que podían implantar y defender con éxito el orden autoritario y represivo que requería la reinsertión del Brasil en la economía internacionalizada. Sólo con su colaboración podían realizar sus objetivos específicos: es decir ejercer el poder. Si hubieran podido prescindir de ellas, lo hubieran hecho de muy buena gana. La historia demuestra que son un aliado inestable.

Veamos en 4 trazos en qué consiste el llamado "modelo" brasileño.

María C. Tavares y José Serra (29) han definido con rigor científico su esencia: se trata de "un núcleo integrado de gran poder expansivo" que dinamiza el crecimiento. Ese núcleo se integra por una orgánica asociación entre el Estado y las transnacionales. El primero se reserva las infraestructuras (transportes, energía, servicios públicos, comunicaciones, siderurgia) y las segundas los sectores de "punta" de mayor rendimiento (metal-mecánico, automotores, química, electrónica). Es la expresión del capitalismo monopólico-estatal dependiente.

La acumulación se realiza por la afluencia del capital extranjero, la explotación intensificada del trabajo y ciertos mecanismos de acumulación primitiva. El "núcleo expansivo" implica incorporar a la "sociedad de consumo" (una isla en un mar de pobreza) a una vasta clase media de técnicos, intermediarios, empleados, administradores, pequeños industriales que abastecen de ciertas piezas a las grandes fábricas. Es la "clase de apoyo" del régimen y conforma un mercado interno de más de 20 millones de consumidores con standard de vida en ascenso, clientes puntuales para los electro-domésticos, automotores y otros.

El ingreso debe concentrarse en la burguesía transnacionalizada de modo que pueda acumular capitales para financiar el desarrollo autosostenido o autogenerado en poco tiempo.

La historia del "milagro brasileño" consta de tres fases: 1) Se concede prioridad a la reducción de la inflación. En 1964 fue del 140 0/0, en 1967 se había abatido al 27 0/0. Pero a costa del estancamiento económico,

ya que en esos años las tasas de crecimiento del PBI oscilan entre el 2 y 3 % anual. Desaparecen miles de empresas nacionales que no pueden resistir la iliquidez y la contracción del mercado interno. El camino para la inversión extranjera queda abierto con un convenio muy ventajoso. En 1967 se promulga una nueva constitución, se ilegalizan todos los partidos, se suspenden los derechos civiles a sus dirigentes y cuadros medios y se les suplanta por un partido oficialista (ARENA) y otro opositor "constructivo" (MDB).

El año de 1968 fue de protestas grandes manifestaciones estudiantiles y florecimiento de los movimientos foquistas que fueron destruidos implacablemente. Se decretó el Acto 5 que es la pieza maestra de la represión.

Obtenida la "paz social" la inversión extranjera afluyó en alud. 2) La segunda fase es la del "milagro". La tasa del crecimiento pasa de un 9,5 % en 1970 a 11,4 % en 1973. Entre 1968 y 1974 se invierten (sumando aportes nuevos y reinversiones) 5.000 millones de dólares desde afuera.

En 1974 hay 6.027 millones de dólares en inversiones extranjeras; un 50 % de origen americano. Se obtienen cuantiosos créditos en la banca internacional que permiten acrecer las reservas monetarias y enjugar los déficits en la balanza de pago. En 1969 la deuda externa ronda los 4.000 millones de dólares, en 1974 ha subido a 13.000 millones. (30)

La contracción del ingreso se produjo sin contemplaciones. En 1970 el 5 % de la población acapara el 50 % de los ingresos totales. El 80 % recibía en el 60 el 15 % y en 1970 cae al 12,5 % del total. Sus ingresos reales disminuyen en términos absolutos y relativos. (31) 3) La tercera fase en la historia del modelo es su crisis, de la cual nos ocupamos más adelante.

Todo lo dicho responde a una concepción geopolítica que inspira a la política de Itamarati; la interdependencia. Su más lúcido ideólogo es el Gral. Golbery Do Couto e Silva, discípulo del americano N. Spikman, desarrolló una concepción maniquea del mundo donde impera la ley de la jungla. Existe un enfrentamiento a muerte entre el occidente cristiano, al cual pertenece Brasil por sus tradiciones y situación geopolítica, y el "comunismo internacional". Brasil debe alinearse junto a EE.UU. líder occidental, pero no servilmente, sino concertando un trato conveniente para ambos ("Barganha leal").

Estados Unidos debe concentrar sus inversiones, ayuda financiera, apoyo político y militar en Brasil, puesto que es la nación mayor, más poblada y posee un valor estratégico

co insuperable. A cambio cumplirá el rol de "gendarme" del statu quo en el área. Brasil será el sub-imperio privilegiado de EE.UU. y debe zanjar definitivamente su viejo pleito con Argentina por el liderazgo continental. Washington, que ya sufría los embates de su crisis monetaria, acepta complacido. Los ingresos brasileños se expanden en Bolivia, Paraguay y Uruguay. Sus exportaciones pasan de 6.036 millones de dólares en 1960 a 6.415 millones de 1973. Una parte considerable, pero menor que la esperada, son exportaciones de manufacturas a sus vecinos en el marco de ALALC. Brasil exporta maquinarias, automotores, etc. producidos en las filiales de las transnacionales. Su rol subimperial no es sólo político-militar, sino también económico.

Sin embargo, no se trata de una simple mediatización colonialista. Es un pacto y en el pacto surgen discusiones y grietas graves en las relaciones con EE.UU.: querrela por las 200 millas marítimas, por el café soluble, por el acuerdo con la RFA por crear su propia industria nuclear, etc.

Es una versión expansiva, agresiva, del nacionalismo tradicional en las FF.AA. sus consignas son inequívocas. "nada segura este país" (naide detiene a este país) o "Ame ou deio-o" (ámelo o déjalo).

EL FRACASO ARGENTINO

Paul Baran entendía, a mediados de los 60, que Argentina era el país donde el capitalismo dependiente se había desarrollado hasta sus últimas consecuencias.



¿Por qué no ha podido reinsertarse en la transnacionalidad?

Varias razones concurren para ello:

1) Las estructuras económicas argentinas fueron moldeadas en una larga y fructuosa dependencia en el sistema del imperialismo inglés.

Tal vez hasta el gobierno de Frondizi no paso a integrar plenamente el área del dólar, con la cual compite en rubros tan importantes de sus exportaciones como las carnes, cereales, oleaginosas, etc.

2) La masa trabajadora argentina se desarrolló mucho mejor, adquirió una conciencia de su fuerza mucho más lúcida y fue un factor de poder mucho más decisivo en el bloque en el poder del populismo, que en el Brasil. Argentina no posee millones y millones de habitantes que viven en sociedades pre-capitalistas y constituyen una formidable reserva de mano de obra barata que presiona, persistentemente, los salarios a la baja y cuando accede a la condición de asalariado, por poco que se le pague, pasa a un nivel de vida superior. Hacia 1970 el PBI per cápita argentino era de 950 dólares; en Brasil era de 379.

La expectativa de vida de un argentino era de 67 años, la de un brasileño de 56.

El 39 % de los brasileños eran analfabetos y sólo el 3,4 % de los argentinos lo eran. El consumo de calorías por persona era de 3.360 en Argentina y de sólo 2.300 en Brasil. (32)

En suma para imponer salarios bajos, requisito indispensable para el "repliegue" industrial, en la Argentina había que hacerlo coactivamente contra una clase obrera de relativo alto nivel de vida, muy poderosa sindicalmente, y como los hechos lo demostrarían, con una tremenda capacidad combativa.

3) La experiencia democrática argentina es mucho más larga y rica que en el Brasil.

Es lo que explica el torturado trayecto de la historia argentina entre la caída de Perón en 1955 y el golpe militar de junio de 1966.

1955-setiembre: golpe militar encabezado por el Gral. Lonardi; noviembre, golpe del Gral. Aramburu y el Contralmirante Isaac Rojas contra Lonardi.

1958: elecciones con proscripción del peronismo; las gana el Dr. Arturo Frondizzi apoyado por Perón.

1962: golpe militar: Frondizzi es destituido y subrogado por el Dr. J.M. Guido.

1962-1963: enfrentamiento entre las tendencias principales del ejército; nacionalistas de derecha (colorados) y profesionalistas (azules). Ganan los últimos.

1963: elecciones con proscripción del peronismo; las gana el Dr. A.U. Illia (UCRP).

1966: golpe militar encabezado por el Teniente Gral. Juan Carlos Onganía.

El peronismo significa, socialmente, clase obrera. Fue el proletariado el que impidió hasta entonces el triunfo de la burguesía transnacional argentina pese a que ésta contó una y otra vez, con sectores dominantes de las F.F.A.A., influyó poderosamente en ella con su ideología anticomunista y trató de incorporarse a la cúpula militar designando altos oficiales retirados como ejecutivos de las mayores empresas. Resultado: la sociedad vivió en "equilibrio catastrófico" permanentemente.

Durante la presidencia del Dr. Illia, sostenido por los azules del Gral. Onganía, se procesa el "modelo" brasileño. La oficialidad argentina recela del auge de Brasil y Onganía visita Brasilia para discutir la lucha anticomunista. Allí se aderezó el peligroso concepto de las "fronteras ideológicas". Cuando la misión norteamericana arribó a Buenos Aires solicitando la participación argentina en la operación en la República Dominicana, el Presidente Illia rehusó terminantemente. Brasil envió un reducido contingente, pero el Gral. brasileño Panasco Alvin fue designado Comandante en Jefe del operativo interamericano. Onganía y sus asesores entendieron que Illia había actuado con indiferente negligencia y aquél renunció a su cargo de Comandante en Jefe. Pocos meses después, el 29 de junio de 1966, Illia era derrocado y Juan Carlos Onganía designado Presidente para conducir la "Revolución Argentina". Un cable de AFP-AP, refiriéndose a la ruptura de la legalidad dice: "entre los motivos más claros fue la negativa de Illia al requerimiento de Onganía a que se enviaran tropas a la República Dominicana". (33)

Argentina tenía su "Escuela Superior de Guerra" desde 1900, pero de ninguna manera cumplió el rol de la ESG del Brasil o del CAEM del Perú.

El golpe de Onganía y sus fundamentos ideológicos fueron elaborados y decididos en los "cursillos para la cristiandad", retiros de pocos días en que un grupo selecto de militares y civiles piensan y discuten la problemática del país según los complejos criterios del

(26) Alfred Stepan, "Brasil: los militares y la política". Ed. "Amorrortu Editores". 1974. Buenos Aires

(27) Alfred Stepan. Obra citada.

(28) Vania Bambirra y Teohtonio Do Santos. "Brasil: Nacionalismo, populismo y dictadura, 50 años de crisis social" en "América Latina: historia de medio siglo". Ed. Siglo XXI. 1977. México.

pensamiento francés de derecha, mezcla de Maurrás, de los fermentos doctrinarios del régimen de Petain (Jacques Doriot) y recogidos en el marco católico de la revista "Verbo" editada por el grupo "Citè Catholique".

Planteo teórico impregnado de la noción de cruzada. Sin duda este es un rasgo que distingue al régimen militar argentino de 1966 de su similar brasileño.

Washington mantuvo en cuarentena al nuevo gobierno, que parecía destinado a cuestionar al subimperio privilegiado del Brasil, pero a los pocos meses fue designado ministro Adalbert Krieger Vassena, asesor y ejecutivo de varias empresas americanas, quien asumió las pautas neoliberales de la escuela de Chicago tratando de insertar la economía argentina en la economía mundial internacionalizada. En un sólo año 53 importantes empresas fueron desnacionalizadas: 29 en beneficio de capitales americanos. La tasa inflacionaria se abatió del 32^o/o en 1966 al 7,6^o/o en 1969. En el mismo lapso el PBI subió de un 2^o/o a un 6,8^o/o. Fue un veranillo de San Juan. La inversión extranjera llegó en cuentagotas, el nivel de vida cayó brutalmente, se arruinaron muchas empresas nacionales y el desempleo se desbocó.

El neoliberalismo fracasó en la Argentina, como había fracasado durante la presidencia de Guido. (34)

La resistencia obrera fue enriquecida por las luchas estudiantiles y el apoyo de significativos sectores de la clase media, hubo un cierto auge guerrillero. Estallaron rebeliones masivas en Corrientes, Rosario y Córdoba (el "Cordobazo" de mayo de 1969). La cúpula militar se dividió y Onganía fue despedido como un burócrata fracasado, pese a sus aires monárquicos. Lo sustituyó, por poco tiempo, el Gral. Roberto M. Levingston. El teniente Gral. Alejandro A. Lanusse se alzó con el poder en marzo de 1971 y puso en marcha el "retorno a los cuarteles", porque el desprestigio de las F.F.A.A. cuestionaba su propia vigencia en la sociedad. En mayo de 1973 el peronismo retornaba al poder en una avalancha triunfal de votos populares.

CARACTERIZACION DE LOS REGIMENES MILITARES

Pese a sus rasgos específicos y a sus opuestos destinos -el éxito y la frustración- ambos regímenes ofrecen similitudes de fondo y abren interrogantes trascendentes comunes. La más polémica es: ¿son regímenes fascistas?

Si seguimos utilizando el término "fascismo" para designar los regímenes de Hitler y

Mussolini, no podemos usarlo para caracterizar a estos gobiernos militares sin desatar una confusión mayúscula.

¿Por qué?

a) Tal como lo ha demostrado Poulantz a el fascismo es la reacción de los capitalismo desarrollados en crisis, de "los eslabones más débiles" en la trama de las grandes potencias. (35)

Es la expresión del capitalismo industrial y financiero acosado por un "equilibrio catastrófico" y que busca mediante su expansión un lugar al sol entre las naciones más poderosas. F. Sternberg apunta que el fascismo es generado por las potencias "insatisfechas" con la distribución de colonias y zonas de influencia en el mundo. (36) Por eso los fascismos son retadores y belicistas.

b) Hay una "situación fascista" sin la cual no hay fascismo. Un grupo de potencias rivales que se han apoderado de mercados y fuentes de materias primas en términos de flagrante desigualdad. El fascismo es la reacción contra esa coyuntura.

Por ende habiéndose producido la integración del capitalismo mundial en torno a los EE.UU. y siendo la contradicción entre aquél y las rebeliones tercermundistas y el campo socialista, mucho más profunda que las que lo enfrentan con las potencias asociadas, se puede decir que la situación fascista es irrepetible.

c) La seductora expresión "fascismo dependiente", encierra en sí misma una contradicción inconciliable puesto que el sustento del fascismo es un capitalismo nacional desarrollado en situación crítica.

d) El fascismo se singulariza por un Partido de masas (especialmente clases medias) y un magnético caudillo carismático. Bien escribe Fernando Mires, (37) Hitler no hizo carrera como demagogo y Führer porque el capital financiero alemán lo "inventara" y apoyara. El capital lo apadrinó cuando constató que se trataba de un político de genio, de gran popularidad y pocos escrúpulos.

Abundan los análisis definitivos que demuestran que estos regímenes militares no son fascismos. El ensayo de Fernando Mires "¿Fascismo Latinoamericano?" es uno de los más lapidarios. La caracterización de éstos regímenes militares surge del análisis realizado y podemos atenerla a los siguientes siete puntos:

1) Son indesligables del nuevo tipo de dependencia que implica la fase transnacional del capitalismo.

2) En cada sociedad dependiente se constituye una burguesía transnacional, cuyo proyecto es incorporar a la economía al nue-

vo entorno internacionalizado para lo cual apela a un modelo neo-liberal aperturista, de inspiración friedmanista.

3) Ese modelo exige la caída constante del salario real y la desnacionalización de la economía, por lo que constituye una expresión aguda de la endémica incompatibilidad entre subdesarrollo y democracia.

4) Es imposible reinsertar nuestras economías en la transnacionalidad, sin un gobierno severamente autoritario que imponga la "paz social" y cree las condiciones de estabilidad política, coactivamente asegurada, para facilitar el acceso de la inversión extranjera. La burguesía transnacional local es muy débil para realizar por sí misma tal proyecto.

5) Merced a su ideología anticomunista coincide y entra en plena asociación con las F.F.A.A., en cuyo seno se ha operado un cambio de correlación de fuerzas favorables a un proyecto similar al de la burguesía transnacional lo que no significa que se transforme en su instrumento, sino que retiene toda su autonomía.

6) Amenazadas de destrucción por la ultrazquierda foquista a quien consideran una forma del "comunismo internacional", asumen la doctrina de la seguridad y el desarrollo. Optan por un tipo de desarrollo capitalista al cual apoyan con el máximo de seguridad.

En su acción represiva cometen brutales crueldades, que es lo único que asemeja estos regímenes al fascismo, a los gobiernos colonialistas del siglo XIX y a centenares de satrias dispersas por la historia.

7) Esta asociación entre la burguesía transnacional y las F.F.A.A. no es duradera, ni inmutable, puesto que depende del modelo de desarrollo capitalista elegido.

LA CRISIS Y LOS REGIMENES MILITARES

La crisis económica mundial de los 74-75 en adelante, ha provocado cambios en la correlación de fuerzas internas de las FF.AA. y las consiguientes rectificaciones en su conducta política. Al referirnos a cambios en la correlación de fuerzas, nos remitimos tanto al ascenso de nuevos mandos, como a los cambios de opinión de los antiguos.

El fenómeno se ha observado en Bolivia, Ecuador, Perú y Brasil con más nitidez. Y el sentido general de la transformación más visible en la actitud de las F.F.A.A., radica en su afán por implantar una auténtica democracia, institucionalizar su presencia para asegurar sus funciones de seguridad, y devolver al pueblo su capacidad de participar y

decidir. En el caso de Brasil la nueva política se expresa: a) Elecciones democráticas auténticas, en las cuales la oposición ha obtenido resonantes victorias. b) Amplias libertades de pensamiento, opinión y reunión. c) Rehabilitación de una vida sindical auténtica, como Brasil nunca tuvo, ya que está exenta del verticalismo de los tiempos de Vargas. d) Derogación del ACTA N° 5. e) Ley de amnistía razonablemente amplia, aunque cuestionada por la oposición. f) Pluralismo político e ideológico. Tales hechos permiten presumir, con optimismo, que Brasil se dirige a realizar una democracia efectiva, cuya primera consecuencia será el derrumbe del modelo neo-liberal.

¿Cuáles son las causas de estos cambios en la política de las F.F.A.A.?

1) La crisis del modelo. Deuda externa que supera los 53.000 millones de dólares inflación por encima del 75 % anual, déficit endémico y en agudización de la balanza de pagos, caída del salario real, etc.

2) Es imposible montar un sistema en que la seguridad se apoye en el desarrollo, con un modelo de desarrollo que se desmorona. ¿Seguridad para qué y para quién?

3) Es la gran diferencia que ha dividido a la burguesía transnacional de las FF.AA. brasileñas. La primera no tiene otra opción que el modelo aperturista, que articularse en la economía internacionalizada.

En cambio las FF.AA. disfrutan de otras opciones.

4) La crisis del modelo y el empobrecimiento conduce a las masas a presionar primero de una manera pasiva, al régimen con su hostilidad y lo aíslan. Para las F.F.A.A. ese aislamiento constituye un grave problema. Procuran superarlo, se dividen las opiniones sobre sus motivos y seguramente aparecen las primeras críticas al modelo que es la causante del mismo.

Cuando se abren las primeras posibilidades de ejercer las libertades democráticas, las masas pasan a presionar de un modo activo. Grandes movimientos huelguísticos, intensos movimientos políticos, agresivas campañas opositoras y triunfos populares. La presión de las masas promueve el cambio en la correlación de fuerzas de las F.F.A.A. y, a la vez, éste abre nuevas posibilidades de acción al pueblo que tienden a constituirse en el protagonista principal del proceso.

Las F.F.A.A. valoran de otro modo a los sindicatos y partidos y la doctrina seguridad-desarrollo empieza a ser reelaborada. Gana terreno la idea de que sólo habrá verdadera seguridad si el pueblo se integra plenamente al proyecto nacional y si las F.F.A.A. son ca-

paces de apoyarse en él.

¿Hasta donde puede llegar este proceso de cambios en los militares? esta es la pregunta de las preguntas. Nuestras sociedades son políticamente inestables. Esa inestabilidad crónica, salvo lapsos coyunturales, proviene de la incompatibilidad entre democracia y subdesarrollo. Inestabilidad significa, tarde o temprano, la presencia de la violencia.

Una de las conclusiones falsas más nefastas, extraída por la ultraizquierda de la victoria de Fidel Castro sobre el ejército de Batista, es que cualquier ejército podía ser derrotado. Como muy bien lo hace notar José A. Rodríguez Elizondo (38) el ejército batistiano no tenía "espíritu de corps", ni formación profesional, estaba en manos de suboficiales sin tradiciones militares y que sólo procuraban su enriquecimiento. El ejército batistiano no fue derrotado, sino que se derrumbó. Sólo así se explica que 40.000 hombres no puedan resistir a mil guerrilleros. De esa falsa generalización surgió el típico "optimismo técnico" de la ultraizquierda que entendió que todos los ejércitos iberoamericanos podían ser destruidos. Idea: "a contrapelo, incluso de los textos clásicos del marxismo. Ya Engels, en el siglo pasado había afirmado... que una victoria efectiva de la insurrección sobre las tropas en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, en una de las mayores rarezas, por lo cual había que privilegiar decididamente, los factores morales. Es decir, políticos. De todo lo cual surgía la tesis replanteada en cada coyuntura revolucionaria europea, de que se puede hacer una revolución con o sin el ejército, pero no contra el ejército." (39)

Con lo cual Federico Engels sería un reaccionario recalcitrante para nuestra ultraizquierda. ¡Ni que decir de W. Liebkneht! que reformuló la frase de Engels como sigue: "la revolución no se hace contra el ejército ni sin el ejército, sino con el ejército", (40) La amarga experiencia de los años 60, la interminable cosecha de derrotas de los movimientos foquistas han demostrado que en los países más organizados las F.F.A.A. monopolizan los instrumentos de la violencia y pocos tienen que temer el guerrillerismo aventurero. Lo ha recordado hasta Régis Debray en su reciente libro "Crítica de las armas" (2 tomos). (41)

Reducido a un prieto esquema, que pueda encerrarse en una cáscara de nuez, la composición de fuerzas de nuestras sociedades más evolucionadas se resume en tres centros de poder sociopolíticos: 1) burguesía transnacional, 2) clase obrera, como vanguardia de

vastos sectores populares y 3) F.F.A.A., que son un sector organizado de las clases medias, con autonomía con las vacilaciones ideológicas de aquellas.

Es muy claro que para liberarnos del subdesarrollo y de la dependencia tiene que haber alguna clase de entendimiento entre la clase obrera y las F.F.A.A., capaz de sustentar un gran movimiento de unidad nacional liberadora.

Ya hemos tenido una revolución obrera y popular en Chile que fracasó por oposición de las F.F.A.A. Pero también tuvimos una revolución militar progresista en Perú, que fracasó por ausencia del pueblo. La conclusión parece obvia. No hay revolución con ejército y sin pueblo; ni hay revolución con pueblos y sin ejército.

¿Se trata realmente de una posibilidad con asideros efectivos en la realidad? ¿Es un simple salto en el vacío? ¿Es una utopía escandalizante? ¿O es una hipótesis de trabajo, lo suficientemente rica en hechos reales, como para que merezca ser estudiada detenidamente? Nos inclinamos decididamente por esta última opción. El análisis que hemos realizado suministra los suficientes elementos de juicio, como para emprender un estudio a fondo y detenido de dicha hipótesis.

¿Es que ahora podemos desechar ligeramente cualquier rumbo que tenga la más mínima posibilidad de ser una solución a nuestra problemática? La respuesta es obvia. Vale la pena pues analizar con rigor la hipótesis de trabajo que surge de este ensayo.

Si fuera correcta estaría plena de esperanzas. Es claro que muchas cosas deben cambiar para que se torne viable.

En primer lugar la actitud de las F.F.A.A. ante las izquierdas y la actitud de las izquierdas ante las F.F.A.A. Porque el anticomunismo lato y furibundo de los militares, corresponde un antimilitarismo tan irracional de parte de las izquierdas ultra, sobre todo. ¿En que sentido debe cambiar la actitud de la izquierda? La izquierda **debe tener una política fundada ante las F.F.A.A.**, de la cual, aunque parezca mentira, y salvo honrosas excepciones, ha carecido hasta ahora. No se puede llamar una política ante las fuerzas armadas la tesis de la ultraizquierda de que hay que destruirlas, o corroer su coherencia institucional infiltrándolas. Eso es una declaración

(29) María Tavares y José Serra. "Más allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo de desarrollo reciente del Brasil", mimeógrafo. 1972- Escuela Latinoamericana de Sociología.

de guerra y no una política. Entendemos por elaborar una política ante las F.F.A.A., ubicarlas en nuestro proyecto nacional, Adjudicarles un rol en las tareas del desarrollo y de la liberación, reelaborar el concepto de seguridad-desarrollo que al servicio de los intere-

ses populares puede ser muy fructífero e institucionalizar ese quehacer que le asignamos. Estamos seguros que una política de este tipo sería un pequeño, pero importante primer paso en el rumbo más fecundo.

(30) Vivián Trías. "Uruguay y sus claves geopolíticas" Ed. Banda Oriental, 1971. Montevideo y "Multinacionales: o documento de oposição" en Opinião de 14-9-1975. Brasil.

(31) Vivián Trías. Obra citada

(32) Vivián Trías. Obra Citada

(33) Cable de AFP-Ap de 30.6.1966

(34) Aldo Ferrer y otros. "Los planes de estabilización en Argentina". Ed. Paidós, 1974. Buenos Aires.

(35) Nicos Poulantzas. "Fascismo y Dictadura" Ed. Siglo XXI, 1971. México.

(36) Fernando Mires. "¿Fascismo Latinoamericano?" publicado en Nueva Sociedad/Nº 45. Caracas.

(37) José A. Rodríguez Elizondo. "El gran viraje militar en América Latina" publicado en "Nueva Sociedad" Nº 45. Caracas.

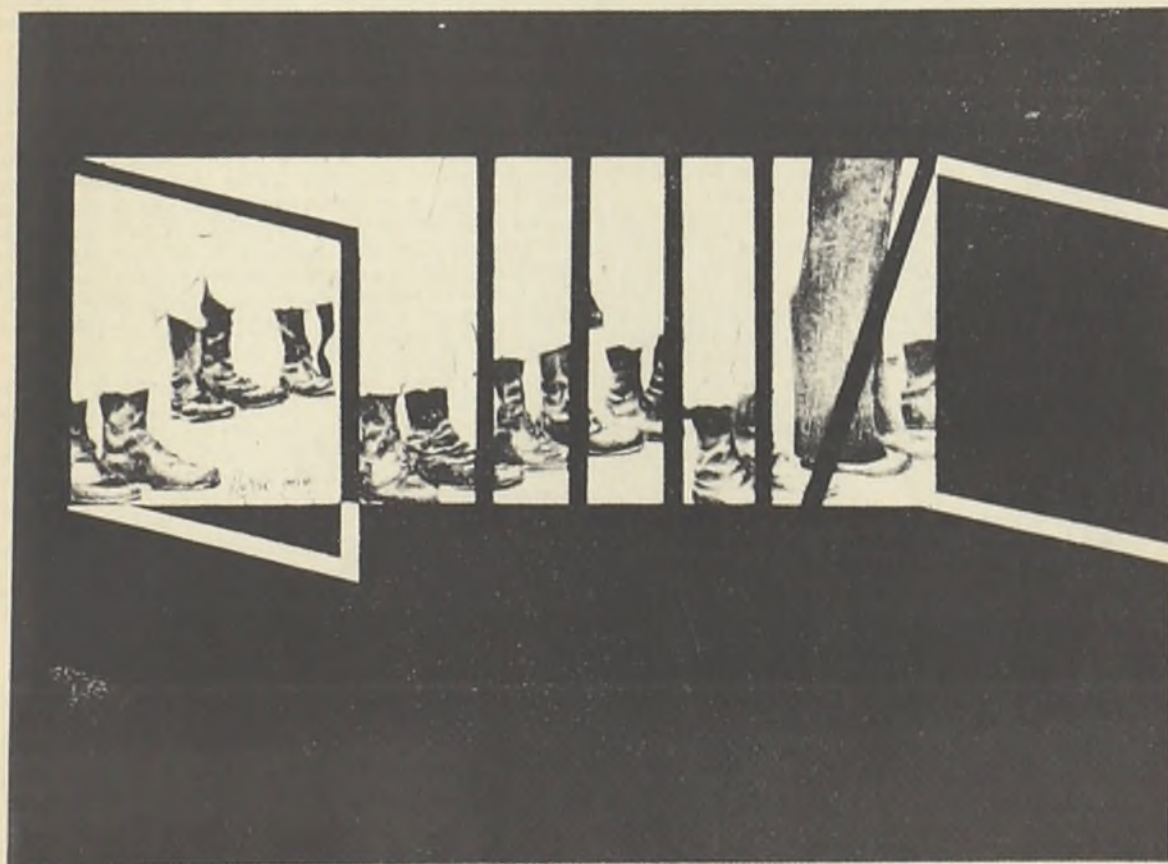
(38) José Rodríguez Elizondo. Obra citada.

(39) José Rodríguez Elizondo. Obra citada.

(40) Cit. por Vivián Trías en "Perú: revolución y Fuerzas Armadas" Ed. Banda Oriental- 1971- Montevideo.

(41) Régis Debray. "Crítica de las armas" . 2 tomos. Ed. Siglo XXI, 1977. México.

Publicado en "NUEVA SOCIEDAD", Nro. 41. 7/8-80, Venezuela.



● UNA ILUSION REFORMISTA

Publicado en "ALTERNATIVA", Nro.3, 1/3-79, Suecia

No obstante todo lo actuado por las fuerzas armadas uruguayas en los últimos años (de mucho más valor que cualquier intención o declaración de buenos propósitos), entre sectores de la izquierda se sigue alentando nuevas confusiones y viejas ilusiones reformistas sobre el papel de los militares en la política.

La principal fuente de confusión surge de poner el énfasis principal en el origen social de los integrantes de las fuerzas armadas, para deducir de allí sus posibilidades de acción política. De acuerdo con este criterio, al estar compuestas mayoritariamente por elementos provenientes de la «clase media» y baja, (la pequeña burguesía, fundamentalmente) podrían volcarse hacia una posición popular y nacionalista (sin clarificar el carácter de clase de la misma) enfrentándose al papel del brazo armado de la oligarquía y el imperialismo que han venido desempeñando.

En la historia de la Banda Oriental, los ejércitos formados por Artigas tenían una profunda raigambre popular que, unida a la claridad doctrinaria de su jefe, los convirtió en fuerzas revolucionarias contra la oligarquía cipaya y los imperios coloniales de aquella época. Hasta la década de 1870, los ejércitos se reclutaban en las filas del pueblo y respondían a la dirección de un caudillo, generalmente un hacendado, para quien la guerra coincidía con sus intereses económico-sociales. El beneficio del gauchaje y el obrero enrolado provenía, simplemente, de que la guerra mejoraba sus condiciones inmediatas de vida: libertad para faenar, caballo y apero gratis.

Con el proceso de «modernización» iniciado por el latortismo y consolidado política e institucionalmente por el batllismo, en el cual se conforman las bases del Estado burgués en el Uruguay, los ejércitos pasaron a ser un cuerpo estable, profesionalizado y perfectamente integrado al sistema institucional. Si bien en el pasado existieron ejércitos regulares sostenidos por el gobierno, será recién con la institucionalización del período batllista que el Ejército adquirirá un carácter más estable, se le proporcionará una especialización técnica y un armamento que le darán una supremacía decisiva frente a cualquier intento de levantamiento armado a la vieja usanza. Y además adoptará un estatuto y una doctrina que identificará sus fines, no con los intereses de un caudillo o un partido político, sino con el «interés supremo» del Estado y la Nación.

Insuficiencia del Estado tradicional

El Estado democrático-liberal es una de las formas de dominación adoptada por la burguesía en el régimen capitalista. Tal como lo enseña el marxismo-leninismo, el carácter «nacional» y «por encima de las clases» que se asigna al Estado y sus instituciones (de las cuales forman parte las fuerzas armadas), es sólo uno de los engaños de la ideología dominante para esconder su verdadero papel de servidores de la dictadura de la burguesía.

En especial, las fuerzas armadas asumen el papel de defensoras en última instancia del Estado y reciben, para ello, una preparación sistemática no sólo en el aspecto técnico sino también y fundamentalmente en el ideológico y doctrinario, siendo educadas en un férreo encuadramiento jerárquico y disciplinario.

Por todo ello, darle preeminencia al origen social de los militares, soslayando o ignorando el papel determinante de la posición que ocupan en la sociedad—institución garante del Estado burgués— y la formación ideológica que reciben para cumplir esa función (la ideología de la clase dominante), constituye un grueso error conceptual e histórico, o esconde un oportunismo inconfesable.

La sociedad uruguaya se corresponde con una de las formas del desarrollo capitalista dependiente, en la que la burguesía como clase está compuesta por diferentes fracciones o sectores, que van desde la oligarquía terrateniente y financiera, los sectores intermediarios del imperialismo, hasta las fracciones de la llamada «burguesía nacional».

El nuevo modelo de acumulación implementado por el imperialismo lleva a la ruina a los sectores de la «burguesía nacional» y por ello, aunque se trate de una contradicción secundaria en el campo de la burguesía, es posible y conveniente contar en esta etapa con la «burguesía nacional» como posible aliado de la clase obrera y el pueblo en la lucha contra sus enemigos principales, que son la oligarquía y el imperio. Pero sería un profundo error estratégico deducir de lo anterior la posibilidad de que sea ese sector, la «burguesía nacional», el que conduzca la lucha de liberación nacional hasta sus últimas consecuencias.

Un vuelco decisivo

Las fuerzas armadas uruguayas se consolidaron como institución en el período de las dos guerras mundiales, donde las particulares circunstancias del momento habilitaron la experiencia nacional-reformista del batllismo, que implicó la hegemonía de la «burguesía nacional» en el poder político. El relativo auge económico de este período y la redistribución con un criterio social del ingreso dio base a la «normalidad institucional», dentro de la cual las fuerzas armadas permanecieron la mayor parte del tiempo en los cuarteles, salvaguardando «pacíficamente» el respeto a la Constitución y las leyes de la democracia burguesa. No por estar pasivas dejaron de cumplir su rol de salvaguarda del régimen en ese período, expresión de la alianza tácita entre la «burguesía nacional» y la oligarquía, hegemonizado políticamente por el nacional-reformismo con una amplia base de apoyo popular.

Desde mediados de la década de 1950, la agudización de la crisis del modelo nacional-desarrollista rompe el equilibrio de poder en el seno de la burguesía. La resolución de la pugna inter-burguesa a favor de la fracción oligárquica aliada con el imperialismo, y el ascenso de las luchas obreras y populares, que levantan un programa de liberación nacional y social, coloca en crisis al sistema democrático-burgués. El Estado tradicional uruguayo era insuficiente, en esta nueva instancia, para garantizar el control por parte de las clases dominantes. Era necesario sustituirlo por un Estado centralizado y fuerte, donde necesariamente el papel de las fuerzas armadas no sería tan «pacífico» como en el pasado.

Por otra parte, la finalización de la segunda guerra mundial consagró la supremacía de los Estados Unidos de Norteamérica en el mundo occidental capitalista. A fines de la década de 1950 termina el período de la «guerra fría» con el campo socialista y, acicateado en América Latina por la Revolución cubana, el Pentágono impone la doctrina de la guerra contra la «subversión interna», colocando en un segundo plano la preparación para defenderse frente a una eventual agresión exterior. En esa doctrina fueron educados los nuevos oficiales uruguayos, llamados a sustituir a aquéllos que, formados en el período anterior, no se mostraban muy dispuestos a reprimir al pueblo.

Ese cambio de hombres y mentalidad en los mandos de las fuerzas armadas se fue operando en la década del 60 y tuvo un vuelco decisivo durante el gobierno de Pacheco Areco donde, tras sucesivos compromisos de los militares con la represión, se les dio finalmente el control total de la «lucha anti-subversiva».

No obstante las primeras resistencias, el cambio no planteó enfrentamientos extremos entre el Poder Ejecutivo (que violó reiteradamente la Constitución y las leyes) y los mandos militares (que se suponía debían defenderlas), porque los sectores llamados «legalistas» o «constitucionalistas» aceptaron su marginamiento u optaron por el «pase a retiros», asumiendo en algunos casos una actitud de enfrentamiento al gobierno como civiles y no como militares.

Este hecho es demostrativo de hasta qué punto es eficaz el adoctrinamiento ideológico que reciben los militares, impidiéndoles asumir una actitud de quiebra entre sus filas o de enfrentamiento irreductible con el máximo poder institucional, porque de esa manera pondrían en cuestión la función específica de las fuerzas armadas como salvaguarda del Estado burgués. Los principios de la unidad de cuerpo y la integridad del Estado se han mantenido intocados hasta el día de hoy, a pesar de las transformaciones realizadas y de las sucesivas crisis sufridas por los militares y el régimen, definiendo sin lugar a dudas el carácter de clase de las fuerzas armadas como institución al servicio de la dictadura de clase de la burguesía en su conjunto.

Cuando se habla entonces de las fuerzas armadas levantando expectativas por sus definiciones programáticas —Comunicados 4 y 7, por ejemplo— o por la lucha contra los «ilícitos económicos», cuando se habla de «coincidencias objetivas» o de las posiciones progresistas, nacionalistas o patrióticas de los militares, en el mejor de los casos, se puede estar aludiendo a posturas nacional-burguesas que —por cierto—, fueron avanzadas con relación al régimen actual, pero a las que, de ninguna manera, puede subordinarse la lucha obrera y popular, porque ello conducirá inevitablemente a nuevas derrotas.

La lucha por la caída de la dictadura, en camino hacia la liberación nacional y social, debe ser hegemonizada por la clase obrera, única garantía para la realización hasta el fin de las tareas de esta etapa y asegurar el tránsito hacia la construcción socialista. Y hay que tener claro que en la perspectiva de la toma del poder por la clase obrera y el pueblo, las

fuerzas armadas, como parte del aparato del Estado burgués, deben ser destruidas, junto con el resto del aparato burocrático-institucional, para ser sustituidas por las nuevas instituciones del poder obrero y popular de la dictadura del proletariado.

Error histórico

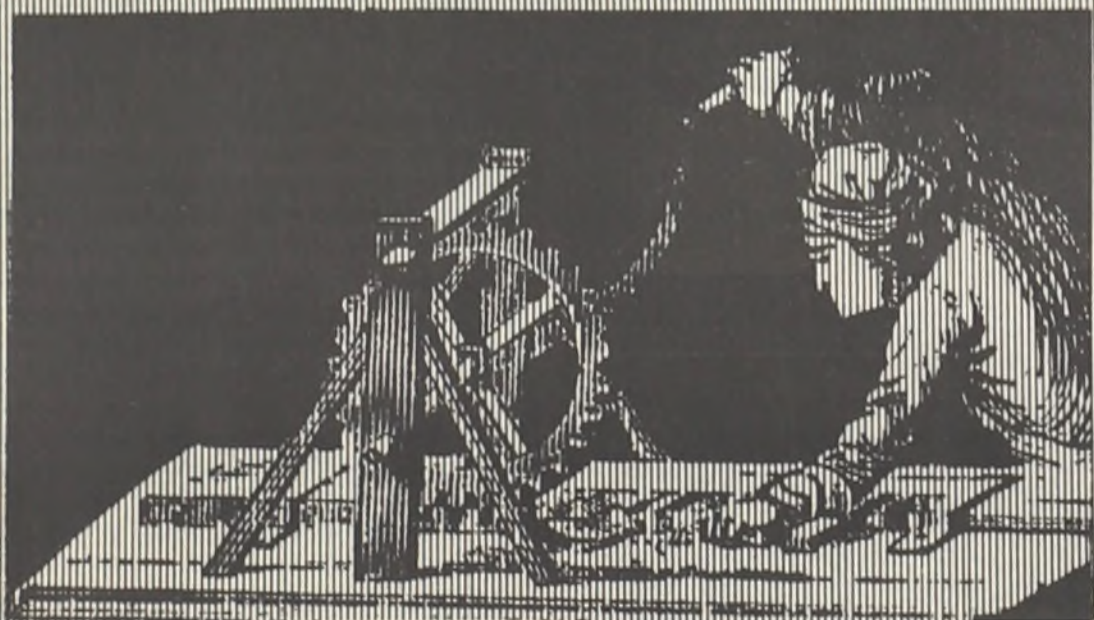
Lo dicho anteriormente no puede confundirse con un planteo simplista en lo táctico, en el sentido de considerar a las fuerzas armadas como un bloque monolítico o de afirmar de antemano que la batalla interna está ganada para los sectores más reaccionarios y fascistas, porque, como hemos visto, hay contradicciones en sus seno fundamentalmente entre el proyecto nacional-burgués y el oligárquico-imperialista—, e incluso porque individualmente pueden reclutarse revolucionarios entre sus filas. Ese error, en el que algunos sectores de izquierda han incurrido, es una desviación «izquierdista» que no sólo no contribuye a clarificar ante el pueblo el papel de los militares, sino que además, no permite encarar adecuadamente el enfrentamiento a las fuerzas armadas como institución, porque en lugar de debilitarlas y dividir las, las unifica.

Las contradicciones y fisuras de las fuerzas armadas deben ser aprovechadas en el plano táctico, pero para debilitarlas en la dirección del objetivo estratégico, que es destruirlas, y no como hacen los reformistas, para subordinar al movimiento obrero y popular al planteo de algún sector militar «progresista».

En el momento de alza de la lucha, de auge revolucionario conducido por la clase obrera, se darán las máximas condiciones para el desmoronamiento de las fuerzas armadas e, incluso, sectores de ellas podrán pasarse con armas y bagajes al campo del pueblo, pero será para ponerse bajo el mando de las fuerzas revolucionarias y no para que éstas se lo deleguen.

NUCLEO DE MILITANTES
»27 de Junio de 1973«

**Suscribase y divulgue
aportes
una revista independiente y veraz!**



¿A DONDE VAN LAS FUERZAS ARMADAS?



Documento especial, noviembre 1979, PARTIDO POR LA VICTORIA DEL PUEBLO.

En el Uruguay de hoy, destruido y transformado por más de 6 años de dictadura nadie puede dudar cual ha sido el epicentro del poder, responsable ejecutor de una brutal conspiración antinacional: las FFAA. En una situación política como la actual, carente de alternativa cívico-burguesa, la situación interna y -- las definiciones que han ido tomando las FFAA son piezas imprescindibles para la formulación de una estrategia y una táctica antidictatorial. Por tal razón nos decidimos a la publicación de este DOCUMENTO ESPECIAL, cuyos datos han sido recuperados en un extenso esfuerzo de los servicios de información de nuestro partido.



La situación actual de las Fuerzas Armadas se enraiza en un proceso histórico muy preciso. No olvidemos que fueron ellas mismas las que frente a la descomposición de la dominación burguesa y al ascenso de las luchas populares decidieron quebrar 40 años de "profesionalismo" y continuidad institucional.

El golpe de 1973 no fue uno como tantos otros de la historia latinoamericana, en los que la intención fue lle-

nar un vacío provisorio y volver luego al mismo cauce anterior. Fue un golpe con vistas a la instauración de un nuevo régimen político que diera "seguridad" a una remodelación económico-social de tipo profundo.

Surgidos a la vida política activa bajo el signo del aislamiento, no pudieron jamás salir de él. Apoyados por una pequeña capa de políticos archireaccionarios no han podido nunca armar un

discurso legitimante ni crear un movimiento cívico de masas que los respaldara. Se atrincheraron más bien en la soberbia elitista y mesiánica.

Un pequeño grupo de civiles y tecnócratas fueron llamados a compartir un aparato de gobierno para cuya titularidad completa, no estaban preparados. La presencia de algunos civiles decoraba además, sobre todo en un primer periodo la fachada de un régimen que no quería aparecer como un Estado Militar, ni despreciar los retazos de legitimidad que le otorgaba Bordaberry y algunos transfugas de la vieja clase política.

Los primeros años de dictadura tuvieron como tónica central la contraofensiva represiva. La brutalidad de los medios empleados (torturas, asesinatos, secuestros, detenciones) y la extensión de las capas alcanzadas dan una idea del foso profundo que se ha abierto entre una oficialidad de verdugos y la gran mayoría del país. El reciente testimonio del Teniente Cooper revela de fuente propiamente militar lo que todos hemos venido denunciando estos años. Un 90% de la oficialidad y la totalidad de los mandos es responsable de torturas, asesinatos, y todo tipo de vejámenes.

Es ese legado de crímenes lo que alienta el espíritu resistente de vastos sectores populares, la independencia firme de la mayor parte de la clase política liberal e incluso la indiferencia de núcleos conservadores.



Recordar este saldo histórico es imprescindible para comprender el restringido margen de apoyo y de maniobra con que cuentan los actuales promotores de una pseudo apertura política.

LA MILITARIZACION DE LA SOCIEDAD

El golpe de 1973 dió a luz una nueva estructura de poder en la cual el peso de los representantes de las FFAA pasó a ser decisivo. Liquidaron primero el parlamento, luego el Poder Judicial y asumieron "entre bambalinas" la titularidad del P. Ejecutivo. El antiguo Consejo de Ministros pasó a reunirse esporádicamente y cedió lugar a un Consejo de Seguridad Nacional (COSENA) que reúne a la Junta de Comandantes en Jefe, más el presidente y tres más los ministros correspondientes a cada tema. Así se han ido resolviendo ejecutivamente y sin control (el Consejo de Estado no llegó a ser ni una caricatura de Parlamento) las líneas centrales sobre economía, política exterior y política interior.

Y el proceso no se detuvo allí. La oficialidad media y superior fue asignándose los cargos claves en toda la administración del estado tanto en sus funciones económicas, ideológicas o deportivas hasta llegar a una militarización casi completa de la sociedad. Y decimos militarización no solo en su forma, sino principalmente en el contenido y la influencia que ejerció. Generales, coroneles, mayores, capitanes de navío o de fragata, proyectaron sobre su radio de acción las características organizativas e ideológicas que son típicas de las FFAA: verticalismo, arbitrariedad en el mando, disciplina y autoritarismo, represión cultural e intelectual, etc.

El control como grupo de las más distímiles actividades para intentar cohesionar tras su proyecto al conjunto de la sociedad, ha transformado la oficialidad de las FFAA en un verdadero partido militar. Tener en cuenta esta cualidad es imprescindible para comprender el contenido del plan de Normalización Institucional, y la reticencia total de los militares a replegarse a su función tradicional de aparato represivo del Estado.

Cuando afirmamos que la oficialidad militar se ha convertido en un verdadero Partido Político, de ninguna manera pensamos que ello se traduzca en una autonomía neta de los grupos sociales dominantes. En realidad, tras la demagogia de "servidores de la patria entera y del bienestar nacional" las FFAA han servido para instrumentar una reestructura económico-

social al servicio prioritario del gran capital financiero, el gran comercio importador exportador, la exportación protegida, las multinacionales y desde 1978 el gran capital agropecuario.

La supresión del juego político desde 1973 atiende así al doble objetivo de aplastar la movilización por intereses populares y también bloquear la reacción de los sectores industriales comerciales y agrarios sacrificados por la nueva redistribución del ingreso.

El hecho de convertirse en brazo armado de sectores económicos y de una política antinacional tiene un alto precio que compromete la continuidad en el poder del partido militar. En primer lugar el precio de su propia cohesión interna.

GRAVES CONFLICTOS INTRAMILITARES

La eliminación de la política "civil" exacerbó la lucha política en las FFAA. Las proscripciones que impusieron con los actos institucionales convirtieron la lucha de ideas, la lucha por reivindicaciones económicas y por cargos en permanentes conflictos intramilitares.

Recordemos entre los principales: los pases a retiro forzado que siguieron a la reforma orgánica militar; los arrestos y bajas producidos tras un plantón de capitanes inquietos sobre las fechas de retorno a la normalidad institucional; la crisis que enfrentó al Tte. Gral. Alvarez con el Gral. Prantl, Ballestrino y la inteligencia militar; la vacancia durante 8 meses de la Región Militar Nº 1 entre julio de 1978 y febrero de 1979, y la puja por relevo de mandos en febrero del 79 que enfrentó a la corriente de Alvarez-Raymúndez con las más fascistoideas de Queirolo-Rapela-Ballestrino.

Para tener una idea de la polarización interna en el último período basta citar algunos párrafos de aquel boletín clandestino llamado "El Talero" en abril de 1978:

"Por qué estamos haciendo esto:

-Porque determinados militares creen que el Ejército pasó a ser propiedad privada de ellos.

-Porque determinados militares están día a día, minuto a minuto dividiendo a las FFAA entre sí.

-Porque determinados militares pretenden adueñarse de la política económica del país y de la distribución de bienes

en el mismo.

-Porque día a día se va haciendo más evidente que importa más la primacía de tal militar sobre tal otro, que el beneficio del país."

La gravedad de las contradicciones dentro de las FFAA ha sido utilizada desde 1976 por los sectores más lúcidos de la dictadura y del imperialismo para poner en cuestión la participación ininterrumpida de las FFAA al frente del Poder Ejecutivo. Temen que el agravamiento de sus conflictos tácticos comprometa la unidad de las FFAA en su función de garante último de sistema capitalista.

Más la cúpula militar hoy predominante no se plantea un repliegue de ese tipo. Luego de 6 años de usufructo ilimitado del poder en los que han cometido muchos crímenes injustificables no parecen dispuestos a entregar resortes claves del gobierno a aparatos civiles débiles, cuando no hostiles. No olvidemos además los sueldos y privilegios que los elevan socialmente como casta y les crean hábitos a los cuales, difícilmente renunciarán por voluntad propia.



A DONDE VAN LAS FUERZAS ARMADAS?

La situación sin embargo aparece muy incierta para la cúpula militar. Han fracasado en la construcción de una hegemonía ideológica que los legitimara y que aplacara las contradicciones sociales brutalmente comprimidas por la cohesión. Han fracasado en el logro de condiciones para hacer viable el cronograma político acordado,

a lo que debe sumarse el crecimiento de la resistencia antidictatorial.

El discurso de ascenso del Tte Gral. Queirolo en marzo de 1979 refleja su incertidumbre: "La consolidación del proceso que se avecina va a atraer fuerzas oscuras que intentan hacernos vacilar y dividir provocando la formación de fisuras en la institución, a través de las cuales se filtrarán las intrigas, pretendiendo nuestro futuro desmembramiento y destrucción."

Con la actual predominancia de la corriente fascistoide nadie tiene derecho a especular con una posible liberalización política con un tránsito gradual y pacífico hacia la democratización.

No hay más alternativa que la resistencia popular a la dictadura, incluido el enfrentamiento a las propias FFAA en todos los terrenos de lucha y por todos los métodos eficaces que agrieten y debiliten su poder.



CONTRADICCIONES EN EL EJERCITO

Publicado en "LA HOJA ROJA", Nro.5, 10/1976, Bélgica.



Los gobiernos "revolucionarios" de Panamá y Perú, Nasser en Egipto o Espínola en Portugal han sido presentados en diversos momentos y bajo diferentes situaciones, como una alternativa real para la clase obrera.

Diversas tendencias políticas (o una misma bajo ángulos diversos) han contribuido a ilusonar a los trabajadores con salidas basadas entre los mandos de las fuerzas armadas.

La izquierda dominante se ha encargado de presentar al ejército como una institución en donde las clases sociales no existen, capaz de decidir por su propia voluntad el futuro económico y político de la sociedad. Al mismo tiempo esa "voluntad" es presentada como contradictoria, pudiendo orientar la institución y, por tanto la sociedad, o bien hacia el "fascismo-proimperialista", o hacia una salida "progresista".

Los superpoderosos que tomarían tan importantes decisiones serían nada menos que los oficiales, que se dividirían en "progresistas" y "reaccionarios". A su vez definen el papel del "pueblo": éste debe apoyar a los oficiales "progresistas" o, al menos, "constitucionalistas" o "civilistas".

Se apoyan así los golpes de estado del Gral. Videla en la Argentina, el del 9 de febrero de 1973 en el Uruguay (basado en los Comunicados Nros. 4 y 7 de las Fuerzas Conjuntas), se espera el "golpe bueno" (salida peruana) o se centran las esperanzas socialistas en la Junta Democrática española.

Buscando detrás de estas alternativas a los famosos "oficiales progresistas" que cambiarán la sociedad en su lucha contra los oficiales traidores, se quiere hacer jugar la suerte del movimiento obrero

sobre la base de contradicciones secundarias dentro de los aparatos represivos del Estado.

Una observación superficial de esta política nos llevaría a concluir que los oficiales progresistas no cambiaron la sociedad como se quería. Pero esta observación parte de que se considera como válido lo que la izquierda oficial dice, se cree que la sociedad puede cambiarse de esa forma y, por lo tanto, nuestro papel sería el apoyo a esa política, que se cree que su objetivo es el de cambiar la sociedad, es decir: se cree que lo que se intenta es lo que la izquierda oficial dice que se intenta.

Pero nosotros hace tiempo que no creemos que en la historia a los hombres se les debe juzgar por lo que ellos dicen de sí mismos o por lo que dicen intentar. Por el contrario, debemos comprender esta política a la luz de los resultados reales que ella implicó e implica en el enfrentamiento de clases.

El punto de partida es, entonces, la constatación de que esa política permitió la supeditación del movimiento popular a los todopoderosos oficiales; que la misma permitió el aislamiento y la represión de los sectores más combativos del movimiento obrero. Si

los oficiales progresistas estaban en el poder, una huelga era una provocación, las luchas de la clase se transformaron en "contrarevolucionarias"; las verdaderas tareas de la izquierda eran las marchas de apoyo.

Para qué podían plantearse consignas como las del poder popular o de milicias obreras en Chile, si además de existir un "gobierno socialista" se contaba con un ejército civilista, con una larga tradición democrática y con un comandante que aseguraba el respeto constitucional?

Por infinitas constataciones como estas debemos concluir que esa política tuvo éxito (que de ninguna manera fracasó); ni se constituyeron las milicias obreras, ni hubo un repudio masivo de toda la clase al 'progresismo' de los oficiales; por el contrario, se amortiguaron las respuestas a los golpes de estado y, en algunos casos, hasta se logró durante muchos años el colaboracionismo permanente con los regímenes 'progresistas'.

Felicitaciones señores agentes de la burguesía en el seno de la clase obrera!



En realidad las contradicciones de clase en el ejército no pueden ser distintas a las de la sociedad en general. Las contradicciones al interior de las fuerzas armadas, no son ajenas a la contradicción entre el proletariado y la burguesía.

La dirección del ejército, sus mandos, son los oficiales -en su totalidad- desde los viejos generales y coroneles, hasta la tan reiterada "oficialidad joven". Independientemente de cada individuo en particular, la oficialidad es una casta social burguesa; no mantiene un "orden en bastracto", como se pretende, sino que asegura la mantención de un orden específico: el orden burgués. La "vocación militar" sólo existe para los oficiales, y su extracción es generalmente la misma: la clase explotadora. Por lo demás, para llegar a ser oficial en las fuerzas armadas hay que pasar por un filtro: la preparación técnica y, fundamentalmente, ideológica para la función dirigente de guardaespaldas del capitalismo. En una palabra: por su función en la sociedad, por su extracción social, así como por su sistemática educación, los oficiales pertenecen al campo burgués, al campo del enemigo de clase.

La base de las fuerzas armadas, los soldados y marineros, la tropa en general -incluyendo a los clases-, por sus condiciones sociales de vida y trabajo, por su extracción de clase, pertenecen al campo de los oprimidos.

La ideología burguesa, los aparatos ideológicos del Estado, dirigidos a la tropa tienen como función hacerla traicionar a su clase para ponerla al servicio de la propiedad privada. La tropa sólo cumplirá el cometido social que le asigna la burguesía, a condición de que su actividad vaya directamente contra los intereses del resto de los explotados. Por ello, es que la tropa tiene condiciones políticas que son particulares; no goza nunca, -ni siquiera en regímenes democráticos-, de las libertades burguesas elementales: el derecho de asociación, de reunión, de voto, de prensa, etc.

Las condiciones de opresión son aún más brutales, está sometida a una tiranía permanente.

El reflejo en las fuerzas armadas de la contradicción entre la burguesía y el proletariado, no es otro que la contradicción: oficialidad-tropa. El proyecto social de la clase obrera coincide con los intereses de la tropa y es antagónico con los de los oficiales.

El movimiento obrero en su lucha contra la burguesía irá destruyendo todos los mitos mantenidos por los aparatos ideológicos del Estado. En particular, el desarrollo de la lucha de clases permitirá a la tropa el reconocerse como parte del movimiento obrero y popular y no como su enemigo.

Para los obreros es fundamental que la tropa no traicione a su clase!



Muchas veces se ha planteado el problema de la división del ejército. Muchas veces, también, se nos ha dicho que el ejército se divide de arriba a abajo, que se divide a partir de los oficiales progresistas.

Los sostenedores de esta posición esgrimen como argumento fundamental el hecho de que "los oficiales mandan y la tropa obedece...". Este es otro mito: de los que sirven para sostener que el ejército se divide entre "oficiales malos y buenos", y es tan cierto como que "el esclavo debe trabajar para su señor".

Los oficiales mandan..., es verdad; la tropa obedece..., es verdad hasta que no lo sea más. La tropa obedecerá a sus oficiales precisamente hasta el momento en que empiece la desobediencia.

Muchos son los ejemplos que atestiguan la división del ejército a partir de sus bases. La revolución rusa del 17 no hubiera sido posible sin la participación masiva de los soldados en los soviets o sin la sublevación de los marineros de la flota del Báltico.

Pero, sin ir más lejos, frente a la alternativa planteada por los partidos de la Unidad Popular en Chile, se levantaba la otra alternativa: la de la desobediencia a los "oficiales golpistas", la del sargento Cárdenas y sus compañeros y el 29 de junio del 73 hubo un buque de guerra, por lo menos, que no acompañó el "tancazo". Esta vez fue la tropa que no obedeció a sus mandos superiores!

No podemos dar aquí más ejemplos. El documento que adjuntamos, surgido en las bases del ejército portugués, habla por todas las tropas del mundo.



Y los oficiales progresistas? Claro que los puede haber! De la misma manera que la burguesía presenta sectores más reaccionarios que otros, los oficiales tienen contradicciones entre sí que reflejan, en particular, contradicciones interburguesas y, por tanto, secundarias.

Estas contradicciones entre oficiales no siempre existen, pero existen, eso sí, siempre, las tendencias encargadas de propagandearlas al interior del movimiento obrero.

Que haya que tenerlas en cuenta?, claro está! Pero no supeditarse a ellas: el progresismo implica siempre explotación y opresión del proletariado. De ese progresismo ya se ha hablado bastante.

El progresismo real, el que nos interesa, es el de la lucha por el socialismo. Y aquí es mucho más difícil encontrar oficiales "progresistas".

De la misma manera que un burgués puede incorporarse al movimiento obrero, traicionando a su clase, también algún oficial puede hacerlo. Para ello deberá plegarse al movimiento revolucionario del proletariado y de la tropa y no al revés!

aportes, BOX 760, 220 07 LUND.



CAMISAS NEGRAS O CENTURIONES

Los perros guardianes de la burguesía



F. FASANO

Formuladas las reflexiones del amplio debate abierto en torno al carácter que asume la dominación en nuestro país, corresponde referirnos al eje central de nuestra dictadura: el seudo Partido Militar. El viejo aforismo antimilitarista afirmando que "el ejército es el partido que la nación arma y paga contra sí misma" parece haber tenido trágica confirmación en nuestra tierra. Nuestros militares ocupan el 40% del personal estatal, y el 53% del presupuesto nacional. Este último es el presupuesto militar per cápita más alto del mundo, excluyendo a las potencias nucleares y al estado de Israel. La quinta parte de nuestra población activa se dedica a vigilar, perseguir, humillar y castigar a los cuatro quintos restantes.

En Uruguay detentamos el récord de un militar o policía por cada 44 habitantes. Más del doble de personal represivo que el de la tiranía de Pinochet. Cinco veces más que la dictadura brasileña. Y todo este formidable monopolio de la violencia se encuentra en manos de un ejército de pretendida tradición civilista, fomentador del viejo mito de la apoliticidad profesional, hoy transformado en el Partido de la dictadura.

Y cuando hablamos de partido militar queremos dejar bien claro que no pretendemos regalarle a la dictadura el galardón de una organización políticoideológica de la cual carece absolutamente. Utilizamos el término al solo efecto de indicar la pretensión de los altos mandos de actuar en bloque con objetivos únicos y específicos, con espíritu de cuerpo y con afanes de casta castrense. Obviamente, carecen de todos los elementos clásicos que definen un partido político. Pero en medio de la maraña de contradicciones que los entrecruzan descubrimos un signo unificador de casta que permite, por meras razones de método, tomarnos la licencia de así definirlos. Un seudo partido militar carente de todo contenido partidario tradicional.

Y, sin lugar a dudas, carente de la más mínima base de apoyo partidario, más allá de la adhesión voluntaria de numerosos ofi-

ciales y la adhesión forzada o la indiferencia del conjunto de la tropa. De todos modos, este seudo partido, al convertirse en el aparato privilegiado de organización política del bloque en el poder, trata de obtener la representación de la burguesía en su conjunto, obteniendo sólo la representación parcial de la fracción monopólica.

La explicación es sencilla. Esta fracción carece de representantes políticos organizados y busca en el partido militar paliar parcialmente la orfandad representativa de su clase.

La historia de nuestras fuerzas armadas ha terminado con el viejo mito de un ejército apolítico, profesional, de orientación civilista. Su origen tuvo, indudablemente, raíces populares, alumbradas por las montoneras artiguistas. El gran caudillo oriental concebía al ejército como "el pueblo reunido y armado" y así lo forjó, convirtiéndolo en fuerzas revolucionarias contra los explotadores y colonialistas de su época. Derrotado Artigas, el reclutamiento popular continuó aunque con diferentes objetivos. Hasta mediados de 1870 los ejércitos desbordaban de elementos populares bajo la dirección de caudillo y/o hacendados que a cambio de caballo, apero, libertad de faenar y otras yerbas, utilizaban al gauchaje y al poverrio en sus guerras personales. Esos ejércitos conocieron 72 años de guerras civiles y cuando devinieron instrucción castrense con el proceso de modernización capitalista impulsada por el latortismo, también conocieron el significado de la palabra "junta militar", muchas veces pronunciada en nuestra historia.

Es con la abominable participación uruguaya en la criminal guerra de la Triple Alianza contra los ejércitos populares paraguayos, que nuestras fuerzas armadas se profesionalizan. Y sólo con la presencia imponente de José Batlle y Ordóñez es cuando devienen "civilistas", subordinándose al poder político, dejando de lado su lealtad al caudillo y adoptando los intereses del estado burgués. La astucia de Batlle, rotando los mandos, fraccionando

las regiones militares, evitando su contacto con la realidad nacional, contribuyó en gran medida a ello. ¡Cuánto tienen que aprender del viejo Batlle sus timoratos seguidores, hoy asustados por un militarismo que no supieron evitar! Batlle prefirió un ejército confinado en sus tareas tradicionales e implantó su tradición civilista, sin poder extirpar los gérmenes que varias décadas después estallaron en 1973 con toda su crudeza patógena.

Bien decía nuestro gran amigo desaparecido, integrante del consejo editor del diario *De Frente*, Carlitos Real de Azúa:

Batlle implantó la tradición civilista de las fuerzas armadas uruguayas aun dejando también al margen la consideración de si es posible implantar sólidamente desde afuera una tradición en un cuerpo de tan sólida trama institucional como lo es un ejército regular.

Lo cierto es que nuestro ejército se coloradizó. El Partido Colorado al gobernar ininterrumpidamente desde 1865 hasta 1958 también fue responsable de la formación y profesionalización de las fuerzas armadas. Y fue precisamente un gobierno colorado —el gobierno de la defensa de Montevideo— quien formalmente crea el llamado Ejército Nacional.

La centenario coloradización de las fuerzas armadas, conjuntamente con la orientación civilista, no estuvo exenta de discriminaciones partidarias. Acertadamente, el nacionalista Enrique Erro así lo comenta:

En 1917 expulsan de la Escuela Militar a un cadete por ser blanco y en 1958, cuando el Partido Nacional alcanza el gobierno en elecciones libres, los militares presionan a las autoridades para que no entregue el gobierno. Incluso cuando el Nacionalismo forma su primer gabinete, no puede designar a un general de filiación blanca para ocupar el Ministerio de Defensa Nacional porque si bien las FF.AA. eran "civilistas", se autogobernaban y los generales eran todos del Partido Colorado.

De todas maneras, los militares se mantuvieron en los cuarteles desde 1904 subordinados al poder civil, hasta que el 9 de octubre de 1971 el decreto número 566 les encomendó la conducción de la lucha antiguerrillera. A partir de ese momento, conocieron la realidad "extra muros" y ya nunca más quisieron volver a la placidez de sus ciudadelas, sucumbiendo al magnetismo y a la atracción del poder absoluto y autocrático.

Todo este proceso, sin embargo, no surgió de improviso; ya en 1958 los militares colorados se vieron corroidos por el gusanillo de la duda: dudaron si entregaban o no el poder al Partido Nacional. A partir de ese momento los uniformados abandonarían cada vez más su actitud prescindente y profesional. Debemos retroceder en el tiempo para descubrir las causas profundas que permitieron el estallido del "trueno" militarista. Y al detenernos en 1947 comprobaremos que cuando nuestro país firma el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca —por el cual se compromete a ser solidario con todas las aventuras del gran imperialismo norteamericano— nuestras fuerzas armadas sellan su desnacionalización definitiva y su dependencia permanente con respec-

to a la ideología de la contrainsurgencia, a la doctrina de la seguridad nacional, al armamento de origen norteamericano, al unidireccional aprovisionamiento de repuestos y municiones.

Después de dos décadas de desprecio e indiferencia, nuestros ejércitos, ignorados como institución, como grupo social y como factor político, pasaron a ser conjuntamente con todos los ejércitos hemisféricos un elemento sustancial de la política imperial. Las armas y municiones provenientes de Europa dejaron paso así a los obsoletos excedentes estadounidenses de la segunda guerra mundial, que al tiempo de significarle al imperio la recuperación económica de material en desuso, le aseguraba la dependencia logística de los ejércitos "beneficiados".

Nelson Minello lo explica:

en el caso uruguayo ya en 1943 la ley estadounidense de Préstamo y Arriendo proporcionó medios de transporte, unos pocos blindados, y artillería de campaña y antiaérea. Las fuerzas armadas uruguayas se modernizan pero a la vez son más dependientes en materia de equipo y mantenimiento de los mismos, desalentándose algunos proyectos de abastecimiento nacional. Desde la firma del pacto de asistencia militar con EE.UU. en 1953, esa dependencia se acentúa, pues según el presupuesto del Ministerio de Defensa no contempla ninguna suma para la compra de equipo. El ejército nacional confía totalmente en EE.UU. y la transferencia gratuita de armamento y equipo.

A partir de esta confianza servil los oficiales uruguayos emprenden, conjuntamente con toda la oficialidad latinoamericana, el vergonzoso

camino hacia los centros de entrenamiento norteamericanos, donde recibirán la teoría y la práctica de la "guerra sucia" que después articularán. Allí en el Fort Gulik de los "boinas verdes", les enseñarán las treinta y dos formas diferentes de matar sin recurrir al uso de arma alguna.

Entre 1950 y 1975 fueron entrenados más de 70 mil militares latinoamericanos en 142 instituciones pertenecientes a las tres ramas de las fuerzas armadas de EE.UU. Sobresalen en esta tenebrosa red escuela de asesinos profesionales, Fort Bragg en Carolina del Norte, Fort Sherman en la zona norteamericana del Canal de Panamá —donde se encuentra la Escuela de Guerra de la Jungla, especializada en combates selváticos—, Fort Clayton, Fort Gulik y la Base Albrook, todas ellas también en la zona del Canal, la famosa Escuela de las Américas y el Centro de Guerra Aérea Especial en Florida, sin contar las misiones militares norteamericanas dispersas en toda América Latina y los equipos móviles de entrenamiento, uno de los cuales fue el que adiestró en tiempo récord a los rangers bolivianos

que ejecutaron al héroe de la América insurrecta, Ernesto Guevara de la Serna. Estos 25 años de control consecutivo sobre el adiestramiento, la organización y el aprovisionamiento de armas y equipos bélicos pudrieron la mentalidad de la mayoría de nuestra oficialidad moldeada en las nociones de la contrainsurgencia y el aniquilamiento del enemigo interno, disimuladas en las tesis de la defensa hemisférica, la defensa de las fronteras ideológicas y la defensa de la soberanía nacional. Y aquella semilla imperial hoy alumbró los frutos repugnantes de un militarismo antinacional al servicio de la contrarrevolución latinoamericana. De un militarismo que, salvo honrosas excepciones confirmatorias de la frustrante regla, no supo estar a la altura de las fuerzas armadas de otros continentes.

La función potencialmente nasserista y reformadora que debieron jugar nuestros ejércitos nacionales en busca de la gran y definitiva segunda independencia latinoamericana fue castrada por una hábil política imperial. Nuestros ejércitos fueron domesticados y hoy no conocen más reflejo que el que responde al llamado del amo extranjero. Triste destino, el de los herederos de Bolívar, Artigas, San Martín, Santa Cruz y O'Higgins.

Sólo la semilla fecunda sembrada en tierra patriota por militares profesionales de la talla de Liber Seregni, Velasco Alvarado, Juan Jacobo Arbens, Carlos Prestes, Francisco Caamaño Deno, Carlos Lamarca, Juan José Torres, Yon Sosa, Luis Augusto Turcio Lima, Carlos Prats, podrá hacer posible el pronóstico hoy tan improbable en nuestras comarcas, formulado por el gran revolucionario alemán Guillermo Liebknecht: "La revolución social no se hace contra el ejército, ni sin el ejército, sino con el ejército".

Contra el ejército, sin el ejército o con el ejército

Estas reflexiones nos conducen directamente al corazón del gran tema planteado hoy a la revolución uruguayo replegada: qué política formularnos frente a nuestras fuerzas armadas cuyo perjurio, traición y genocidio ha alcanzado niveles jamás imaginados. Plantearlo significa abrir una herida de proporciones en la izquierda devastada por un enemigo cuya ferocidad ha superado los umbrales de la cordura.

Nos enfrentamos a una institución armada, de características paranoicas digna de ser estudiada por expertos en psicología criminológica. Esta comprobación, sin embargo, oscurece la lucidez necesaria para acordar una política frente al fenómeno militar

que nos permita revertir la derrota, superando al enemigo armado que enfrentamos, no sólo con balas, de las cuales hoy carecemos, sino con una política correcta, que lamentablemente aún la izquierda no ha elaborado.

Si existe una carencia trágica en el campo popular, ésta ha sido la ausencia de un serio análisis sobre las instituciones armadas, conociendo más que su organización y su funcionamiento, los valores que rigen su conducta y los puntos más sensibles de su acervo ideológico. Carecimos y carecemos de una política lúcida frente a las fuerzas armadas, más allá de una práctica meramente consignista, incapaz de horadar el espeso tejido ideológico que las aprisiona. Y si no somos capaces de replantearnos el gran tema militar, fuera de todo dogmatismo, tirando por la borda los viejos clichés que nos ahogan, la insuperabilidad del tema volverá a ser factor de nuevas y más profundas derrotas. Se nos contestará que la solución es clara. Destruir la maquinaria burocrática militar del sistema. Quien no destruye la máquina es destruido por ella. Ello es cierto en última instancia. Y la lección chilena no deja lugar a du-

das. Pero transformar los deseos en realidades es una tarea que la historia ha probado no depende del mero acto volitivo. Sólo un proyecto justo, una política correcta frente al instituto militar debió crear las condiciones para neutralizar los efectos devastadores del aparato armado de la burguesía.

Y es precisamente porque el instituto armado no es ni será nunca "neutral" frente al sistema político, económico y social que rige en nuestros pueblos, que la tarea de penetrarlo adquiere hoy carácter prioritario. Creer en la "neutralidad" de nuestras fuerzas armadas antes del golpe es creer en un cuento de hadas, mucho menos inofensivo que la narrativa de Juan Christian Andersen. El ejército siempre hará política, aun dentro de sus cuarteles. Porque, precisamente, su papel consiste en defender la constitución democrática burguesa y el sistema que la inventó. Cuando defiende al viejo Uruguay no es neutral y cuando lo convierte en cenizas tampoco deviene neutral o pretendidamente apolítico. La llamada neutralidad o apoliticidad sólo encubre el apoyo, como instituto, a las clases dominantes. La defensa del interés supremo de la nación debe traducirse como la defensa del interés supremo del estado burgués.

Pero si bien tal afirmación es cierta, la izquierda debe evitar toda visión simplista, que impide explicar fenómenos como los del Perú de Velasco Alvarado o el Portugal de Saraiva de Carvalho, donde más allá de la frustración actual, las fuerzas armadas y sólo ellas, condujeron un proceso revolucionario que en el primer caso escribió la página más transformadora de la historia peruana y en el segundo, terminó de un solo golpe con el cuarentenario fascismo portugués. Por otra parte, el fenómeno no es nuevo; en la Rusia zarista 10 millones de soldados y 20 mil oficiales se pasaron al campo revolucionario haciendo estallar en mil pedazos el despotismo milenarista. La República Española aguantó el embate fascista durante tres largos años porque junto al pueblo en armas, codo con codo, lucharon soldados, marineros y aviadores, e, incluso, la décima parte de la oficialidad profesional. Hasta en la siniestra Guardia Nacional del dictador Anastasio Somoza, encontramos oficiales de alta graduación, cruzando hacia la trinchera popular y combatiendo por los ideales de Augusto Sandino.

¿Qué prueban estos ejemplos, abundantes en la historia universal? En primer término que la contradicción no está dada en términos de civiles *versus* militares. Y en segundo término que sin una política diferenciadora que tenga en cuenta la existencia de hombres uniformados rescatables para las causas populares, mal podemos pretender superar el inmenso obstáculo planteado por "los perros guardianes de la burguesía".

Hay un texto de Poulantzas referido a las dictaduras militares europeas que es útil recordar en este momento. Dice el sociólogo griego:

Las masas populares pueden encontrar en el seno del ejército, y eso también sucede con otros aparatos estatales, verdaderos apoyos e incluso aliados en su lucha contra los regímenes de dictadura. Por supuesto eso requiere de su parte una política que no haga una amalgama y sin otra forma de proceso del conjunto de los militares ni del conjunto de los agentes de otros aparatos del Estado, como el enemigo en bloque. En lo que se refiere a los ejércitos griego y español, a pesar de haber participado en guerras civiles sangrientas contra las masas populares, la consigna que progresivamente ha prevalecido en las organizaciones de izquierda —reconciliación nacional sobre la base de la independencia nacional— ha contribuido enormemente a acentuar las brechas en su seno. Pero, en razón a la vez de la organización propia del ejército y de sus lazos de representación político-ideológicos con las diversas clases, las brechas en su seno se producen de una forma muy compleja. Hay que tener cuidado de las imágenes simplistas: cúpulas que constituyen un bloque en favor de tal o cual fracción del bloque en el poder; niveles intermedios y subalternos que hacen un bloque en favor de la pequeña burguesía. En realidad, las contradicciones atraviesan verticalmente el ejército de lado a lado; las bases de apoyo de las masas populares que pueden encontrarse tanto en los círculos dirigentes como en los niveles subalternos y sus enemigos principales tanto en los sectores dirigentes como en los niveles subalternos. Aunque en esos niveles subalternos se encuentren más frecuentemente los núcleos sólidos de sus bases de apoyo, no hay que olvidar que es allí también donde pueden aparecer las puntas de lanza de los pretorianos del régimen como sucedió en Grecia con los batallones de la policía militar de Ioannides. Formados por reservistas de un origen de clase muy popular. Eso se debe al mismo tiempo al carácter disciplinario propio del aparato militar y a la atracción de las posiciones pequeño burguesas en el seno de sus niveles. Teniendo en cuenta la naturaleza de clase de la pequeña burguesía —sus fracciones entroy e sus oscilaciones— mientras que uno de sus sectores se radicaliza hacia la izquierda el otro puede radicalizarse y oscilar a la derecha. Esa oscilación en el seno de sus niveles —una de cuyas partes puede servir de base de choque a los

ciadora que señalamos. Incluso deja planteado el tema de las profundas contradicciones de origen estructural que existen en el seno de todo instituto armado y que una política diferenciadora adecuada a la realidad deberá tener en cuenta no precisamente para resolverlas sino para ahondarlas. Buscando una crisis favorable al proyecto histórico del proletariado y sus aliados.

Es que en el fondo la forma de dictadura militar asumida por la dominación burguesa constituye el régimen de excepción que más rápida y profundamente acelera las contradicciones debilitantes. En efecto, las dictaduras militares carecen de la cohesión propia de los aparatos democráticos parlamentarios, cuya existencia permite una circulación orgánica de la hegemonía de clase en su seno, pero, además, —lo que es más grave para ellas— carecen del partido fascista que obra como aparato unificador del dispositivo institucional.

En el fascismo las contradicciones se expresan en el partido y en la burocracia, sectores cuya flexibilidad permite resolverlas más fácilmente. En el militarismo las contradicciones se expresan y concentran en las fuerzas armadas. La rigidez política marcada por la propia verticalidad de la organización militar dificulta el proceso de las luchas hegemónicas, obrando como una caldera a presión sin válvula de seguridad, contribuyendo a hacer más peligrosas las contradicciones internas en estas dictaduras que en el fascismo tradicional.

La tendencia del ejército a desempeñar el papel de partido político de la burguesía permite que las contradicciones propias del bloque en el poder repercutan directamente en el seno del ejército, cristalizándose en tal o cual tendencia o facción, en innumerables clanes castrenses que se eliminan mutuamente so pretexto del mantenimiento de la unidad de las fuerzas armadas. Éstas intentan representar políticamente a la burguesía, pero al eliminar el pluralismo político democrático burgués parlamentario, que permitía la posibilidad de negociar una solución a las contradicciones, las mismas alcanzan niveles insospechados, agigantadas por la estructura particularmente jerarquizada, centralizada y unitaria propia del instituto armado. De esta manera, las contradicciones de clase se articulan en el seno del ejército en los diversos clanes y facciones, con las fricciones y luchas secundarias que provocan sus intereses corporativos.

Nuestras fuerzas armadas no han estado ajenas a las contradicciones enunciadas. El entrecruzamiento de éstas impregna toda la espesa malla represiva militar constituida por el ESMACO, la OCOA, el SID, el COSENA, las FFCC y otras innumerables siglas a las que son tan afectos nuestros uniformados.

Las contradicciones, incluso, llegan al extremo de exigirle mutuas cuentas éticas, al punto de romperse la duradera complicidad delictiva intermilitar que constituyó el eje táctico de su ascenso al poder. Rota esa complicidad el general Amaury Plantl —denunciado por Philippe Agee como agente de la Central Intelligence Agency, coordinador del Escuadrón de la Muerte y del accionar de Dan Mitrione— apoyado por sus torturadores a sueldo de la OCOA, afecta la presunta idoneidad moral del entonces comandante en jefe, teniente general Gregorio Álvarez, denunciando los "negociados" de éste y sus aliados fraccionales, en una relampagueante acción bautizada como "operación Talero".

El pueblo no se inmutó con los cargos, acostumbrado a presenciar a militares que mientras matan a palos al viejo Uruguay, bien que sin disimulo alguno aumentan sus cuentas bancarias auto-decretándose mejores salarios y prebendas, al tiempo que utilizan los allanamientos para saquear las viviendas y el mobiliario de los prisioneros.

La contradicción esta vez terminó con la destitución y el arresto de la fracción de la OCOA, sin quedar superado por ello el antagonismo crítico, que aún continúa sin ser resuelto.

Pero los militares uruguayos no las tienen todas consigo. Y es que las contradicciones que los penetran no pueden ser controladas por decreto; éstas no se manifiestan solamente en el seno del aparato armado sino también en las relaciones de ese aparato con los demás.

Cuando analizábamos el fascismo tradicional decíamos que en esos regímenes también existía una contradicción no sólo en el seno del aparato partidario sino también en las relaciones de todos los aparatos entre sí. Pero la diferencia con el militarismo radica en que la ideología fascista instaura un aparato —el partido— que de algún modo se impone sobre los otros y mantiene su cohesión. Las dictaduras militares no disponen de ese aparato unificador del dispositivo institucional que constituye el partido fascista. Y ello

Este texto del cientista social, rico en matices, flexible en su orientación, prevé muchas de las posibilidades de la política diferen-

origina la contradicción permanente entre el ejército y los restantes aparatos estatales. Entre el ejército y la administración, entre el ejército y la justicia, entre el ejército y la universidad, entre el ejército y la prensa, entre el ejército y la iglesia. Y de todos los aparatos entre sí, sumándose a las contradicciones internas de cada aparato. Estas contradicciones toman más vulnerables a las dictaduras militares que a los regímenes fascistas y esto en razón de las oportunidades que surgen para las masas de explotar tales contradicciones, las que no pueden ser resueltas debido a la ausencia del partido fascista de masas o del democratismo parlamentario, ventilador y negociador en el pasado de tamaños antagonismos.

El aprovechamiento de estas contradicciones, que existen en nuestra dictadura, debe inscribirse en una hábil política diferenciadora frente a las fuerzas armadas, distinguiendo entre los altos mandos, los mandos intermedios y los soldados que fueron obligados a obedecer, analizando en cada caso sus posibilidades concretas de desobediencia o desertión.

Sin asimilar la situación heroica del capitán Edison Arrearte, quien al oponerse a la tortura, fue a su vez procesado y torturado por desatato, con la situación de oficiales y tropas, que aun repugnadas por los métodos infamantes ordenados por los altos mandos, los aplicaron pretextando la obligación de obediencia, la verticalidad de los mandos, y el riesgo de perder su trabajo y hasta su integridad física. No hay pretexto humano que justifique torturar a un semejante. La cobardía en esa instancia se transforma en delito. Incluso la doctrina jurídica internacional, elaborada por las burguesías, ha dejado de lado la excepción de obediencia aplicando el principio de responsabilidad jerárquica. La política diferenciadora que pregonamos no nos hará caer en la trampa del olvido y el perdón.

Los criminales de guerra, sea cual fuere su grado, e independientemente de si usan o no uniforme, deberán rendir cuentas en el Nuremberg uruguayo — que el pueblo levantará en homenaje a sus mártires y prisioneros — ante razones de principios que el socialismo jamás negociará. Pero sabiendo que son muchos los héroes anónimos que no mancharon su uniforme con sangre del pueblo, y que no son pocos los que trataron de evitar, en la medida de sus limitadas posibilidades, que la demencia alcanzara todos los cuerpos del instituto castrense. Son los seguidores conscientes o no, de los generales Seregni, Licandro y Baliñas, y de los coroneles Zufriateguy, Montañez, Aguerre, Petrides y docenas de oficiales procesados por negarse al perjurio. Serán los fiscales de sus pares degradados.

Para los verdugos no puede haber olvido ni perdón. Para los militares que se negaron a desvenavinar su espada contra el pueblo, todo el honor y la gloria de un pueblo que los recibirá en su seno. Y no lo dudemos, también el pueblo uruguayo encontrará fusiles fraternos donde poder colocar los claveles símbolos de la unidad revolucionaria entre las masas y las tropas liberadas.

Esta posibilidad también la estudia el enemigo imperial. Dice el informe Rockefeller al respecto:

Los militares han sido tradicionalmente una fuerza conservadora que se ha resistido al cambio. En años recientes, sin embargo, los más capaces de estos jóvenes oficiales han viajado al extranjero para estudiar y están ahora asumiendo las más altas posiciones directivas en casi todos los grupos militares del hemisferio. Se debe mencionar especialmente el atractivo que, al nivel teórico, tiene para los nuevos militares el marxismo: justifica a través de sus teorías, una élite de vanguardia, al gobernar mediante un grupo relativamente pequeño o una institución única, tal como el ejército y, al mismo tiempo ofrece una realización para los sacrificios a que el Estado pueda obligar para adelantar el desarrollo económico. Otra influencia importante que contrasta este simplista enfoque del marxismo es el conocimiento de los logros fundamentales de la forma de vida de los EE. UU., que muchos de los militares de otros países americanos han obtenido a través de los programas militares de adiestramiento que EE. UU. lleva a cabo en Panamá y Estados Unidos.

No caeremos en el antimilitarismo vulgar: "haga patria mate a un milico; todos los militares están comprometidos con la dictadura". Pero tampoco caeremos en el error de creer que la terrible pesadilla desatada contra nuestro pueblo fue obra de catorce generales paranoicos. El instituto armado como tal y mayoritariamente ha sido comprometido en el genocidio. Cualquier proyecto antidictatorial, por más amplio que fuere, debe tomar en cuenta tal situación, planteando una profunda depuración en las fuerzas armadas, modificando sus actuales estatutos, implementando nuevos sistemas de reclutamiento y abandonando definitivamente la criminal doctrina de seguridad nacional y de contrainsurgencia que degeneró sus cuadros. Todo ello sin renunciar al objetivo

final: desmontar la maquinaria burocrática militar que cierra el paso al nacimiento de la sociedad libertaria.

Tampoco debemos confundir toda política diferenciadora con la ilusión de creer que en los altos mandos también existe el bando de los buenos y el bando de los malos. En los altos mandos no hay mejores ni peores. Y en el mejor de los casos el pueblo les deberá invertir el tradicional principio de la carga de la prueba: quien sea inocente que lo pruebe. Sin olvidarnos del grueso expediente de delitos comunes que han ido forjando mediante el tráfico de influencias, el hurto de materiales de construcción, la corrupción generalizada, el derecho de botín al entrar a saco en las viviendas de sus prisioneros, por mencionar sólo las "pequeñeces" delictivas de la banda uniformada. En su haber debemos registrar los grandes "golpes" del hermano del general Gregorio Álvarez, con la represa del Palmar, las maniobras del general Vadora en Nueva Palmira apropiándose de un gran latifundio, el robo liso y llano de 400 millones de pesos destinados al Mausoleo de Artigas por parte del general Rapela, los mil millones de pesos apropiados por el coronel Genta, previo contrato fraudulento de compraventa de inmuebles del Sindicato Médico, y, en fin, una larga lista de ilícitos económicos protagonizados por estos pundonorosos salvadores de la orientalidad, que han dejado a la altura de un pigmeo a los viejos politiqueros cuya deshonestidad pretendieron erradicar.

Otra confusión muy en boga en torno a este tema tiene que ver con el origen de clase mayoritariamente pequeñoburgués, fácilmente detectable, en las fuerzas armadas. Gran parte de nuestra izquierda cifra en este origen la posibilidad cierta de una política que gane a la mayoría de los militares para el proyecto popular. Otra gran parte se niega a privilegiar el origen de clase de los militares, destacando el papel guardián de la burguesía que rige la formación ideológica de la totalidad de sus elementos. Otra vez la bipolaridad tajante impidiéndonos la síntesis clarificadora. Ambas afirmaciones son ciertas. ¿Quién puede negar el papel regresivo asignado a nuestros ejércitos, garantes incondicionales del sistema de dominación burgués? ¿Quién puede negar, también, la eficacia del adoctrinamiento ideológico, el espeso tejido dogmático labrado por las clases dominantes para aprisionar sus conciencias? La obediencia, la disciplina, el espíritu de cuerpo, la verticalidad de los mandos, el respeto a la jerarquía han sido trabajados ideológicamente para impedir todo juicio reflexivo, desarrollándose una pedagogía eficiente para mutilar intelectualmente al subordinado, generando un formidable poder en la cúspide de la pirámide institucional.

Como bien predice Altamirano, una correcta política hacia las fuerzas armadas debe quebrar los peligrosos dispositivos de inhibición intelectual y ética que aplastan los niveles inferiores de la estructura militar.

Pero si bien son ciertas todas estas afirmaciones limitantes del ilusionismo genético, que ignora que en las fuerzas armadas más que el origen de clase ha predominado la posición de clase, también es cierta la existencia de elementos objetivos que bien trabajados por el campo popular destrabarán la espesa maraña ideológica que aprisiona a buena parte de nuestros hombres de armas.

Los privilegios y la corrupción de los altos mandos, la faena desnacionalizadora del Estado Mayor, el grave daño ocasionado al país por el aislamiento internacional y la magnitud de la repulsa universal, la paradójica sensación de inferioridad social al vestir un uniforme tan denigrado por la consideración popular en estos años de vesanía, el ejemplo heroico de nuestros militares populares prisioneros golpeando con su dignidad el rostro perjurio de sus camaradas carceleros, son todos elementos que obran positivamente en la conciencia de algunas capas militares, perplejas y aprisionadas en la lógica de la dictadura. Sobre estos elementos debemos trabajar, buscando alterar los mecanismos psicológicos que ubican a muchos soldados y oficiales rescatables, en la defensa del sistema opresor.

El Grupo Revolucionario Octubre, de Bolivia, en un documento político interno, plantea acertadamente el problema. Dice el GRO:

El ejército como institución es parte viviente y dinámica de la sociedad en que actúa. Como tal expresa en su seno las contradicciones propias de esa sociedad. No comprender esto significaría adherirse al concepto liberal, según el cual los militares estarían al margen de la lucha de clases. Sin embargo, ese mismo ejército como institución es parte de la superestructura de la sociedad y está destinado en última instancia a defender siempre el orden vigente. Es la presión de las masas, acuciadas por la crisis del sistema capitalista, la que empuja a ciertos sectores de la oficialidad al campo nacional cuando la clase media, ahogada y frustrada en sus posibilidades de

crecimiento, se enfrenta al opresor metropolitano. Como la oficialidad, en su casi totalidad, es parte de esa clase media, también expresa en su acción los intereses de esa clase.

La izquierda no ha formulado todavía profundamente, las bases de una política frente a las fuerzas armadas. Sin embargo, dos experiencias concretas y recientes sirven para ilustrar aciertos a profundizar y errores a evitar.

Nos referimos a la política seguida frente a los militares durante la segunda mitad de 1972 por los tupamaros prisioneros en los cuarteles, y el aliento entusiasta del Partido Comunista a los comunicados número 4 del 9 de febrero de 1973 y número 7, fechado al día siguiente, 10 de febrero. La política de los tupamaros se apoyó en una paradójica interacción dialéctica entre detenido y carcelero que permitió implementar en la oficialidad media un diálogo destinado a abrirles los ojos de la realidad nacional, desnudando los complejos mecanismos del sistema de dominación imperante. No fueron pocos los militares que esperando encontrar terribles guerrilleros antinacionales descubrieron en los interrogatorios a hombres y mujeres idealistas, más nacionalistas que ellos, que les hablaban de una corrupción inimaginable aportando cifras, expedientes, archivos, que el MLN había confiscado en algunos de sus más memorables y positivos golpes de mano.

Por algo el gran capital, luego de usar a su brazo armado, tiende a retornarlo a los cuarteles, dado el peligro que encierra el manejo cotidiano de los problemas económicos y sociales del país por parte de las fuerzas armadas.

Ese peligro fue real en el caso que nos ocupa. Teniendo como centro logístico el Batallón Florida, pelotones enteros de oficiales y tropas, orientados por prisioneros tupamaros, adecuadamente documentados, emprendieron durante algunos meses del 72 la caza de oligarcas civiles comprometidos con ilícitos económicos de todo tipo. Fyó la primera experiencia aproximadora de la izquierda hacia el enemigo armado, y se obtuvieron por esta vía algunos resultados favorables. Sin embargo, no existió coordinación con otras fuerzas populares; éstas detectaron, por diferentes caminos, el manejo que ciertos oficiales en apariencia "progresistas" hacían de prisioneros que estaban sin posibilidad alguna de descubrir un juego sumamente peligroso, por no contar con la información y la consulta requerida.

Fuimos testigos de la emboscada tendida a los tupamaros por ciertos oficiales oportunistas, dirigidos por el sector golpista de los altos mandos, que con la complicidad, voluntaria o no, de Amodio Pérez, jugaron a dos puntas. Los tupamaros no cayeron en ella pero cuando semanas después los resultados de nuestra investigación sobre los militares golpistas fueron hechos llegar a los dirigentes del MLN, éstos reconocieron que muchos de los oficiales implicados disimularon el rostro de lo que realmente representaban. La síntesis de la experiencia ha dejado resultados de ambos signos. Al parecer, predominaron los positivos en la medida que los altos mandos, temiendo que el hilo que llevaba al descubrimiento de ilícitos económicos también condujera a sus múltiples negociados, decidieron terminar la experiencia apresurándose a dispersar por guarniciones del interior o, simplemente, destituyendo a los oficiales más jóvenes, a los más decididamente "curiosos" y a los que descubrieron la trampa del sistema ideológico de dominación.

Aún no se ha analizado profundamente esta contradicción experiencia tupamara con los militares del 72. Es un capítulo de la izquierda que debe ser escrito para claridad del conjunto. Las notas que en esos meses tumultuosos recogimos en nuestras peripecias por los cuarteles, avaladas por importantes dirigentes populares, y epilogadas abruptamente cuando un comando del coronel Tróval forzó la puerta de nuestra casa y nos condujo a quién sabe qué secreto lugar de reclusión, capucha mediante, todavía no se encuentran a disposición pública. Lo estarán una vez que sus protagonistas principales a quienes no pretendemos sustituir en la tarea, hayan realizado, con sus principales dirigentes liberados, el necesario análisis de este período fermental.

En cuanto a la segunda experiencia, protagonizada por los comunistas uruguayos en apoyo del denominado "espíritu de febrero", percibimos también aspectos positivos y negativos. No coincidimos con la crítica "izquierdista" que basada en los hechos posteriores, probatorios de la falsedad de intenciones en los redactores cuatrosietistas, acusa al Partido Comunista de fomentar vanas ilusiones. La expectativa creada por ambos comunicados abría una brecha que fue aprovechada por los comunistas en el plano táctico, separando en las fuerzas armadas la paja del trigo, sin que exista ningún elemento que permita afirmar el olvido del ob-

jetivo estratégico central, tendiente a neutralizarlas cuando la correlación de fuerzas así lo permitiera. La historia es conocida. Los altos mandos simulaban aceptar el "espíritu de febrero", presionados por las asambleas de oficiales activos en los clubes Militar y Naval en mayo y agosto de 1972, y por los compromisos del planteo de ocho puntos formulado al presidente Bordaberry en octubre de ese mismo año exigiendo independencia para investigar la corrupción y formulando, a la vez, una dura crítica a la burguesía terrateniente.

El "espíritu de febrero" fue, en parte, resultado de la acción tupamara en los cuarteles. Las bases militares estaban en ebullición y la derecha militar no quiso contradecirlas para no romper la unidad que necesitaban a fin de poner en marcha el proyecto golpista. Pero la simulación duró poco. Los 4 y 7 sólo sirvieron para ejercer bajo su capa protectora los más abominables crímenes que recuerde nuestro pueblo; el desenlace, por otra parte, era esperado por todos los analistas políticos.

El pronóstico era sencillo. Qué fácil le hubiera sido a Arismendi y a sus camaradas prescindir del tema o, marchando a contrapelo de las esperanzas colectivas y actuando de aprendices de Petrogrullo, anunciar *urbi et orbe* que las fuerzas armadas jamás pondrían en práctica lo que prometieron un 9 de febrero.

Para nosotros, la política correcta —y quizá ésa fue la intención del Partido Comunista— cuando la izquierda enfrenta una ilusión de improbable cumplimiento pero ansiada por el conjunto, es dejar que los hechos mismos y no las profecías de mal augurio sean los que maten el feto que jamás dará a luz.

¿Qué militante antidictatorial no deseaba que, efectivamente, las fuerzas armadas o un sector de ellas, dejaran de ser "el brazo armado de la oligarquía" como prometían los falsos comunicados cuatrosietistas? ¿Y cuántos de esos militantes podían ser sinceramente optimistas en la coyuntura en que se gesta el "espíritu de febrero"?

Nuestros comunistas no pecan precisamente de tontos para pretender que creamos en su ingenuidad supina. Ellos, conjuntamente con la izquierda toda, con los tupamaros en su pionera experiencia cuartelera, bien sabían que las posibilidades de aplicación cuatrosietista eran mínimas. Pero apostaron al objetivo de inclinar la balanza hacia el lado correcto. No dependía totalmente ni de ellos, ni del conjunto de la izquierda.

Siempre quedará la duda sobre las posibilidades reales que tenía el pueblo organizado para modificar el desenlace, fortaleciendo a los militares patriotas. Tres tesis combatieron ideológicamente en el seno de la izquierda en aquellas semanas claves donde se decidió la hegemonía regresiva en el instituto armado. El local sindical de los municipales —ADEOM— fue el epicentro de la polémica. El apoyo meramente propagandístico al cuatrosietismo, la guerra antidiferenciadora al "milicaje", y, finalmente, la propuesta nunca aplicada de lanzar las masas a la calle, aislando a los sectores motineros de la derecha. El Partido Comunista argumentó contra esta última posibilidad, señalando los peligros que tales consignas entrañaban. Temían una mayor derechización de las fuerzas armadas, y prefirieron una política de apoyo propagandístico a los sectores progresistas, sin inmiscuirse "físicamente" en la pugna interna.

Y, finalmente, la balanza basculó hacia donde todos preveíamos y no deseábamos. Y si bien es cierto que los redactores del "evangelio febrerista" se inspiraron en los manuales yanquis de contrainsurgencia que repiten una y otra vez que para dominar no basta sólo con reprimir sino que también hace falta un mínimo de consenso y demagogia levantando consignas que jamás se cumplirán, también es cierto que los polémicos comunicados respondieron no a corrientes ficticias sino a corrientes reales, vigentes en el seno del instituto castrense, posteriormente neutralizadas y desarticuladas. Ante esta realidad la izquierda debió tomar posición. El error del Partido Comunista no fue precisamente dejar de lado la tentación prescindente, jugando con pronósticos ganadores, sin riesgo político alguno. Su error, quizá, fue no advertir el efecto desmovilizador que tales ilusiones podrían generar en las masas en circunstancias de repliegue generalizado. La carencia de un alerta general ante el peligro desmovilizador es para nosotros la única objeción seria que nos merece la táctica comunista en la emergencia. Los hechos también probaron, durante todo el período que duró la perplejidad de la izquierda ante la esperanza "febrerista", la desmovilización temida.

Culminamos este puñado de reflexiones sobre la necesidad de construir una adecuada política frente a los militares, sin renunciar jamás al mandato justiciero de nuestros mejores hombres, diez-

mados en una guerra sucia, por los agentes necrofílicos de la dictadura. Ni olvido, ni perdón, ni arbitrariedad alguna, que la razón nos sobra, y la cólera tantos años contenida no nos desviará del objetivo histórico, ni nos hará confundir amigos y verdugos. Aprendamos de la revolución generosa y no por ello menos justiciera, nacida en las tierras de Sandino.

Al culminar estas afirmaciones intuimos desde ya la crítica de rigor, adjudicándonos el delito de aterrorizar a los militares indecisos, mostrar las cartas, encerrarlos aún más en su lógica apocalíptica: "resistir hasta el final porque de todos modos no nos perdonarán". Quienes así piensan, aplicando el proverbio tradicional —"quien conoce el juego no lo enseña"— tratando de imitar al Ayatollah Komeini quien jamás habló desde su casita francesa del castigo ejemplar, y llegado al poder pasó a cuchillo a la raza de víboras parida por el Rey de Reyes, olvidan las enseñanzas políticas preclaras de ese gran jacobino llamado Nicolás Maquiavelo quien en su manual de acción política dejó para las masas una

concepción científica del arte político sin las ataduras de viejos aforismos. Sin temor a revelar el juego. No por silenciar el secreto a voces de la justicia exigida por todos los sectores de nuestro pueblo y obviamente internalizada en los mandos asesinos, impediremos la feroz resistencia de éstos. Más bien desanimaremos la lucha popular. Los militares no comprometidos con los degolladores nada tendrán que temer de un pueblo generoso, deseoso de confundirse en un abrazo histórico con los soldados honestos y patriotas. Quienes sí deben temer con pavor inigualable la cólera del pueblo exterminado son los monstruos inmisericordes que arrasaron el solar uruguayo, quienes bien saben que ya no cuentan con posibilidad alguna de retorno.

Sólo les queda seguir el trágico destino del cabo austríaco y ser enterrados en el jardín de la cancillería en ruinas.

Cap. III, Camisas Negras o centuriones, págs.137/154,
del libro "DESPUES DE LA DERROTA", de Federico Fasano M.-



El Partido Militar

por LUIS VITALE



del libro "La integración social latinoamericana".

Es sabido que uno de los rasgos fundamentales de la América Latina de las últimas décadas es la instauración de regímenes militares de «nuevo tipo». Decimos de «nuevo tipo» porque dichos regímenes se distinguen en importantes aspectos de los gobiernos militares del siglo pasado y de las primeras décadas del presente.

Antes, los caudillos militares eran menos intermediarios de los intereses de la oligarquía terrateniente, salvo algunas excepciones en que reflejaron también las aspiraciones de la burguesía minera y comercial. Ahora, ante la crisis de dirección política de los partidos burgueses tradicionales, los militares juegan un papel aparentemente autónomo, representando los intereses generales del sistema capitalista y de su sector de clase dominante más dinámico y «modernizante». Antes, los gobiernos militares eran ejercidos por un caudillo que se decidía a tomar el poder, alentado por los círculos oligárquicos. Ahora, las Fuerzas Armadas actúan como cuerpo y deciden su intervención política como Institución, promovidos por los intereses coyunturales del capital monopólico y fracciones de la clase dominante.

De este modo, las Fuerzas Armadas se han convertido en el nuevo «partido político» de la burguesía dependiente. Ha surgido así un nuevo factor subjetivo en la política latinoamericana: «el partido militar». Si bien es cierto que no tiene la estructura de un partido político tradicional, la alta oficialidad actúa de hecho como un partido político; se da una estructura orgánica especial, discute los planes de gobierno, la política económica, la forma de enfrentar los conflictos sociales, la política internacional y todo aquello relacionado con el quehacer político de una nación. Aunque no se quiera formalmente definir a las Fuerzas Armadas actuales como un partido político, nadie puede dejar de considerarlas como un factor subjetivo siempre presente en la política latinoamericana.

En el informe que entregó Rockefeller, después de su gira por nuestro continente en 1969, señalaba claramente que la única alternativa, ante la convulsionada América Latina, era la instauración de gobiernos militares. La política del

Departamento de Estado, especialmente bajo las administraciones Johnson, Nixon y Ford, ha sido apoyar a los gobiernos militares, tanto a las dictaduras «gorilas» como a las disfrazadas de «desarrollistas». La política del imperialismo yanqui respecto de los militares latinoamericanos ya no es solamente darles entrenamiento antisubversivo contra las guerrillas y los movimientos sociales, sino también ejercer un control ideológico y político de los altos mandos de las ramas de las Fuerzas Armadas. El imperialismo va logrando este objetivo en la medida que proporciona una base material y económica a los militares de alta jerarquía, facilitándoles las condiciones para que se transformen en gerentes de industrias y otras empresas, sin perder por eso su status profesionalizante. Los militares latinoamericanos, como han dicho numerosos tratadistas, han adquirido raíces económicas propias, al convertirse en ejecutivos no sólo de empresas del Estado sino también del área privada. Este sector militar constituye una capa social nueva, directamente ligada a los intereses del capital monopólico mundial y a sus socios «nacionales». Es decir, los altos jefes militares, en ejercicio o en retiro, han formado una capa profesional relacionada íntimamente con el desarrollo de la actual estructura capitalista y actúan, por lo tanto, en defensa de los intereses del sector dinámico de la clase dominante, de la cual han pasado a ser integrantes activos. En síntesis, esta burocracia militar, a diferencia de los militares del pasado, está directamente ligada al proceso productivo.

El nuevo plan yanqui sobre el papel de las Fuerzas Armadas tiene como objetivo asegurar el éxito de la represión contra cualquier intento insurreccional obrero y campesino y convertir a los militares en la mejor garantía para el cumplimiento de la política económica denominada «desarrollismo». Los militares aparecerían, de este modo, no como meros «gorilas» reaccionarios y defensores del viejo pasado oligárquico terrateniente, sino como propulsores del «nuevo progreso industrial» y de los «avanzados planes de modernización» de nuestra sociedad.

No por azar, el Departamento de Estado Norteamericano

tiene un equipo especializado estudiando desde hace más de una década las especificidades de cada uno de los ejércitos latinoamericanos, sobre los cuales han editado varios libros. La revista cubana *Pensamiento Crítico* ha publicado algunos de estos trabajos norteamericanos sobre los militares, llamando la atención que, mientras los investigadores burgueses se preocupan de un tema tan decisivo, los marxistas siguen descuidando el estudio del papel que actualmente cumplen las Fuerzas Armadas.

Como se ha afirmado en varios estudios sobre esta materia, el papel de los militares latinoamericanos ha experimentado importantes transformaciones en las últimas dos décadas. Ya no se preparan solamente para la antilibertad sino que, bajo el pretexto de enfrentar el problema social, se han lanzado a ejercer el poder político para realizar una política económica relacionada con el «progreso industrial», parte indisociable del programa «desarrollista». El profesor de Geopolítica de la Universidad «El Salvador», de Argentina, Teniente Coronel Venancio Carullo, sostiene: «Dado que la esencia del quehacer del militar, de lo militar, hace la seguridad, y ésta no sólo implica contener o rechazar presiones, amenazas o agresiones de hecho, sino hacer posible el logro de los objetivos de la política nacional, si éstos se vinculan al progreso, a la evolución y al cambio —que es el desarrollo— hemos penetrado en el sector en que la esencia de lo militar, el papel de los militares, trasciende de la seguridad al desarrollo [...] De ahí que en los países en desarrollo los pensadores militares, que son sus estrategas, y detrás de éstos sus ejércitos influidos, bregan también por salir del subdesarrollo [...] Las Fuerzas Armadas, instrumentos de la gran política, se consustancian con la comunidad y, bajo la exigencia de los cambios económicos-sociales, se deben aprestar para modernizarse al filo del nuevo siglo que llega».*

Las tesis de John J. Johnson (*Militares y Sociedad en América Latina*, Hachette, Buenos Aires, 1966), de José Nun (*La crisis hegemónica y el golpe militar de la clase media*) y de Alain Joxe (*Las Fuerzas Armadas en el sistema político de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1970), son equivocadas en lo esencial, aunque tienen aspectos parciales correctos, porque parten de un supuesto falso: que los militares en América Latina reflejan la irrupción de la clase media en la política y su participación en el poder. Por ahora, no vamos a insistir en el hecho de que los estratos medios y la pequeña burguesía no tienen una alternativa histórica propia, sino que es una «clase» péndulo entre el proletariado y la burguesía, aunque tenga innegables intereses específicos inmediatos. Solamente indicaremos, en relación al tema, que el nuevo papel de los militares en América Latina no es en representación de las capas medias, sino como agentes de la burguesía dependiente y, fundamentalmente, de los nuevos planes del imperialismo yanqui, expresados en la política «desarrollista», tema al cual le dedicamos un capítulo en el libro *Y después del 4, ¿qué? ***

Con esta apreciación no pretendemos negar las posibilidades de que en el interior de las Fuerzas Armadas surjan corrientes antilibertadistas, nacionalistas y populares.

Una de las tareas primordiales de investigación es hacer una interpretación histórica del proceso de gestación y desarrollo de las Fuerzas Armadas en cada uno de los países latinoamericanos. Este estudio permitiría analizar no sólo los regímenes militares de carácter dictatorial, sino también las experiencias de gobiernos militares reformistas, como el golpe militar del coronel Grove en Chile en 1932 que dio lugar a la llamada «República Socialista», precedida de un gran levantamiento de los marineros en 1931; se conocería más a fondo el movimiento de los «tenientes» en Brasil y el levantamiento de Prestes; la experiencia de los militares bajo el gobierno del coronel Arbenz en Guatemala; la rebelión del coronel Caamaño en la República Dominicana en 1965 y el gobierno del general Torres en Bolivia en 1971. Hay que estudiar las experiencias de estos regímenes para alentar ilusiones en tal o cual fracción «progresista» de las Fuerzas Armadas, sino para hacer un análisis del ascenso y caída de estos regímenes, y extraer las lecciones correspondientes que permitan a la vanguardia revolucionaria enfrentar con una estrategia y táctica adecuadas este tipo de procesos.

La izquierda latinoamericana, salvo algunas excepciones, ha caracterizado de fascistas a las dictaduras militares, confundiendo la «aparición» de estos regímenes con algunas de las facetas que tuvo el fascismo. Las dictaduras militares son totalitarias, pero no siempre el totalitarismo es fascismo,

aunque siempre el fascismo es totalitarismo.

El fascismo, expresado claramente en Alemania e Italia, es la dictadura del gran capital financiero a través de un gobierno totalitario —erigido sobre la derrota del proletariado— que tiene como elemento social específico el apoyo de la pequeña burguesía fanatizada y orgánicamente militando en el partido fascista. Es decir, en el fascismo existe un factor social clave: el apoyo y la movilización masiva de las capas pequeñoburguesas. Este fenómeno social relevante no se encuentra en las dictaduras militares de América Latina.

Esta precisión no tiene un carácter meramente académico sino que es decisiva para la praxis de la vanguardia revolucionaria, porque si se parte de la definición de que las dictaduras latinoamericanas son fascistas se les está atribuyendo una base social de apoyo masivo de la pequeña burguesía. En cambio, si se caracteriza que dichas dictaduras militares no son fascistas, la vanguardia revolucionaria sabe que tiene que diseñar una política para las capas medias que no apoyan a la dictadura, existiendo mayores posibilidades para ganarlas a una lucha por las libertades democráticas, por las reivindicaciones inmediatas más sentidas por los trabajadores y otras demandas en que las capas medias pueden realizar acciones comunes con el proletariado y el campesinado.

Las dictaduras militares latinoamericanas de la última década han surgido para aplastar el ascenso revolucionario de las masas o para derribar los gobiernos llamados «populistas» y reformistas, cuya política redistributiva no convenía a los intereses de la burguesía y el imperialismo.

Las Fuerzas Armadas han intervenido como Institución para superar la crisis de conducción política de los partidos tradicionales de la burguesía. Los equipos de gobierno se nombran en función de la jerarquía militar, aunque a veces se designan civiles en los ministerios, especialmente de Economía y Hacienda. Estos ministros civiles, apoyados en la tecnoburocracia, sirven de conexión directa entre el gobierno militar y los planes económicos inmediatos de la burguesía criolla y el capital monopolístico internacional.

La clase burguesa delega el poder político en las Fuerzas Armadas a causa de la incapacidad para superar la crisis de los partidos que tradicionalmente la representaron. Bajo las dictaduras militares, en las que generalmente desaparece el parlamento burgués, la clase dominante manifiesta sus aspiraciones coyunturales a través de sus Instituciones corporativas de clase, como las Sociedades de la Industria, Agricultura, Cámara de Comercio, etc.

La política económica de estos regímenes militares se diseña en función de los intereses de los sectores más dinámicos de la burguesía criolla, asociada al capital monopolístico internacional. El objetivo es lograr una rápida acumulación de capital que permita un cierto despegue económico. Se tiende a contrarrestar de manera drástica los factores que agudizan la tendencia descendente de la tasa de ganancia. Ese es el motivo de fondo que explica la feroz política represiva de las dictaduras militares. La liquidación de los sindicatos más combativos, o su aplastamiento por la vía del amedrentamiento, significa el intento forzado de terminar de manera abrupta con la presión obrera por los aumentos de salarios, uno de los factores clave que acelera la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

En el plano de la superestructura política, las dictaduras militares tratan de crear una nueva institucionalidad o, mejor dicho, de cambiar ciertas formas de la institucionalidad burguesa tradicional por otras que garanticen el control de toda la Política Interior por las Fuerzas Armadas, en el eventual caso de un recambio civil de gobierno. Antes, en los gobiernos civiles, el partido de gobierno se reservaba el control de la policía, de los servicios de Investigación y de Prisiones, porque mediante ellos podía regular la política interior, de acuerdo a la táctica resuelta por el partido para enfrentar los conflictos sociales. Ahora, en casi todos los países, los militares han incorporado la Policía e Investigaciones a las Fuerzas Armadas y al Ministerio de Defensa.

Se ha podido apreciar que la militarización progresiva de las naciones latinoamericanas, estén o no los militares en el poder, es uno de los hechos más resaltantes. Las Fuerzas Armadas han pasado a controlar ciertas áreas de la economía, especialmente las empresas llamadas «estratégicas», que

* E. Shils, E. Lieuwen y otros: *Los militares y los países en desarrollo*, p. 7, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1967.

** Ed. PLA, Santiago, 1970.

son cada día más numerosas. Han promovido la creación de organismos de acción cívico-militar, que actúan como bandas armadas o cumplen el papel de soplones. Los militares se han hecho cargo también de la construcción de carreteras, escuelas y centros de salud, obras que realizan especialmente en los lugares escogidos para las eventuales acciones de contra-insurgencia. Esta militarización progresiva se observa también en el desplazamiento de ciertos juicios de la Justicia Ordinaria a la Justicia Militar. De este modo, la burguesía ha logrado una «justicia» más expeditiva. En algunos países, delitos que antes eran juzgados por la Justicia Ordinaria, como el abigeato en Colombia, han pasado, por pedido de los ganaderos, a ser de competencia de la Justicia Militar. En otros países, la represión a los sindicatos y a las movilizaciones de masas, que antes era realizada por los servicios dependientes del Ministerio de Interior, ha pasado a ser sistemáticamente controlada por las Fuerzas Armadas. Más todavía, se ha llegado a condenar a dirigentes sindicales por la vía de los Tribunales de Justicia Militar. Esta militarización progresiva de cada país latinoamericano va creando un monstruoso aparato de represión y control que, estén o no los militares en el gobierno, les permite a las Fuerzas Armadas convertirse en el «factotum» de toda política interior.

Las dictaduras militares procuran ganar o neutralizar a las capas medias a través de la ideología «nacionalista», de la lucha contra la «politiquería» de los partidos tradicionales, de la autoridad para imponer la «disciplina laboral» y la «eficiencia» en la planificación económica. Este intento de los militares no ha prosperado porque su política económica, al servicio del gran capital, determina inflación, desempleo y bajos sueldos, fenómenos que provocan un rápido descontento de las capas medias, aun de aquellas que en un primer momento apoyaron ciertos golpes militares como alternativa a la crisis del país o al ascenso del movimiento obrero. Por otra parte, se producen roces entre los grandes industriales, que quieren obtener rápidas ganancias, y los pequeños comerciantes, por el problema de los precios.

Los medianos industriales manifiestan su protesta por la política de libre importación de aquellos productos que hacen competencia a los que ellos producen en el país. La concentración monopólica del capital, favorecida por los regímenes militares, determina la rápida liquidación de las pequeñas y medianas empresas. Los pequeños agricultores expresan su descontento porque el crédito se canaliza hacia los grandes propietarios de la tierra. Los empleados particulares y públicos se ven afectados por el desempleo y, además, porque la dictadura militar termina con la política redistributiva de la renta nacional que intentaron ciertos gobiernos «populistas». Se congelan los sueldos y salarios o, en el mejor de los casos, se los aumenta, pero en menor proporción que el alza real del costo de la vida. Las capas medias tratan de hacer presentes sus peticiones a través de sus organismos, como los gremios o asociaciones de comerciantes, artesanos, colegios profesionales, confederaciones de empleados, etc., pero son escasos los resultados que obtienen ante la rigidez social de los gobiernos militares. Este descontento creciente de las capas medias hace fracasar los intentos de algunas dictaduras militares de organizarlas en partidos o movimientos fascistas que sirvan de base de sustentación social del régimen.

El descontento es aún mayor en el proletariado y en el campesinado. Los gobiernos militares tratan de utilizar el apoyo de la burocracia sindical «amarilla» para intentar una operación de «estatización sindical» pero en general esta política no ha prosperado porque, aunque la burocracia sindical haya querido aplicarla, no cuenta con el apoyo del proletariado y el campesinado, que son las capas más afectadas por la política económica y represiva de los gobiernos militares.

Durante las dictaduras militares, los partidos reformistas plantean alianzas de colaboración de clases con el pretexto de luchar contra el «fascismo». De este modo, se invita a participar en los frentes «antifascistas» a connotados sectores burgueses que, cuando han estado en el gobierno, han sido los peores enemigos de la clase obrera. En los casos de gobiernos militares «reformistas», como la Junta Militar de Perú, sectores de izquierda han caído en un apoyo político que confunde a las masas trabajadoras.

El fracaso de los gobiernos militares

Para comprender la magnitud de esta crisis de conducción política burguesa, es necesario tener en consideración

que el papel actual de los militares es diferente al que desempeñaron los dictadores militares de hace veinte o treinta años atrás. Antes, los caudillos militares como Juan V. Gómez y Pérez Jiménez en Venezuela, Carlos Ibáñez del Campo en Chile, Rojas Pinilla en Colombia, Odría en Perú, etc., tomaban el poder sin comprometer a todo el Ejército en las labores de gobierno. Ahora, las Fuerzas Armadas toman el poder en nombre de la Institución y gobiernan como cuerpo, comprometiendo a toda la jerarquía militar en la gestión directa del Estado. Este cambio, expresado en la intervención política de las Fuerzas Armadas como Institución, se produjo a partir del ascenso de los militares al poder en Brasil con ocasión del golpe a Goulart en 1964.

Las Fuerzas Armadas se han convertido en un partido político «sui generis». Si bien es cierto que no tienen la estructura de un partido político tradicional, la alta oficialidad actúa de hecho como un partido político; se da una estructura orgánica especial, discute los planes de gobierno, la política económica, la forma de enfrentar los conflictos sociales, la política internacional. Es decir, las Fuerzas Armadas, como Institución, han pasado a ser directamente responsables de la marcha del gobierno.

Los militares de alta graduación se han convertido en «ejecutivos» y miembros connotados de los directorios de empresas nacionales y transnacionales. Esta inserción de la jerarquía militar en el aparato productivo y financiero ha generado una tecnoburocracia que se beneficia de los negocios del régimen burgués. Esa es una de las principales fuentes de la corrupción que ha invadido las filas de las Fuerzas Armadas. En contraste con los antiguos gobiernos militares en que se enriquecían algunos generales, ahora que las Fuerzas Armadas gobiernan como Institución, casi todos los militares obtienen desmesuradas granjerías económicas. Este fenómeno de corrupción militar generalizada ha producido un rápido desprestigio de la Institución represiva más importante del Estado burgués y un deterioro de la imagen del militar «honesto» y «austero».

La política económica de los regímenes militares se diseñó en función de los intereses de los sectores más dinámicos de la burguesía criolla, asociada a las empresas «transnacionales». El objetivo era lograr una rápida acumulación de capital que permitiera un cierto despegue económico.

Las dictaduras militares han procurado ganar o neutralizar a las capas medias a través de la ideología patriótica, de la lucha contra la «politiquería» de los partidos tradicionales, de la autoridad para imponer la «disciplina laboral» y de la «eficiencia» en la planificación económica.

Este intento de los militares no ha prosperado porque su política económica, al servicio del capital monopólico, determina inflación, desempleo y bajos sueldos, fenómenos que provocan un descontento de las capas medias, aun de aquellas que en un primer momento apoyaron ciertos golpes militares como alternativa a la crisis del país o al ascenso revolucionario del movimiento obrero. Por otra parte, se producen roces entre los grandes industriales que quieren obtener rápidas ganancias y los pequeños comerciantes, por el problema de los precios. Los medianos industriales manifiestan su protesta por la libre importación de aquellos productos que hacen competencia a los que se fabrican en el país. La concentración monopólica del capital, favorecida por los regímenes militares, determina una paulatina liquidación de las pequeñas y medianas industrias. Los pequeños agricultores expresan su descontento porque el crédito se canaliza hacia los grandes propietarios.

El fracaso de las Juntas Militares de Pinochet, Videla, Banzer y otras es el fracaso de las Fuerzas Armadas, como Institución, para gobernar y solucionar los problemas más urgentes del país.

Al mismo tiempo, se ha producido un descontento general por la carrera armamentista y la tensión que han creado los gobiernos militares en relación a los problemas fronterizos de varias naciones latinoamericanas. El peligroso camino de la pugna geopolítica de algunas dictaduras militares puede conducir a situaciones conflictivas que escapen al control del propio imperialismo yanqui.

El nuevo proyecto político

Los sectores más esclarecidos de la burguesía, del imperialismo y de la Iglesia Católica ven con preocupación el proceso de desgaste político de las Fuerzas Armadas. Son conscientes de que la imagen militar sufrirá un deterioro mayor ante la próxima recesión económica mundial que se anuncia para el fin de la presente década. Por eso, están buscando un modelo político que permita salvaguardar el prestigio de las Fuerzas Armadas.

El objetivo es que las Fuerzas Armadas, como Institución, se retiren del gobierno y pasen a constituir, como siempre, la reserva estratégica para cuando sea necesario recurrir a ellas en caso de una grave crisis política o ascenso revolucionario de las masas. Entonces, las Fuerzas Armadas podrán volver a intervenir para «salvar» al país de la «anarquía y el caos», en nombre de la «seguridad nacional» y de los «intereses superiores» de la nación.

Según el plan de estos sectores de la burguesía, el nuevo proyecto político se traduciría en gobiernos elegidos a través de elecciones directas o indirectas. En todo caso, no se trataría de una vuelta a la anterior democracia burguesa. En primer lugar, los gobiernos tendrían un carácter autoritario.

Estos gobiernos «fuertes» podrían o no ser presididos por un militar, sin que las Fuerzas Armadas, como Institución, se vieran comprometidas en la gestión gubernamental. En segundo lugar, quedarían «fuera de la ley» los partidos de izquierda en la mayoría de los países y, por supuesto, las organizaciones de la izquierda revolucionaria, pudiendo en algunas naciones tolerarse la existencia de los PC y de la socialdemocracia. En tercer lugar, los militares se asegurarían el control de los organismos relacionados con política interior y «seguridad nacional». En cuarto lugar, los militares, antes de dejar el poder, harían aprobar una Constitución que asegure la nueva institucionalidad burguesa.

La aplicación de este proyecto político —que aún está en discusión— tendrá un carácter desigual de acuerdo a cada realidad nacional. En algunos países adoptará la forma de un llamado a elecciones para aprobar la nueva Constitución y, posteriormente, se elegirían los representantes al Parlamento burgués, que podría elegir indirectamente al Presidente de la República. En otros países, podrían realizarse elecciones directas a corto plazo (Ecuador) o a mediano plazo (Perú).

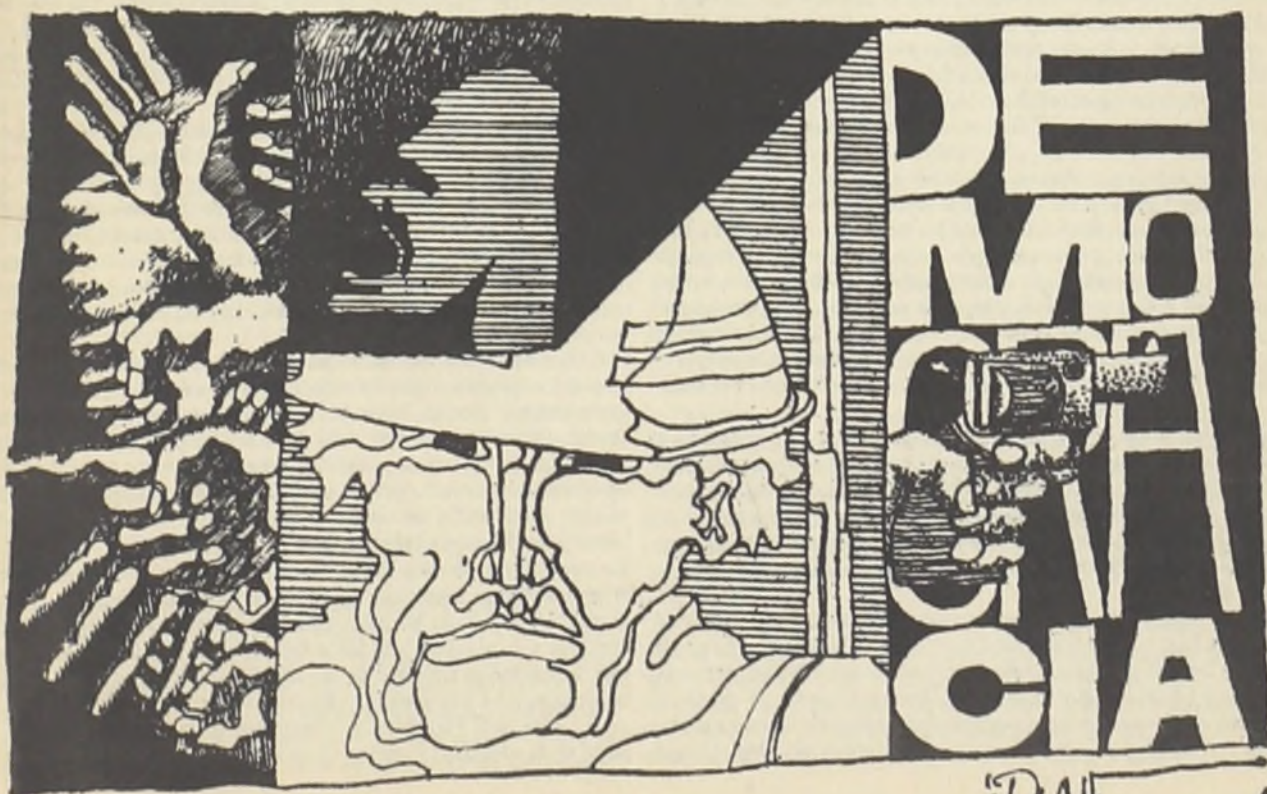
Mediante este recambio político, la burguesía tiene la intención de reactivar el deteriorado mercado interno. Los sectores industriales y agrarios y algunas «transnacionales», que dependen de la demanda interior, piensan de este modo remontar la actual crisis que ha llevado a la quiebra y al cierre de numerosas empresas del sector textil, agroindus-

trial, automovilístico, metal-mecánica e industrias que producen refrigeradores, cocinas y otros artículos de uso doméstico.

Estos son, en líneas generales, los planes de importantes sectores burgueses, de la influyente Iglesia Católica y del Departamento de Estado norteamericano. Habrá, sin duda, oposición de segmentos militares que se resistirán a abandonar el poder, como los «duros» de Argentina, Brasil y Chile, tratando de dilatar al máximo la convocatoria a elecciones. Pero, a nuestro juicio, la tendencia del proceso en América Latina, conduce a mediano plazo a una nueva institucionalidad burguesa en la cual las Fuerzas Armadas, como Insti-

tución, dejarán de comprometerse en la gestión de gobierno. Esto no significa que se abra de inmediato un período pleno de libertades democráticas ni que termine la represión a los trabajadores y a las organizaciones de izquierda.

Los plazos para la aplicación del nuevo proyecto político estarán determinados por la fase de lucha de clases que atraviese cada país latinoamericano. Los roces interburgueses nacionales jugarán un papel en la modalidad específica que adopte la aplicación del proyecto político general. Estas modalidades se verán afectadas seguramente por el nivel de lucha que alcance el movimiento obrero reorganizado, los campesinos y las capas medias empobrecidas, como asimismo por la capacidad de las organizaciones de la izquierda revolucionaria para orientar la lucha de los movimientos de Resistencia popular. También desempeñarán un papel los movimientos nacionalistas, los PC, la socialdemocracia y la DC como fuerzas políticas dispuestas a entrar en compromisos con los sectores burgueses «democráticos y progresistas» para garantizar la paz social. No hay que menospreciar la posibilidad de que el reformismo logre una recomposición política y orgánica, canalizando una parte apreciable del movimiento popular en el proceso de la lucha por las libertades democráticas. Ese caudal de masas le permitiría al reformismo tener una base social para negociar los nuevos compromisos políticos. La Iglesia Católica jugará un papel relevante en este proceso por cuanto su política de diferenciación respecto de los aspectos más oprobiosos de las dictaduras militares, su campaña contra la represión, por la libertad de los presos políticos y por la restauración de las libertades democráticas y de los derechos humanos, le ha permitido ganarse el apoyo de vastos sectores populares. La Iglesia Católica utilizará este apoyo para negociar con los partidos burgueses las bases para un acuerdo que garantice la estabilidad y la «paz social».



PACU

EJERCITO Y SOCIEDAD BURGUESA

FABRIZIO BATTISTELLI

Publicado en "EL VIEJO TOPO", 7/1980, nro. 46, España.

LA CUESTION MILITAR: DE MARX A LENIN

1.1. La institución militar y la sociedad burguesa. El ejército, el brazo derecho de Leviatán, ha crecido en forma paralela en Europa con la emergencia del estado unitario y centralizado y con el ascenso de la burguesía. Fue la burguesía la que, habiendo conquistado el poder político en la revolución francesa para aumentar su poder económico ya alcanzado, arrojó inicialmente todo el peso del ejército en la lucha de clases, primero contra las viejas clases dominantes y, después, contra la clase obrera emergente. Fueron los ejércitos de Cromwell y de Napoleón los que dieron el **coup de grâce** al feudalismo y a las clases feudales en los dos países más avanzados de Europa, con lo cual se operó un profundo cambio en el equilibrio político de estos países (transformando, al mismo tiempo, al propio ejército: que de ser una pequeña fuerza mercenaria pasó a ser un ejército de ciudadanos inflamados inicialmente de fervor religioso y posteriormente de patriotismo). Sin embargo, durante la restauración, con la consolidación y la expansión de la revolución industrial y la reducción en el alcance y en la asimilación de las innovaciones introducidas durante la revolución y durante la época de Napoleón, la burguesía se transformó a sí misma, de una clase que buscaba ganar el poder en una clase que aspiraba a ejercer este poder, pasando así del ataque contra la clase obrera a la defensa, clase obrera que ella había creado y que estaba destinada a ser su principal oponente. En los países de Europa esto significó un cambio en el papel del ejército cuya función primaria ya no iba a ser externa (hacer la guerra), sino interna (la represión). El ejército ya no tenía que jugar su papel **real** (esto es, intervenir): se podía limitar en general a un papel **potencial** (esto es, que podía amenazar con su intervención).

El siglo XIX, la época de oro de la nueva clase dominante, fue un siglo en el que las guerras continentales fueron relativamente escasas y de poca importancia. Por otra parte, las revoluciones fueron comunes. La ciencia y la tecnología estaban sujetas a los requerimientos del desarrollo capitalista y aceleraban dicho desarrollo. Las ciencias sociales —la sociología, la psicología y la antropología— habían nacido, en parte, para celebrar el "glorioso destino progresivo" del capitalismo pero, al mismo tiempo, para interpretar sus conflictos, el surgimiento del proletariado urbano y el fenómeno amenazador de la lucha de clases.

El progreso tecnológico ofreció al aparato militar una perspectiva no soñada. La industria militar lejos de ser una fuerza directriz sin importancia dentro del proceso productivo, se transformó en parte integral del mismo (tómese como ejemplo el papel jugado por el crecimiento de una protegida industria militar durante las últimas dos décadas del siglo en el desarrollo económico de los países europeos y de Japón).

Al mismo tiempo la ideología burguesa (que había abandonado el campo de la investigación filosófica y legal abstractas en favor de métodos de investigación social más fructíferos) incluyó entre sus tareas la de la racionalización de las fuerzas armadas. A pesar de las apariencias externas que podrían conducirnos a ciertas suposiciones, decía Comte de modo optimista, el fenómeno, una reliquia

dejada por el feudalismo, está siendo eliminado por el nuevo "espíritu industrial". Planteaba que el mantenimiento de un "vasto aparato militar" por los estados europeos no se debía a la guerra sino, más bien, a la necesidad de mantener el orden público, que en el pasado fue un papel secundario de los ejércitos, "pero que ahora es su función primaria y constante". De este modo, la oficialidad está obligada a echar mano de "desventajosos y peligrosos artificios" tales como la "pretensión de que una guerra imposible es inminente" porque no se atreve simplemente a reconocer públicamente la utilidad real de las fuerzas armadas. Con todo, concluye el padre de la sociología, "dado que no hay en esto último nada de que avergonzarse en cuanto a su misión social, su importancia continua debería reconocerse abierta y francamente en función de que diversas organizaciones puedan ser adaptadas adecuadamente a este papel" (Comte, 1969; vol VI, 367-369).

El análisis de Spencer era más agudo y mostraba un sentido de la historia más maduro que el de Comte. Spencer revaluó y desarrolló el concepto de una relación antagónica entre las fuerzas armadas y las sociedades industriales, subrayando y criticando la conexión objetiva entre el militarismo y el proteccionismo (Spencer, 1893; vol. II, 572-628). Sin embargo su enfoque, que iba a inspirar a toda una corriente progresiva en el pensamiento social desde Shumpeter y Veblen hasta C.W. Mills, sufrió la indisoluble contradicción con la que cualquier liberal auténtico se enfrenta: ésta es, que los fenómenos sociales a los que él se opone son, a menudo, esenciales a otros que él favorece. Así como el proteccionismo, que el liberal ataca es en la práctica una condición **económica** necesaria para el ascenso del capitalismo y de la industria capitalista, así también el militarismo es una condición **política** necesaria. Déjese de lado al proteccionismo y al militarismo y sólo se tendrá un capitalismo mal desarrollado, si es que acaso hay capitalismo. Nunca como en los tiempos de Spencer fueron más claros los lazos indisolubles entre el militarismo y el capitalismo, dado que el último, en la fase imperialista de su desarrollo, se comprometió en una frenética lucha armamentista y en una encarnizada lucha por los mercados extranjeros y por las colonias, llevando inevitablemente a la guerra mundial.

1.2. Las bases teóricas de la posición marxista. Marx y Engels fueron los primeros que intentaron ver la cuestión militar como un problema técnico y político que enfrentaba el movimiento obrero. Desde un punto de vista técnico investigaron las causas de la derrota de las revoluciones europea y alemana de 1848-49; desde un punto de vista político, analizaron el papel de la institución militar en la lucha de clases y en el equilibrio de clases en la historia de Occidente (Marx y Engels, 1970; Engels, 1958).

En esta segunda investigación, que es la que más nos interesa aquí, el materialismo histórico ha aportado una introspección sumamente importante de las relaciones institucionales entre las fuerzas armadas y la sociedad a lo largo de los siglos. De este modo, aunque la función primordial de las fuerzas armadas siempre ha sido la organización y la administración de la violencia social en contra de los enemigos (externos y/o internos) de la sociedad (o de una parte de la sociedad) y ciertos rasgos de las fuerzas armadas conec-

tados con su papel son, en consecuencia, relativamente constantes, los cambios en el proceso productivo han llevado a cambios en el papel de la institución militar y en las relaciones con la sociedad. Según observó Marx en una nota que desgraciadamente nunca desarrolló, "La guerra se desarrolló antes que la paz: la forma en que ciertas relaciones económicas tales como el trabajo asalariado, el uso de la maquinaria, etc. se desarrollaron más bien a partir de la guerra y de los ejércitos antes de que surgieran en la sociedad burguesa, la relación entre las fuerzas productivas y el transporte (es) particularmente clara en el ejército" (Marx y Engels, 1961: 639; Marx y Engels, 1963: 192-193).

No se puede negar que en las sociedades precapitalistas la organización en tiempo de guerra y el ejército se adelantaron al desarrollo general de la sociedad y contribuyeron a ese desarrollo. Tampoco se puede negar que desde la revolución industrial la institución militar ha fracasado en desempeñar un papel dirigente en el desarrollo de nuevos modelos de relaciones socioeconómicas, actuando, por el contrario, como el último bastión de las formas de relaciones sociales perimidas. ¿Cuáles fueron las razones de este cambio? ¿Por qué una estructura, que desde los tiempos clásicos hasta los albores de la edad moderna, había desempeñado funciones sociales y económicas extremadamente amplias, así como su papel estrictamente técnico (hacer toda clase de guerras y a todos los niveles), se encuentra ahora gradualmente restringida a esta última función?

La única respuesta posible, en términos marxistas, es volver al lazo que existe (así como para cualquier otro organismo social) con el modo de producción dominante. En las sociedades precapitalistas occidentales, que eran sociedades predominantemente agrícolas, a pesar de la presencia del capital mercantil y usurario, el modo de producción dominante se caracterizaba por un nivel relativamente bajo de centralización productiva (y por consiguiente político y administrativo) que permitía la existencia paralela de diferentes sistemas productivos, incorporando a la vez estructuras cuyos papeles institucionales eran improductivos. Este era el caso del ejército, un organismo social cuyas características intrínsecas y necesidades específicas le hicieron favorecer el crecimiento de nuevos modelos de relaciones sociales y económicas, transmitidas posteriormente a la sociedad en su conjunto (v.g. la división del trabajo, el dinero y el trabajo asalariado en el ejército romano; el uso de la artillería en los ejércitos medievales tardíos). Con la revolución industrial apareció un modo de producción, que alcanzó una extensión mucho mayor que cualquier modo de producción precedente y se caracterizó por una homogeneización y centralización violenta de la sociedad. Por primera vez la sociedad llegó a girar alrededor de la fábrica, que empezó a competir y a eliminar a los modos de producción rivales: el artesanado y las industrias domésticas rurales desaparecieron; incluso la agricultura sufrió una transformación profunda. **Durante este proceso de cambios económicos y sociales radicales el ejército fue definitivamente expulso del proceso productivo.**

Desde este período hasta la mitad del siglo XX aproximadamente, el papel de la institución militar fue principalmente "superestructural", esto es político. Internamente esto significaba la defensa de la clase poseedora de los medios de producción, externamente significaba la conquista de una cuota mayor en el mercado mundial. La ruptura de los lazos con el proceso productivo no significó, sin embargo, una renovación en el *modus operandi* de la institución militar; por el contrario se mantenían métodos precapitalistas, preindustriales, sólo con mínimas alteraciones para adaptarse a las circunstancias cambiantes. La barrera impermeable que aisló a la institución militar del mundo de la producción la preservó como así también a su estructura social, política y económica de la revolución burguesa. Los modelos de organización, las relaciones sociales y las ideologías prevalentes dentro de la institución militar permanecieron, por consiguiente, sustancialmente preburguesas. Por más de un siglo después de la Revolución Francesa esta situación era fomentada por la composición social de las fuerzas armadas, que eran más bien feudales que capitalistas; los oficiales tendían a ser terratenientes y los soldados tendían a ser campesinos.

1.3. Las actitudes del ala izquierda y del ala derecha de la II Internacional frente a la guerra y a la cuestión militar. Con el desarrollo de un movimiento organizado, que alcanzó su punto más alto durante el período de la II Internacional (1889-1914), los principales problemas que enfrentaban los marxistas en su enfoque sobre la cuestión militar no surgían ni de los fundamentos teóricos del análisis marxista, el que al menos formalmente se consideraba

fuera de discusión, ni de las cuestiones estratégico-militares específicamente técnicas, sino más bien de la actitud política que los partidos socialistas deberían adoptar sobre la cuestión militar.

Al pasar al presente siglo, como sucedió en otros campos, el debate sobre la cuestión militar comenzó a verse afectado por el choque entre diferentes fracciones de pensamiento político que empezaban a formarse dentro de la Internacional.

Por un lado estaba el grupo, encabezado por Bernstein, que a sólo tres años de la muerte de Engels comenzó a plantear que los cambios económicos, sociales y políticos que habían tenido lugar en los cincuenta años posteriores al Manifiesto, habían hecho necesario para el movimiento obrero emprender una "revisión" radical del marxismo. Por otro lado estaban los marxistas ortodoxos, un grupo dentro del cual lograron coexistir más o menos pacíficamente hasta el estallido de la guerra mundial la izquierda revolucionaria de la Internacional y el centro formalista kautskiano, que buscaba jugar un papel mediador.

Fue durante el **Bernsteindebate** que el socialdemócrata de derecha Max Schippel abrió el ataque contra las posiciones tradicionales del movimiento obrero sobre la cuestión militar en el "Sozialistische Monatshefte" (Schippel, 1898, 1899a, 1899b, 1899c). La controversia continuó en el "Neue Zeit". Schippel rechazó las exigencias hechas por la socialdemocracia en favor de una milicia popular para reemplazar al ejército establecido e incluso dio un aval positivo al presupuesto militar al que consideraba como medio para abordar la cuestión de la "superproducción". Su posición fue respondida por Kautsky (1898, 1899a, 1899c, 1899d) y por Rosa Luxemburg (1972), la que ganó un papel clave entre los socialdemócratas alemanes debido a sus ataques contra Bernstein. El propio Bernstein adoptó una actitud sumamente cautelosa.

No obstante, a pesar de la batalla en defensa del punto de vista marxista ortodoxo, la dirección del movimiento obrero europeo, con la notoria excepción de la izquierda radical alemana (Liebknecht, 1958, Mehring, 1958), no pudo comprender el creciente papel del militarismo en el continente a principios de siglo, la amenazadora expansión de la industria armamentista y la nefasta lucha por el rearme. Lejos estaban éstos de ser fenómenos superficiales; eran la consecuencia inevitable de esta fase particular del desarrollo capitalista y culminaron, inevitablemente, en la guerra mundial. La subestimación del papel estructural de la guerra fue un hecho típico de la Segunda Internacional, como lo atestigua dramáticamente la inadecuada preparación de los dirigentes para enfrentar la crisis.

Jaurés, en su importante obra *L'Armée Nouvelle* se limitó a proponer que debía promulgarse una ley que estableciera la destitución de cualquier gobierno o parlamento responsables de una guerra de agresión (Jaurés, 1967: 306). En 1911 Kautski todavía se negaba a implementar medidas políticas extraordinarias, tales como la huelga general, en contra de la amenaza de guerra y proponía, meramente, un veto en el parlamento a las estimaciones de defensa (Pinzani, 1970: 212-213). La limitación de estos líderes socialdemócratas y de la prensa socialista era la negación a ver el fenómeno de la guerra tal cual era realmente, en especial, como un fenómeno político como cualquier otro.

La intuición "espiritualista" de Clausewitz fue tomada por Lenin y llevada a su conclusión lógica. Si la guerra era simplemente una forma de política, las causas, los objetivos y los medios para hacer la guerra (o para oponerse a ella) sólo podrían ser políticos. La guerra mundial era, por lo tanto, la consecuencia inevitable del pleno desarrollo del capitalismo. Los conflictos no debían caracterizarse de acuerdo a quién era el "agresor", o de "quién era el territorio ocupado por el enemigo" sino, más bien, de acuerdo al significado de clase de estos elementos: **qué clase promueve la guerra y la "política cuya continuación es la guerra" (Lenin 1943: 177).** Desde este punto de vista era imposible aplicar a la guerra categorías morales y los remedios legales favorecidos por la tradición mayoritaria en el seno de la Internacional. Para Lenin, la respuesta del movimiento obrero al problema debía ser político, y dado que sus propuestas y su análisis rara vez eran puramente metodológicos, esto significaba "transformar la guerra imperialista en guerra civil".

Durante la guerra, en la Rusia zarista, el aparato militar distaba mucho de ser una institución estatal más entre otras, era prácticamente el estado. Iba a ser el colapso de este aparato militar el que iba a crear las condiciones para la primera revolución socialista en el mundo. Nos resulta imposible examinar aquí en detalle el desarrollo de la política soviética sobre el ejército y la guerra, como

tampoco podemos examinar la inevitable decisión, dadas las condiciones de la guerra civil, de reconstruir el ejército sobre líneas sustancialmente tradicionales. Debería señalarse, sin embargo, que esta elección, que presenta significativas analogías con la decisión tomada en 1928 para "alcanzar y marchar con el desarrollo capitalista", estaba en el origen de la prioridad dada a la eficiencia militar sobre todas las demás consideraciones al formar el Ejército Rojo, el que en la terrible prueba de la Segunda Guerra Mundial demostró ser uno de los ejércitos tradicionales más poderosos. Como institución, no obstante, estaba mucho de ser la clase de milicia popular propuesta por los autores marxistas clásicos.

2. GRAMSCI Y LA INSTITUCION MILITAR: UNA POSIBLE SOLUCION AL PROBLEMA DE LA "REVOLUCION EN OCCIDENTE"

2. 1. El problema de la "Revolución en Occidente". La importancia de Lenin para el movimiento obrero, que de ninguna manera está restringida a su discusión sobre la cuestión militar, se debe a la forma en que desplazó al economicismo y al nuevo énfasis que puso en el papel de las condiciones subjetivas en el proceso revolucionario.

A pesar de este descubrimiento de Lenin, o ciertamente debido a su descubrimiento parecía imposible para los leninistas (como Gramsci y otros líderes del nuevo Partido Comunista Italiano) trasladar cada detalle de la política de Lenin a una situación que difiere radicalmente del medio en donde éstos habían evolucionado. Ese medio era el Este donde, como dijo Gramsci en su famoso pasaje "El Estado es todo y la sociedad civil es un nivel de desarrollo primordialmente amorfo". En Occidente, por el contrario, "existe un equilibrio entre el estado y la sociedad civil; cuando el sistema tambalea revela la robusta estructura de la sociedad civil. El estado es meramente la trinchera detrás de la cual se extiende una fuerte cadena de fortalezas y de fortines. Obviamente, esto resulta más cierto en unos casos más que en otros; pero estudios más amplios requerirían detalladas investigaciones sobre estados individuales" (Gramsci, 1975: vol. II, 866).

Dado que el problema de la revolución en Occidente consiste en adueñarse no sólo del estado sino también de la sociedad, el poder político real no puede ser conquistado por un simple golpe. Se hace necesario tratar con cada uno de los miles de efectos ocultos del dominio burgués —hegemonía de clase— sobre la sociedad. En ningún caso esto es tan así como en el caso específico de las instituciones estatales. Estas se pueden interpretar como una herramienta inerte, libre de contradicciones internas, con un papel independiente en la sociedad, impermeable a toda influencia externa, en manos de la burguesía. Si esta interpretación es correcta, entonces el ejército es simplemente el brazo militar de la clase dominante. Alternativamente, se puede aceptar que aún cuando las instituciones estatales desempeñan un papel bien definido —la defensa del poder de una clase por medio de la administración de la violencia— inevitablemente pertenecen a una sociedad históricamente determinada (en la que no sólo la clase dominante sino también la clase obrera emergente tienen un papel a desempeñar) y de esa manera, refleja inevitablemente, en formas específicas y con las características atrasadas de estas instituciones, las tendencias y contradicciones presentes en la sociedad.

2. 2. Un ejemplo concreto: el ejército y las fuerzas armadas en la sociedad italiana. Gramsci nunca escribió un tratado de teoría marxista. Las condiciones de su encarcelamiento por el régimen fascista hicieron que su trabajo se limitara necesariamente a notas desperdigadas. No obstante, su análisis de la sociedad contemporánea, basado en la situación en Italia, es uno de los trabajos más ricos producidos en este siglo, tanto por pensadores marxistas como por no marxistas.

En lo que se refiere a la institución militar y a los hombres que la dirigen, en los Cuadernos de la Cárcel Gramsci enfatiza el papel social de las fuerzas armadas en los "periodos de crisis orgánica" esto es, en los periodos en que la "hegemonía de la clase dominante está en crisis". Los orígenes inmediatos de esta clase de crisis no son económicos; más bien maduran a nivel subjetivo ante el fracaso del gobierno de la clase dominante y el crecimiento revolucionario de las clases subordinadas.

Es en estos periodos de crisis que la burocracia civil y militar, las altas finanzas y la iglesia aumentan su poder y arrojan su peso en el balance político reduciendo así la importancia de los partidos; canales tradicionales de la comunicación política. "Al examinar

esta clase de hechos" dice Gramsci "generalmente se otorga un peso insuficiente al elemento burocrático militar y civil; y lo que es más, a menudo, se olvida que este análisis no sólo debería incluir a aquellos elementos burocráticos militares implicados sino también a los grupos sociales de los que la burocracia tradicionalmente se nutre en estas instituciones" (Gramsci, 1975: Vol. III, 1605).

Frente a la cuestión de si existe un grupo social para el cual las carreras burocráticas militares y civiles representan una tradicional apertura, Gramsci responde afirmativamente: "En la Europa moderna, este grupo se puede identificar en la pequeña y mediana burguesía rural". Busca los orígenes y la explicación de esta tradición en las superestructuras psicológicas e ideológicas de este grupo social particular, que expresa a un modo de producción agrícola específico.

En la agricultura, en contraposición a la industria, la burguesía no está implicada en la producción: simplemente se apropia de una cuota de lo producido. De esa manera, su papel es más "político" que "económico" y consiste en una "lucha política para impedir que el campesino mejore su propia existencia" (Gramsci, 1975: vol. III, 1606). En la institución militar esta habilidad para dirigir a grupos de hombres en formas que son predominantemente políticas más que económicas, es una habilidad muy valiosa considerando que particularmente, el ejército no tiene propósito productivo alguno y que, de ese modo, carece de la racionalidad (limitada) de la fábrica. Dado que su verdadera *raison de être* está ligada a una forma política y social de dominio, cuya naturaleza de clase y cuyas contradicciones no podrían ser más claras, la burguesía rural no sólo tiene la habilidad sino también la voluntad de reprimir y de "contratacar". En ciertos casos, la burguesía rural con control directo sobre el ejército puede hacer sentir esta voluntad e incluso imponerla sobre la clase alta, por lo menos en lo que se refiere a la forma en que han de ser defendidos los intereses comunes de clase. La burguesía rural está físicamente dispersa en el campo y a su vez sufre de "dispersión ideológica" en las formas extrañas que esta dispersión la conduce. Deriva sus fuerzas de sus lazos con la gran burguesía de las ciudades (de la misma manera que el proletariado rural deriva, o podría derivar, sus fuerzas del proletariado urbano que tanto asusta a los "intelectuales conservadores" como Gaetano Mosca).

La clase dominante no desconoce el papel y el peso de la casta militar en la confrontación política y social. (Esto no significa necesariamente tomar la forma violenta de la intervención militar directa y se puede limitar a la defensa normal de las instituciones existentes). Muy por el contrario, cuando la confrontación se torna aguda, grupos particulares dentro del ejército, especialmente, los cuerpos de oficiales, se encuentran en el límite entre los diferentes grupos sociales (como los cosacos que estaban ligados a diferentes grupos étnicos) pueden asumir una importancia creciente. Estas formaciones sociales y políticas especiales garantizan resultados de considerable valor:

a) Pueden ser movilizados sin movilizar a los conscriptos. Esto mantiene su papel de "disuasivo potencial".

b) Pueden "inmunizar" el ejército contra la descomposición (esto es, contra el compromiso político), y mantener la moral. En este sentido su formación se puede comparar a la de un "cuerpo especial" que actúa como "refuerzo" para los ejércitos durante la guerra (Gramsci, 1975: Vol. III 1641).

Gramsci aplicó coherentemente y sin simplificaciones su análisis de clase y, de esta manera, explicó toda una serie de problemas cruciales en la historia italiana: problemas que la historiografía tradicional no había sido capaz de resolver. Explicó una larga serie de derrotas sufridas por los ejércitos italianos desde Novara a Caporetto. En 1848-49, el ala derecha piemontesa buscó, incluso, golpear a los austriacos sin el uso de tropas auxiliares, descansando sobre las fuerzas piemontesas regulares (y es muy difícil entender como pudieron haber sido tan presuntuosos) o, alternativamente, buscaban ayuda libre de cargo (y también aquí es difícil entender como políticos serios pudieron haber solicitado algo tan absurdo). En la práctica es imposible pedir entusiasmo y espíritu de sacrificio sin ofrecer nada a cambio, incluso a los ciudadanos del propio estado. Esto se torna más cierto cuando se le pide a estos ciudadanos alejados del estado en base a un programa abstracto y vago y en una fe ciega en un gobierno distante" (Gramsci 1975: vol. III, 2053).

La responsabilidad por el fracaso de la primera guerra de independencia debería asignarse, por lo tanto, a la "inmadurez" y a la "mínima eficacia" tanto de los sectores conservadores como de los sec-

tores progresistas de las clases dominantes italianas. Estas clases se ilusionaban con la creencia de que el problema militar italiano, que en la práctica era un problema político, se podía resolver con medidas puramente militares. En la práctica, fracasaron tanto desde un punto de vista político como militar. Si la dirección política es importante para un ejército de mercenarios, es más importante aun para un ejército de conscriptos. Como decía Gramsci, expresando una concepción que era válida no sólo para el caso que estaba discutiendo sino como una ley empírica general: cuanto mayor es el ejército, tanto en términos absolutos (el número de reclutas) como en términos relativos (el número de reclutas en proporción al total de la población), mayor es la importancia del liderazgo político comparado con los factores meramente técnico-militares. El espíritu de lucha del ejército piomontés, que era muy alto al inicio de la campaña de 1848, se debilitó y se derrumbó una vez que la política anti-democrática llevada adelante por la derecha se hizo clara. Por lo tanto, "en Novara el ejército no quiso luchar, y fue derrotado". De la misma manera, por lo menos hasta cierto grado, las masas se desgastaron debido al desastroso liderazgo político y militar, de una burguesía cruel y egolatra, demostrando su deseo de evitar la lucha durante la así llamada "huelga de los militares" en Caporetto durante la primera guerra mundial (Gramsci, 1975: vol. III, 2-050-2051).

Durante sus reflexiones sobre la historia italiana y particularmente en sus estudios del periodo que va desde el **Risorgimento** hasta la Primera Guerra Mundial y el fascismo, Gramsci tenía una preocupación primordial: el problema de la revolución en Occidente. Con la revolución de octubre Lenin resolvió el problema político y teórico de la revolución en el Este. En situaciones diferentes a la situación rusa, queda claro que los marxistas no pueden estudiar simplemente esa solución como si representara el accionar de alguna ley natural, o peor aún, intentar trasladarla a un modelo abstracto y dogmático de como debería alcanzarse la revolución. Más bien, deben evaluar hasta que punto se puede aplicar esta solución al capitalismo occidental. Aquí, el dominio de clase de ninguna manera está restringido a la **sociedad política**, a un estado que puede ser derribado con un simple golpe. Por el contrario, el poder de la burguesía prospera en la **sociedad civil** y no está basado solamente sobre el "dominio" directo —el dominio de la fuerza— sino sobre la "hegemonía"; dominio bajo cierta forma de consenso. Por lo tanto, el aparato militar del estado desempeña un papel que todavía es primariamente, aunque no exclusivamente, represivo. Como parte de la sociedad, estas instituciones reflejan las contradicciones presentes en la sociedad. El problema de cómo considerar la insti-

tución militar, no es en otras palabras, simplemente un problema de cómo puede ser físicamente neutralizado en su papel de brazo militar del estado sino más bien, es un problema de cómo puede ser conquistado, siendo un organismo social con su propia cultura y sus propios rasgos característicos, y en particular por su propia base social.

Estas ideas de Gramsci son válidas todavía para nuestro análisis hoy y para la formulación de un proyecto político capaz de ser puesto en práctica en las sociedades industrializadas avanzadas.

Mientras que en los países en vías de desarrollo en los que se han llevado adelante luchas de liberación el marxismo ha tenido éxito en acumular, en la segunda mitad de este siglo, una considerable riqueza de teoría y práctica, ha tenido menos éxito en adaptar estos análisis a las sociedades capitalistas contemporáneas.

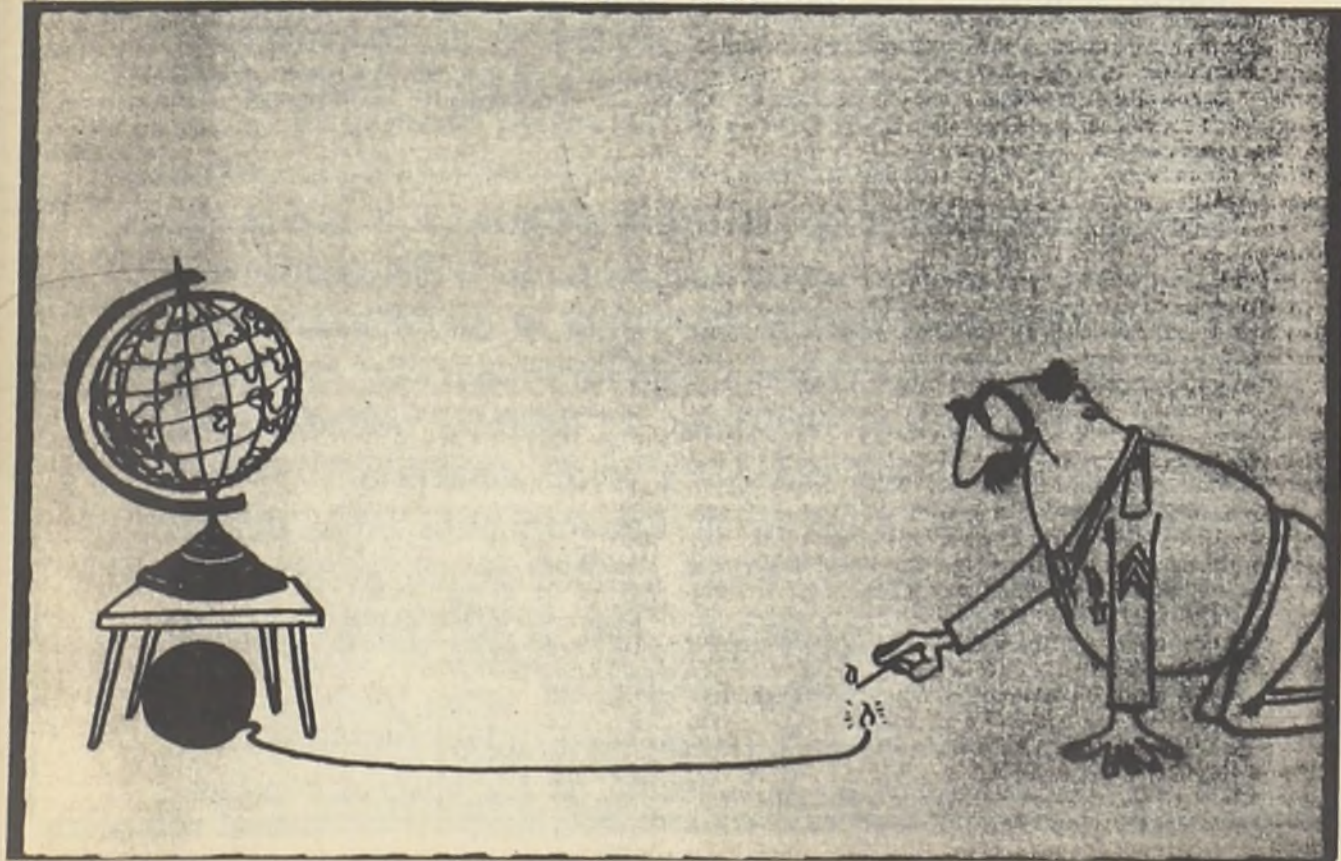
Este retraso es más serio aún cuando afecta áreas tan delicadas y tan decisivas como la cuestión militar.



(Traducido por: Marta Humphreys).

Notas

- Ancona, Clemente
1965 L'influenza del Vom Kriege di Clausewitz sul pensiero marxista da Marx a Lenin. Revista storica del socialismo 25-26: 129-154.
- Battistelli, Fabrizio (ed)
1976 Esercito e società borghese. L'istituzione militare moderna nell'analisi marxista. Roma: Savelli.
- Bernstein, Eduard
1899 Stehendes Herr un "Überproduktion". Die Neue Zeit 28: 50-56.
- von Clausewitz, Karl
1952 vom Kriege (1832). Bonn: Dummlers.
- Comte, Auguste.
1969 Curso de filosofía positiva (1830-1842). Paris: Anthropos, 6 vols.
- Engels, Friedrich
1958 Escritos militares. Berlin: Verlag des Ministeriums für Nationale Verteidigung.
- Gramsci, Antonio
1975 Cuadernos de la cárcel (1910) (1929-1935) Torino: Einaudi, 4 vols.
- Jaurès, Jean
1967 L'Armée Nouvelle (1910). Paris: Union Generale d'Éditions.
- Kautsky, Karl
1898 Friedrich Engels und das Milizsystem. Die Neue Zeit 11: 335-342.
- Kautsky, Karl
1899a Schippel und Militarismus. Engels über Militarfrage. Die Neue Zeit 20: 618-626.



LOS DESTACAMENTOS ESPECIALES DE FUERZAS ARMADAS, LAS CARCELES, ETC.

Capítulo I, La sociedad de clases y el estado, de
"EL ESTADO Y LA REVOLUCION", Lenin.



“En comparación con las antiguas organizaciones gentilicias (de tribu o de clan) — prosigue Engels —, el Estado se caracteriza, en primer lugar, por la agrupación de sus súbditos según las divisiones territoriales”... A nosotros, esta agrupación nos parece ‘natural’, pero ella exigió una larga lucha contra la antigua organización en ‘gens’ o en tribus.

“La segunda característica es la instauración de un Poder público, que ya no coincide directamente con la población organizada espontáneamente como fuerza armada. Este Poder público especial hácese necesario porque desde la división de la sociedad en clases es ya imposible una organización armada espontánea de la población. . . Este Poder público existe en todo Estado; no está formado solamente por hombres armados, sino también por aditamentos materiales, las cárceles y las instituciones coercitivas de todo género, que la sociedad gentilicia no conocía. . .”

Engels desarrolla la noción de esa “fuerza” a que se da el nombre de Estado, fuerza que brota de la sociedad, pero que se sitúa por encima de ella y que se divorcia cada vez más de ella. ¿En qué consiste, fundamentalmente, esta fuerza? En destacamentos especiales de hombres armados, que tienen a su disposición cárceles y otros elementos.

Tenemos derecho a hablar de destacamentos especiales de hombres armados, pues el Poder público propio de todo Estado “no coincide directamente” con la población armada, con su “organización armada espontánea”.

Como todos los grandes pensadores revolucionarios, Engels se esfuerza en dirigir la atención de los obreros conscien-

tes precisamente hacia aquello que el filisteísmo dominante considera como lo menos digno de atención, como lo más habitual, santificado por prejuicios no ya sólidos, sino podríamos decir que petrificados. El ejército permanente y la policía son los instrumentos fundamentales de la fuerza del Poder del Estado. Pero ¿puede acaso ser de otro modo?

Desde el punto de vista de la inmensa mayoría de los europeos de fines del siglo XIX, a quienes se dirigía Engels y que no habían vivido ni visto de cerca ninguna gran revolución, esto no podía ser de otro modo. Para ellos, era completamente incómprensible esto de una "organización armada espontánea de la población". A la pregunta de por qué ha surgido la necesidad de destacamentos especiales de hombres armados (policía y ejército permanente) situados por encima de la sociedad y divorciados de ella, el filisteo del Occidente de Europa y el filisteo ruso se inclinaban a contestar con un par de frases tomadas de prestado de Spencer o de Mijailovski, remitiéndose a la complejidad de la vida social, a la diferenciación de funciones, etc.

Estas referencias parecen "científicas" y adormecen magníficamente al filisteo, velando lo principal y fundamental: la división de la sociedad en clases enemigas irreconciliables.

Si no existiese esa división, la "organización armada espontánea de la población" se diferenciaría por su complejidad, por su elevada técnica, etc., de la organización primitiva de la manada de monos que manejan el palo, o de la del hombre prehistórico, o de la organización de los hombres agrupados en la sociedad del clan; pero semejante organización sería posible.

Si es imposible, es porque la sociedad civilizada se halla dividida en clases enemigas, y además irreconciliablemente enemigas, cuyo armamento "espontáneo" conduciría a la lucha armada entre ellas. Se forma el Estado, se crea una fuerza especial, destacamentos especiales de hombres armados, y cada revolución, al destruir el aparato del Estado, nos indica bien visiblemente cómo la clase dominante se esfuerza por restaurar los destacamentos especiales de hombres armados a su servicio, cómo la clase oprimida se esfuerza en crear una nueva organización de este tipo, que sea capaz de servir no a los explotadores, sino a los explotados.

En el pasaje citado, Engels plantea teóricamente la misma cuestión que cada gran revolución plantea ante nosotros prácticamente de un modo palpable y, además, sobre un plano de acción de masas, a saber: la cuestión de las relaciones mutuas entre los destacamentos "especiales" de hombres armados y la "organización armada espontánea de la población". Hemos de ver cómo ilustra de un modo concreto esta cuestión la experiencia de las revoluciones europeas y rusas.

Pero volvamos a la exposición de Engels.

Engels señala que, a veces, por ejemplo, en algunos sitios de Norteamérica, este Poder público es débil (se trata aquí de excepciones raras dentro de la sociedad capitalista y de aquellos sitios de Norteamérica en que imperaba, en el período preimperialista, el colono libre), pero que, en términos generales, se fortalece:

"... Este Poder público se fortalece a medida que los antagonismos de clase se agudizan dentro del Estado y a medida que se hacen más grandes y más poblados los Estados colindantes; basta fijarse en nuestra Europa actual, donde la lucha de clases y el pugilato de conquistas han encumbrado al Poder público a una altura en que amenaza con devorar a toda la sociedad y hasta al mismo Estado".

Esto fue escrito no más tarde que a comienzos de la década del 90 del siglo pasado. El último prólogo de Engels lleva la fecha del 16 de junio de 1891. Por aquel entonces, comenzaba apenas en Francia, y más tenuemente todavía en Norteamérica y en Alemania, el viraje hacia el imperialismo, tanto en el sentido de la dominación completa de los trusts, como en el sentido de la omnipotencia de los grandes bancos, en el sentido de una grandiosa política colonial, etc. Desde entonces, el "pugilato de conquistas" ha experimentado un avance gigantesco, tanto más cuanto que a comienzos de la segunda década del siglo XX el planeta ha resultado estar definitivamente repartido entre estos "conquistadores en pugilato", es decir, entre las grandes potencias rapaces. Desde entonces, los armamentos terrestres y marítimos han crecido en proporciones increíbles, y la guerra de pillaje de 1914 a 1917 por la dominación de Inglaterra o Alemania sobre el mundo, por el reparto del botín, ha llevado al borde de una

catástrofe completa la "absorción" de todas las fuerzas de la sociedad por un Poder estatal rapaz.

Ya en 1891, Engels supo señalar el "pugilato de conquistas" como uno de los más importantes rasgos distintivos de la política exterior de las grandes potencias. ¡Y los canallas socialchovinistas de los años 1914-1917, en que precisamente este pugilato, agudizándose más y más, ha engendrado la guerra imperialista, encubren la defensa de los intereses rapaces de "su" burguesía con frases sobre la "defensa de la patria", sobre la "defensa de la república y de la revolución" y con otras frases por el estilo!



Capítulo I, La sociedad de clases y el estado, de "EL ESTADO Y LA REVOLUCION", Lenin.

SUSCRIBASE a

APORTES aparece cuatrimestralmente.

Precio del ejemplar: 16 coronas suecas.

Suscripciones por un año: 45 coronas en Suecia y 10 dólares en Europa. En otros países: 12 dólares.

(Los envíos al exterior son por correo aéreo).

Los giros deben hacerse al postgiro 441 69 24 - 1, y a nombre de:

APORTES
Box 760
220 07 Lund
Sweden



APORTES

enviando
este cupón
(o indicando, en papel
simple, los datos que
en él se solicitan)

SUSCRIPTOR

DIRECCION

PAIS

JOSE F. MARTINEZ SALGUEIRO

El 16 de marzo ppdo. cumplió diez años de prisión el ex-teniente de artillería José F. Martínez Salgueiro. Detenido en 1971, es el prisionero político uruguayo que reúne más años consecutivos en la cárcel.

Condenado en primera instancia a 12 años de prisión, la justicia militar en 1976 resuelve aumentar la pena a 15 años, agregando, además, entre tres y siete años como "medidas de seguridad eliminativas" que determinan la imposibilidad de reducir la condena o lograr la liberación anticipada.



Durante todos estos años, Martínez Salgueiro ha sido víctima de represiones y sanciones por parte de sus carceleros. Tres años y medio en celdas de castigo y los restantes en el sector de máxima seguridad del Penal de Libertad.

Desde 1980 se han agravado y reiterado las provocaciones de sus carceleros.

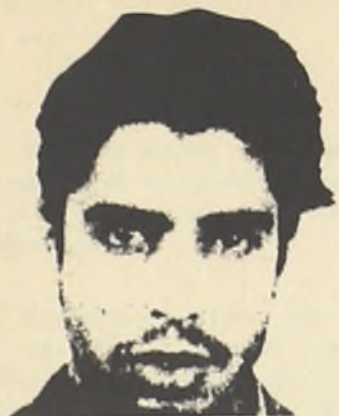
Un testigo directo de la situación de Martínez Salgueiro relata su situación: "...se le destinan, desde hace largos años, tratamientos agraviantes de una inhumanidad difícil de concebir. Es permanentemente insultado en forma soez; se le provoca de mil maneras buscando que reaccione para reprimirlo y castigarlo; se lo fuerza a convivir permanentemente con algún compañero que sufra desequilibrios nerviosos o psíquicos, como medio de desgastarlo; se lo coloca siempre al borde de la agresión física...", "sufre un castigo tras otro con breves interrupciones", etc.

Sin asistencia médica y a consecuencia de este tratamiento, Martínez Salgueiro, que tiene 39 años, sufre de piorrea, gastritis y principios de úlceras de estómago, habiendo adelgazado mucho desde 1980.

ADOLFO WASSEN ALANIZ

El "Colectivo por la Defensa de Raúl Sendic", de Francia, ha denunciado la situación grave que sufre Wassen Alaniz, recluido en el Penal de Libertad en 1972 y, posteriormente, trasladado a distintas unidades militares del interior del país, en su calidad de rehén por el Movimiento de Liberación Nacional, Tupamaros.

Según información proporcionada por sus familiares, Wassen



que tiene 35 años, sufre de un tumor canceroso a nivel de las vértebras cervicales y ha sido internado en el Hospital Militar, en Montevideo.

La campaña de denuncia y solidaridad respecto a la situación de Adolfo Wassen Alaniz, reclama la liberación de éste y la autorización a abandonar Uruguay a efectos de recibir un tratamiento médico especializado.

BRUM U. CANET CISNEROS

La revista RESPUESTA, de junio/julio 1981, 2da. época, número 1, órgano de expresión de la Corriente Frenteamplista, denuncia la situación de los presos políticos y refiriéndose a los militares presos dice: "Fueron transitoriamente derrotados, al igual que los sectores progresistas con los que se identificaba su conducta ejemplar. Y quienes circunstancialmente los vencieron, son hoy responsables de un Uruguay peor y más injusto". "Junto a los demás sectores democráticos de nuestro Uruguay, RESPUESTA y la Corriente Frenteamplista de que es portavoz, bregarán incansablemente por su libertad, que es uno de los más sólidos factores de unidad en la lucha contra la dictadura".

En una lista de militares presos, "Respuesta" incluye los siguientes: generales Líber Seregni, Víctor Licandro; coroneles Carlos Zufriateguy, Pedro Montañez, Hugo Frigerio, Oscar Petrides y Pedro Aguerre; teniente coroneles Luis Lazo y Ariel Gerona; mayores Jaime Igorra, Guillermo Castelgrande, Carlos Dutra, Julio Giorgi, Walter Maceiras, Uruguay B. Canet, Juan A. Rodríguez y Carmelo López; capitanes Edison Arrarte, Carlos Cabán y Juan C. Rodríguez; tenientes José F. Martínez y Saverio Casella; capitán de navío Della Santa y capitán aviador Carlos Escuder.

Nosotros, por nuestra parte, señalamos la situación carcelaria a que está sometido el mayor Brum U. Canet Cisneros, condenado a 17 años de cárcel por la justicia militar y recluso en la Prisión de Libertad.



Por su condición de ex-militar es víctima de represalias, sanciones y provocaciones por parte de los carceleros. A consecuencia de ello ha adelgazado y sufre trastornos digestivos que obligarían a una asistencia médica adecuada.

milicos

Serafín J. García

Tras un día de cielo "enjergao" y sucio, con intermitentes alambraduras de garúas oblicuas, ha cerrado sobre el campo una noche de negror impresionante, por entre la que galopa pertinaz un vientecillo sureño, de esos que hacen dar diente con diente y ahondan en la carne los agujazos del frío.

Acurrucados en un abra del pajonal, a cuyo abrigo se aprieta la majada aterida, los policiaños encogen el cuerpo bajo los gruesos ponchos bayetudos. En vano han pretendido echar algún sueñito que acorte la inclemente noche. Ni "cuchilar" se puede culpa de ese aire glacial, que se cuele hasta los tuétanos.

-- ¡Qué lo tiró al tal viento! Ya me tiene los dedos como garrote!

-- Y pa peor uno no puede ni pitar un cigarro, ni engambelar las tripas con un trago'e caña.

-- ¡Parece mentira, sargento, que usted, milico viejo y carpintero, no nos haiga dejao cargar una lintemita!...

El aludido, a quien las jinetas flamantes han endurecido de solemnidad, no se apea ya

ni en broma de su papel de jefe. Acostumbrado a obedecer toda su vida, una vez que ha cogido mando se considera muy por encima de sus hasta ayer iguales en jerarquía, "saltos" y camánduias. Ahora él es el superior y ellos los subalternos, cosa que no pierde ocasión de destacar, olvidando las pellejerías vividas en común.

-- ¡No sea tan pioleta, guardia civil Rojas! -- reprende en tono áspero. -- ¡Recuerde que el servicio es servicio y la disciplina disciplina!

-- No es pa tanto, sargento. Al fin y al cabo todos semos compañeros...

-- ¡Si me sigue retrucando, a la güelta li hago encajar un arresto!

Calla el otro. Y allá en su fuero íntimo se consuela pensando que no lo hace por respeto al hombre sino al grado. Algún día él también ascenderá a sargento, y entonces no habrá de faltarle milicaje raso con el cual desquitarse.

En tanto su compañero, Lamas, hombre con cierto mundo y con cierta experiencia, escupe despectivo hacia un costado mientras

reflexiona:

¡Mandan juersa unas jinetas! ¡Si hasta cambean de un día pal otro a un cristiano!

Al filo de la media noche, empiezan a mochársele las espinas al sargento Céspedes. El frío y el sueño lo van emparejando insensiblemente a sus subordinados.

Ahora los tres están hombro con hombro estrechándose más y más a cada instante en procura de calor, y ansiosos de que llegue el día para volver a la estancia. Porque allá pasan una vida regalada, churrasqueando gordo, durmiendo a pierna suelta, y hasta saboreando algún que otro traguito de la "reservada" que gasta el mayordomo. Si no fuese por las malhadadas rondas, aquello sería un verdadero edén, en el que se podría haraganear más a gusto y con más comodidades que en la propia comisaría. . .

Gime el viento al cortarse en las filosas pajas, cuyos cuchillos disimulan las tinieblas insondables. De la majada próxima sube un coro de balidos temblones y lastimeros. Ni siquiera una estrella agujerea con su ojo de plata el cielo acarbonado.

- ¡Linda noche pa correr negros desnudos! — murmura Rojas, frotándose con ambas manos las rodillas.

- No se ve ni lo que se conversa — añade Lamas.

- Lo mejor sería dimos a dormir a las casas di una ves. ¿Qué loco va salir a robar ovejas con semejante tiempo?

- Eso mesmito estaba pensando yo. . .

Ya perdida por completo su anterior engalladura, el sargento opta por terciar en la conversación.

- Tenían razón ustedes — dice —. Jue una chambonada el no haber traído con qué calentar las amargas. . .

Los otros se rodean y sonríen, burlones.
- ¡Oigalé'l duro, pues! ¿Ya prencipió don Chucho atrabajarlo a usté también, sargento? Pa mi que como está tan oscuro no le vido las jinetas. . .

- No es eso, che. Es que don Chucho es muy gaucho y no le gusta andar haciendo distingos. . .

- Y. . . Bien pueda ser, nomás. . .

Céspedes aparenta no comprender lo que tales palabras encierran de intencionado y zumbón. Estira con dificultad las piernas entumecidas, y deja caer la cabeza sobre el pecho, con la esperanza de dormir un poco. Pero los otros se han propuesto fastidiarle de veras, aprove-

chando su ya completa blandura. Y a cada cabezada que da le sueltan un comentario chusco.

- Tá picando, sargento. Y po'el tirón parece bagadú.

- ¡Guarda la disparada!

- ¡Si facilita se li alsa con la liña, compañero!

- ¡La maula! ¡Qu'empacho'e pescao fresco que nos vamo'agarrar!. . .

Lenta pero seguramente, el sueño va apagando las palabras chanceras y el quejido del viento pinchador. La respiración del hombre se hace cada vez más profunda y sonora, hasta convertirse en un ronquido impresionante.

Sobre su cuerpo, ya del todo horizontal, encuentran cómoda almohada los otros policianos, en los que también el sueño acaba por acampar.

Una hora más tarde, son tres las bocas que alternan sus ronquidos en la noche, mar de tinta donde ha naufragado la jerarquía flameante del sargento Céspedes.

Súbitamente, un tropel repiqueteado y compacto despierta a la patrulla. La majada se está desgranando en tumultuosa fuga, a la que siguen el chillar de fatídicas corujas y la atronadora gritería de los teros.

La linterna de Céspedes, proyectada hacia el sitio donde naciera el ruido, mete entre las tinieblas su lengüetazo de luz. Y guiados por esa raya delatora atropellan los tres, el ojo atento y la mano en la empuñadura del revólver. Pero sólo alcanzan a ver una oveja a medio manear, y un bulto que huye agachándose entre las matas de paja.

- ¡Hag'alto! — ordena Céspedes, posesionado otra vez de toda su importancia.

En lugar de obedecer, el prófugo acelera todavía más su marcha.

- ¡Parate, hijo'e tal por cual, o te reviento de un tiro!

Y sin aguardar respuesta a la nueva intimación descarga su arma contra el hombre que huye. Los milicos le imitan. Uno tras otro alzan los fognazos sus ronchones de luz.

Entonces el fugitivo adopta una resolución desesperada. Cambia bruscamente de rumbo y se interna en lo más tupido y alto del pajonal. Oyese por unos instantes el glú-glú que hacen sus pies al chapotear en el barro y en el agua pútrida. Después silencio. Un silencio profundo. Porque hasta el viento ha callado, como si se dispusiera a escuchar lo que allí acontecerá.

— ¡Ahijuna! ¡Se nos his'humo el condenao!
— rezonga Céspedes. — ¡Pero ande irá Marcos
que no tope su rosiyo!

Y el ojo terco de la linterna empieza a hurgar ahora, mata por mata, y charca por charca, en la misteriosa negrura del bañado.

Paja, lodo y agua por doquier. Enormes sapos costrosos y repulsivos, que huyen a largos saltos torpes, cegados por la luz. Babosas que encogen sobre el barro fétido su goma escurridiza, asqueante y dura. Arañas de cuerpo diminuto y largas patas ágiles, corriente por entre las natas verduzcas y el obscuro broce río con que se recubre la podredumbre de las aguas muertas. Sanguijuelas que estiran sus ventosas frías y ávidas, ampollando la superficie blanda de aquellos cenagales. Y aquí y allá deslizamientos subrepticios, fugas de cuerpos invisibles, trémulos susurros que se alargan hasta el arcano y negro corazón del bañado, dejando en pos de sí un cuchicheo de pajas removidas. . .

A los policianos se les eriza la piel ante las sorprendidas apariciones, ante los repugnantes contactos con que les sale al paso ese mundo nocturno, hacia cuya intimidad más recóndita ha empujado el terror al hombre fugitivo.

Pajonal adentro continúa empero la búsqueda, tenaz, inexorable. Ahora son los "aperriases" que remueven su pánico en la honda madriguera. O el ratón colorado que cruza como saeta por entre las piernas de los perseguidores. . .

Pero la linterna no ceja en su relampagueo avizorador. Y la esperanza de algún otro ascenso, picanea el ya fatigado brío del sargento Céspedes.

Detrás de éste avanzan los milicos soltando maldiciones contra la noche y el invierno, contra el barro y las alimañas, contra los ladrones de ovejas y la tosudez interesada del superior. . .

Al fin encuentran al prófugo. Está metido hasta más arriba de la cintura entre el aguazal lodoso. Es un moreno viejo de la ranchería —sórdido pueblo de ratas que aprieta su miseria allí cerca, separado de la estancia por el camino real—. Céspedes y los suyos le conocen bien. Domador de potros en su juventud, y más tarde milico, como ellos, ese negro vive ahora en una cueva lóbrega, con una hija paralítica y tres nietecillos color barro ahumado, flacos como galgos. No obstante, goza fama de honesto en la Sección, lo que hace que los policianos se sorprendan al verle.

— ¿Con que habías sido vos el uña larga?
— le grita Céspedes, que es el primero en reac-

cionar. — ¡Pues aura verás con quien casó Caña Güeca!

Al negro le castañetean los dientes, no se sabe si por efecto del frío o del terror.

— ¡No me castiguen! — implora. — ¡Van pa cuatro días que no hay nadita que comer en casa! ¡Por eso jué que vine! . . .

— Hacete el morrongo nomás, negro calabria!
¡Don Valentín ya perdió hasta la cuenta'e las caramoras que vos le has rapiñado!

— ¡Yo no, sargento! ¡Si es la primera ves! . . .

Y con voz entrecortada por hipos y sollozos, pónese a relatar sus peripecias, a detallar el proceso del hambre que lo obligó a delinquir. La hija dura como un palo en la silla. Los negritos escarbando la tierra en busca de raíces. El sin trabajo, inútil ya por los años y las "quebraduras". El pobrerío de la vecindad sin nada con qué ayudarlo. Y allí, cerquita, las ovejas gordas. . .

Sus palabras conmueven a los milicos, que tosen o carraspean para disimular su turbación. Ellos saben como es la vida en ese puñadito de ranchos que motea de negro la llanura inmensa. Han visto nubes de gurises pelearse por los macachines o los tallos de hinojo del camino real. Han visto la rueda muda que estrecha cada noche el infortunio en torno a los fogones apagados y a las ollas vacías. Han visto a niños casi en cueros, tiritantes, disputarse el regazo sin calor de las madres desesperadas, que con tal de poder nutrirlos quisieran que la sangre se les volviese leche y pan el corazón. . .

El sargento Céspedes también ha visto todo eso en sus recorridas por el pueblo de ratas. Oyendo las palabras trémulas del negro, revive su pensamiento pavorosas escenas. Y allá en la hondura turbia de su alma, surge por un instante la duda. Acaso ese pobre viejo no es culpable, sino víctima de algo que no alcanzan sus rudas entendederas. Acaso la justicia no consista en apalearlo y meterlo a un calabozo, sino en darle de comer.

Hasta le tientan unas ganas extrañas de decirle que se vaya con la oveja, que al fin y al cabo su dueño, entre tantas, no la va a echar de menos. . .

Pero todo aquello es un relámpago apenas, que nada puede contra sus diez años de sable, contra la embotadura de la rutina seca, inmovible. . .

Enarbola el machete, lo deja caer con fuerza sobre la espalda inerme, y entre golpe y golpe grita:

— ¡Marchá, negro ladrón!

contra la "política" del avestruz



lea y divulgue aportes

SUSCRIPCION ANUAL: 45 coronas suecas (3 nros.) .-

POSTGIRO nr. 441 69 24-1

BOX 760

220 07 LUND

SUECIA

**«Nada tenemos que esperar
sino de nosotros mismos.»**

Artigas